



hoy MANANA  
DEL AYER

Walter Garib

## Uno

Siempre era aventurado asegurar donde se encontraba Javier Hinojosa en una determinada fecha. Como los datos de su paradero nunca parecían confiables, nadie podía hablar con certeza del tema. Él por principio, consideraba mezquinos los espacios de los cinco continentes para desplazarse. Jamás permanecía inactivo en un mismo lugar, como si la quietud fuese sinónimo de holganza. Así, podía andar buscando El Dorado en la selva del Amazona, o metido en una guerrilla, quizá curando leprosos en la India, y por qué no enredado con alguna princesa oriental.

En el último tiempo, alguien lo había visto subir a un buque de cabotaje rumbo al norte de Chile, una de aquellas brumosas mañanas, cuando Valparaíso se cubre por una capa helada de garúa, y el puerto flota entre sus cerros grises. Días después se supo que su viaje obedecía al deseo de huir de una viuda apasionada, y para no permanecer de brazos cruzados, aprovechó el tiempo para colaborar en el desenterramiento de un pueblo y fortaleza incas, en San Pedro de Atacama.

Porque lo excitaban las aventuras descabelladas, los viajes hacia regiones ignotas donde el peligro está latente, se unió enseguida a la expedición de Jean Brosse, un antropólogo francés. Al año siguiente, el científico se iba a extraviar en las proximidades de la cueva Palli Aike en la costa norte del canal del Beagle, mientras buscaba vestigios del último refugio de los alacalufes.

¿Se trataba de una afición legítima, o le importaba la gloria para satisfacer su estima? Quienes lo conocían de cerca, pensaban lo primero. Que al cabo de quince años no hubiese concurrido a la cena de camaradería que los de la promoción de 1956 del liceo Internado Nacional Barros Arana había acordado realizar el 20 de mayo de 1971 en el restaurante "Q", constituía una sorpresa, acaso un hecho incomprensible para quienes habían acudido a la cita. Cualquiera habría podido faltar, menos él.

Tampoco estaba Alex Quintanilla, muerto en un accidente ferroviario, ni Cristóforo Bascuñán, desde hacía años enclaustrado en un monasterio de los Himalayas, ni el manco Miguel Solís de Úbeda, quien cumplía una larga condena en la penitenciaría de Antofagasta, por haber destripado a quien le había birlado a la amante.

La ausencia de Quintanilla, sujeta al curso imprevisible del destino, nadie podía objetar. En cambio, no resultaba del todo legítimo reprochar al asceta Cristóforo Bascuñán por no haber viajado desde los Himalayas a Chile, sólo para asistir a una cena. Menos aún se podía pretender que Solís de Úbeda se fugara por una noche desde la penitenciaría, para cumplir su promesa; sin embargo -y eso a todos los tenía intrigados- no se conocía la mínima excusa de Javier Hinojosa, destinada a justificar su inexplicable ausencia.

“Prometo estar junto a ustedes en el restaurante “Q” en la fecha pactada y no los voy a defraudar”, le escribió desde una remota isla de la Oceanía a uno de sus ex compañeros de curso, pero omitió indicar cuál era su dirección. Igual, no servía de nada. ¿De dónde nacía su deseo de participar en las actividades más extravagantes? Como había estudiado filosofía, antropología y otras disciplinas un tanto exóticas, no era de extrañar su pasión por investigar las culturas originarias de América. Además se ponía a luchar donde fuese, por la emancipación de un pueblo, impulsado por su espíritu revolucionario. Entre tanto, se daba gustos terrenales de toda naturaleza, porque en este asunto asumía su conducta de buen burgués, y reconocerlo no le daba repugnancia.

Oriundo de Inca de Oro, donde su padre tenía una pensión desventurada -ahí se producían reyertas memorables entre mineros donde menudeaban las muertes- el joven Javier llegó al Internado Nacional Barros Arana a cursar el primer año de Humanidades. Por esa época era gordinflón, de cabellos revueltos, pausado en todo, porque le gustaba dedicarse a observar cuanta cosa se le cruzaba en el camino. A veces, y nadie se explicaba la razón, se ponía a mirar el suelo durante un

largo rato, sitio donde no había nada. ¿Observaba la tierra, algún bicho muerto, un objeto digno de ser analizado, o era una manera muy particular de pensar?

Dos años después, arribó Miguel Solís de Úbeda al Internado, luego de haber sido expulsado de un colegio particular, por robar el libro de notas del curso. Para consuelo de los porros y alarma de los estudiosos, lo quemó en el patio, como si fuese un libro repudiado por la Santa Inquisición. "Fue una labor por mi dignidad", dijo, cuando se le preguntó la causa de su reacción. "Los profesores me odiaban, y a punta de malas notas, querían hundirme. Creo haber hecho lo correcto". Después de este argumento, afirmó en el muñón la estilográfica para destaparla y escribir su nombre en la lista de la lavandería del Internado, donde semana a semana se enviaba la ropa sucia.

Javier Hinojosa -quien había dejado de ser gordinflón cuando cursaba el sexto año de Humanidades, y su cabello parecía dócil de tanto usar el peine, hizo un gesto de duda. "¿Quemaste el libro en el patio, delante de todo el colegio?" El manco dio un paso hacia adelante, en una muestra clara de amenaza y volvió a insistir en lo mismo. "¿Y no intervino ni un solo profesor, al menos el inspector de patio?" Miguel se tambaleó como si estuviese alterado por tantas dudas, y alzando su brazo completo, mientras el otro lo mantenía pegado a las costillas, desafió a Javier a una pelea a puñetes, siempre que ambos lo hicieran con una sola mano. La provocación, en vez de acalorar los ánimos, estimular a quienes presenciaban la disputa, templó los espíritus juveniles.

En número creciente los mirones terminaron por diluirse, mientras se dirigían a las salas de clase, desilusionados de no ver una pelea que prometía ser mortífera.

"Me pueden decir, ¿quién de ustedes entiende las majaderas aficiones de Javier?" indagó Nazario Garrido, uno de los comensales de esa noche, cuya cabeza parecía más voluminosa de cuando era estudiante, época en que no lo ayudó a convertirse en un buen alumno. "Sólo cuatro han faltado a la cita, lo cual no es malo", agregó, mientras se servía una copa de vino. Nazario Garrido y Lorenzo

Fajardo, no bien se olfatearon en el Internado, establecieron una amistad estrecha de mutuo sostén, propio de quienes sufren alguna limitación.

Garrido, díscolo, entregado a diario a reírse de sus compañeros, a motejarlos en forma hiriente, a hacer bromas desagradables hasta llegar a la crueldad (en una ocasión con un cigarrillo quemó en la muñeca a un compañero de curso), veía en Lorenzo Fajardo al socio ideal. Éste era corpulento, de extremidades cortas, ojos exaltados de quien tiene alguna deformación en el cráneo. Garrido se encargaba de provocar a sus compañeros, dándoles papirotazos o haciéndoles zancadillas, por el placer de molestar. Si al afectado se le ocurría responder, entraba en escena Fajardo, dispuesto a defender a su socio. Éste, a su vez le permitía representarlo, mientras se arreglaba los cabellos largos y rubios, los que le daban un aire de querubín.

¿Qué extraña seducción ejercía Garrido sobre Fajardo para que el matachín en una oportunidad hubiese amenazado con castrar a un compañero, que acusó al cabezón de amanerado? Ambos, en sus limitaciones, sabían cómo crear los necesarios equilibrios para complementarse. Mientras Lorenzo Fajardo imponía la intolerancia unida a la fuerza bruta, Nazario Garrido era el encargado de llevar los iniquidades hasta el límite, a través de sus argucias.

Transcurridos quince años, parecían mantener esa sociedad de intimidación. La noche en que los egresados del año 1956 se volvían a reunir, Nazario Garrido -quien se guardaba de revelar su profesión- había puesto sobre el asiento de una silla, un plato con menudencias para embadurnar los fondillos del pantalón de un distraído. "Es una manera de mantener viva la chispa, que nos hizo famosos en el colegio" se justificó, cuando Lamberto Hurtubia discrepó de la idea. Sin tardanza, atropellándose con las palabras porque las ideas no lo acompañaban, Lorenzo Fajardo asumió la defensa de su socio de siempre. Le atribuyó la particularidad de tener imaginación y estar dotado de cierto humor negro, tan necesario en un país acosado por la tristeza.

Pequeño y asustadizo como rata de bodega, Lamberto Hurtubia se disculpó por haber exagerado sus aprensiones, justo en una fecha donde la alegría era la invitada de honor. Como buen profesor de historia, prefirió que los acontecimientos fluyeran libres.

Pese a lo auspicioso del encuentro, no podía olvidar el día en que Fajardo le dio una golpiza delante de todo el curso, porque no quiso prestarle el resumen de algunos capítulos de El Quijote, libro que el matón se negaba a leer por considerarlo una soberana pesadez. "A mí con Quijotes", bramaba fuera de sí, y volvía a golpear al maltrecho compañero, cuyos ojos quedaron por semanas, parecidos a sapo trasnochado.

Para Lamberto Hurtubia, que Javier Hinojosa no hubiese querido asistir a la cena de aniversario, obedecía quizás a su deseo de perjudicar el encuentro y de hacerlo triste. Si Alex Quintanilla había muerto, el hecho constituía una muestra de congoja, y de paso recordar esa vez en que Javier Hinojosa, a horcajadas sobre el cogote de Quintanilla, pronunció un discurso vibrante en el aula magna del Internado, donde llamó a la huelga. Todo, porque el Ministro de Educación, quería establecer un nuevo rango de notas, a todas luces perjudicial para el estudiantado.

"Daba gusto ver cómo los chiquillos daban brincos, avivaban al orador y a gritos preguntaban si de paso destruían el liceo, lo quemaban o si la huelga se iba a iniciar de inmediato, saliendo a la calle", comentó Victorino Rodríguez. "Esa fue una huelga política, porque el partido de Hinojosa quería crearle dificultades al gobierno de Carlos Ibáñez del Campo", intervino Nazario Garrido, luego que Lorenzo Fajardo con actitud de alcahueta se acercó para hablarle al oído.

Alguien propuso un brindis por Cristóforo Bascuñán, el monje Bascuñán, de quien las noticias sobre su permanencia en los Himalayas eran confusas, porque ni siquiera su familia tenía acceso a ellas. "Quizás regresó a Chile de incógnito", insinuó un joven de mirada blanda, pues sus ojos parecían hechos de una sustancia maleable.

"Si marchó a refugiarse a los Himalayas, la causante de su determinación fue Celia", argumentó Nazario Garrido, luego de acomodarse un mechón rubio de cabellos lacios, más bien pelusa. Se comentaba que se los pintaba desde su época de escolar.

"¿Recuerdan la trifulca que se originó el día en que Javier Hinojosa le declaró su amor a Celia, pese a que ella andaba con Cristóforo?" refirió el joven de mirada blanda, como una manera de hacerse notar. "Javier -precisó Lorenzo Fajardo- se creía un Donjuán, por el sólo hecho de leer a De Rokha, la Mistral y al comunista de mierda de Neruda". Los menos aplaudieron y otros alzaron indignados los brazos para protestar, porque juzgaron que discrepar de la posición política de Neruda, no facultaba a Lorenzo Fajardo para insultarlo.

Próximo a la cabecera de mesa, Victorino Rodríguez pidió censurar a Lorenzo Fajardo, no sin algún temor. Un asunto era una cena de camaradería y otra cosa, agitar viejas rencillas. Antes de que se enardecieran aún más los ánimos, Fajardo pidió disculpas, en momentos que los comensales circulaban alrededor de la mesa bebiendo aperitivos y se aprestaban a iniciar la cena, cansados de aguardar por tiempo indefinido la llegada de Javier Hinojosa, cuya irresponsabilidad a muchos les producía desencanto.

En ese mismo restaurante, en diciembre de 1956 el curso había asistido a una cena de camaradería, donde se acordó bajo juramento, volverse a reunir ahí el 20 de mayo de 1971.

"No vendrá", aseguró Victorino Rodríguez, y sus ojos grandes, nostálgicos, a todos les hicieron entender que estaba dominado por recuerdos imposibles de ocultar. Sus razones parecían serias, porque conocía a Javier en la intimidad. Mientras fueron compañeros de curso, se les veía conversar, elaborar estrategias para intervenir en el gobierno estudiantil, organizar academias literarias, revistas juveniles, muchas de las cuales se transformaban en diarios murales de denuncia, donde exponían con crudeza a las dificultades diarias a que estaban expuestos los alumnos. Ahí, a menudo hablaban de las piedrecillas que aparecían en el guiso de

lentejas, las que a más de alguno le quebraron un diente; que la lavandería parecía lavar la ropa con aguas servidas, porque las prendas quedaban negras y apelmazadas; que las letrinas no eran aseadas todos los días, ni se les ponía cloro, pues el orín y otras inmundicias circulaban en forma impúdica por el piso.

"¿Recuerdan -expuso el profesor Lamberto Hurtubia, mientras mordisqueaba un trozo de pan- el día en que Javier llevó al colegio un nivel de aire?" Los asistentes, luego de pensar unos segundos, asintieron y los comentarios de esa extraña idea produjo en casi todos una viva conversación, matizada de risas, exclamaciones de sorpresa, porque -a pesar de que había transcurrido el tiempo- las verdaderas razones de porqué Javier había llevado el instrumento al Internado, seguían siendo confusas, aunque menudeaban las historias alrededor del hecho.

Un domingo, a la hora de recogerse al Internado, apareció con el nivel de aire bajo el brazo. Aunque el instrumento era conocido de todos, porque lo usan los albañiles, igual fue observado con incredulidad, pues nadie se atrevía a pronosticar cuál iba a ser su destino. Misterioso por antonomasia, Hinojosa se negó a revelar si el nivel se lo había pedido el profesor de trabajos manuales, o él pretendía usarlo quién sabe con qué fin.

Hasta el martes perduró el misterio del nivel, día en que el joven dándose humos, apareció en el patio a la hora del recreo, para verificar si los antiguos muros del liceo estaban bien aplomados. Después le correspondió el turno a las molduras de las ventanas, los dinteles, los alféizares, en fin, todo cuanto pudiese ser comprobado con su aparato. Alrededor de él se reunió un grupo de niños, que observaba en silencio ese verificador del nivel del Internado, sin saber si obedecía a un capricho o de veras la construcción del liceo, por efecto de sucesivos temblores y de acuerdo a su antigüedad, había sufrido alteraciones en su estructura.

Para sorpresa general, el miércoles volvió Hinojosa a comprobar si los muros estaban bien aplomados, pero esta vez llegó en compañía de Victorino Rodríguez, quien con lápiz y papel, tomaba nota de cuanto se le informaba. Si descubrían alguna alteración, realizaban nuevas mediciones, porque así lo exigía el pundonor



de todo profesional dedicado a tal urgente indagatoria. Sorprendidos esa vez por Guiteño, un inspector de patios, cuya fama de ingenuo la llevaba a cuestras desde siempre, tuvieron que explicarle cuál era la razón de esa actividad, por lo demás inesperada en un liceo.

"Hay zonas de la tierra que están perdiendo su nivel normal, por efectos de los muchos eclipses de este siglo", comentó ufano Javier Hinojosa, mientras Victoriano Rodríguez le mostraba a Guiteño los resultados de la investigación, escritos en el cuaderno. Al principio, el inspector trató de asumir una actitud de astucia, aunque distaba mucho de poseerla, y pidió a Rodríguez que le enseñara de más cerca los resultados. El hombre parecía dudar, entender poco o nada de cuanto leía, pues se enfrentó a una serie de garabatos. Como su intención era parecer preocupado delante de los mirones, se quedó observando el cuaderno con inusual interés, propio de quien se ve enfrentado a una solución, que por muchos años buscó de manera insistente.

"Y esta zona, según ustedes -expuso Guiteño, tratando de parecer astuto- ¿ha ido de verdad perdiendo su nivel?" Los consultados asintieron, mientras en sus rostros se reflejaba una inquietud latente, propia de hombres de ciencia cuando están sumidos en sus continuas cavilaciones.

Porque el inspector no deseaba quedar de tonto, volvió a insistir en su misma pregunta, pero se permitió agregar la idea, si los resultados que los jóvenes estaban obteniendo, eran buenos o malos. "Para ser justos, pésimos señor Guiteño", aseguró Javier, con una voz de espanto, como si el edificio del Internado se pudiese venir abajo con una ocasional ventolera.

El inspector miró hacia la alta techumbre, mientras hacía algunos cálculos, destinados a descubrir, por sus propios medios, si le tomaban o no el pelo. No obstante, solicitó se le facilitara el nivel de aire y empezó a verificar él mismo, el plomo de las murallas. Para su consternación, la cual tuvo que haber sido enorme, descubrió que la burbuja no estaba en su centro, pese a medir distintas murallas, ventanas y el piso de baldosas.

La súbita comprobación lo preocupó, al punto que empezó a solicitar a los niños de ahí cerca que se trasladaran al centro del patio. Acaso arriesgaban sus vidas si permanecían cerca del edificio construido hacía algo más de cincuenta años. Aunque la ingenuidad del inspector podía ser simulada por conveniencia, ese día dudó de la calidad del nivel, el que bien podía haber sido dañado para que alterara sus resultados.

De forma subrepticia, como si pretendiera buscar la marca del instrumento, lo observó en detalle, para comprobar después de un rato que no había nada de anormal. Sólo entonces entendió la calidad del trabajo de los investigadores. A esto, Hinojosa y Rodríguez movían la cabeza con aire de desconsuelo, como una muestra palmaria de que la razón estaba del lado de ellos.

"Es cuestión de pensar señor Guiteño en la Torre inclinada de Pisa, que también lo está por dentro, y usted podrá entender que cuanto le aseguramos es un asunto serio, amparado por el rigor científico" argumentó Javier Hinojosa, cuyos ojos lagrimeaban, tratando de aguantar la risa.

Al inspector se le planteó la duda, si le correspondía informar a la dirección del colegio del portentoso hallazgo de los investigadores. En la noche, a causa de que su almohada permanecía húmeda porque sudaba como animal, se le refrescó la cabeza, y entendió que los alumnos andaban de chungu, pero no podía amonestarlos.

La inusual teoría de Hinojosa, produjo en los estudiantes del último curso, discusiones airadas, donde los partidarios y detractores, querían hacerse picadillo. Lorenzo Fajardo, que por aquella época soñaba con superar el record de velocidad escolar de los 100 metros planos, acogió la teoría de modo muy particular. Quería parecer cauteloso delante de sus compañeros. No sabía si era una soberana chacota, o el asunto revestía una profunda seriedad. Desde la distancia observaba las discusiones y, por lo general, encargaba a Nazario Garrido participar en éstas, para que le diese un juicio.

Acaso, si de verdad la tierra ha perdido su nivel -pensaba- me resultará más sencillo superar el record de velocidad. Y como lo obsesionaba esta idea -durante años había participado en las competencias escolares, donde su figuración era más bien discreta- ese día en que supo de la teoría del paulatino desnivel de la tierra, ya no dudó que ese año iba a superar el record.

¿Cómo acercarse a quien estaba movido más por el espíritu de la ciencia que la curiosidad? Es así como rondaba a Hinojosa cuando podía. Se le aproximaba por asuntos nimios, mientras exaltaba sus preocupaciones por la investigación y su apego a la lectura. Incluso, se interesó por su posición política, la cual por ese tiempo estaba marcada por el estudio del marxismo, doctrina que Lorenzo Fajardo abominaba. Le asquearan o no sus tendencias ideológicas, empezó a integrarse a su grupo selecto, a mirar de una manera menos espantosa los gustos de quien, sin ninguna duda, le iba a proporcionar los medios para vencer en la disputa de los 100 metros planos.

No sin alguna dificultad, y de tanto halagarlo, pudo al fin obtener el apoyo de Javier Hinojosa. "Si de verdad la tierra está perdiendo su desnivel -le confidenció éste- es posible que el hombre logre trasladarse en menor tiempo de un lugar a otro, por un efecto físico, vinculado a la menor atracción de gravedad". Lorenzo quedó fascinado con semejante aseveración. Ahora se trataba, pensó, de cómo pudiese aplicar esta valiosa ventaja, que sólo a él le favoreciese.

A su vez, logró asistir un día al control que Hinojosa hizo con su nivel de aire a la pista del Estadio Nacional, donde en unos meses más se iba a efectuar la competencia de atletismo. Hasta allí habían llegado un domingo en la mañana para presenciar un partido de fútbol entre el Internado Nacional Barros Arana y el Instituto Nacional, rivales por tradición, quienes de común finalizaban trenzados en reyertas memorables.

Premunido de su nivel de aire, Hinojosa bajó hasta la pista de atletismo que rodea la cancha de fútbol, acompañado de Victorino Rodríguez, su consecuente secretario, y de Lorenzo Fajardo, y empezó a comprobar el nivel del piso. Puso el

nivel por aquí y por allá, ante el vivo estupor de los espectadores, quienes asistían al partido de fútbol, más dispuestos a presenciar una pelotera fenomenal, que un encuentro desarrollado bajo las normas internacionales.

Mientras en la cancha de fútbol se producía una violenta y ruidosa patada en la canilla de un jugador, y el agredido y el agresor se trenzaban en una lucha algo desigual, Hinojosa concluía por señalar que la pista de atletismo poseía un apreciable desnivel. "Todo hace pensar -dijo, para el agrado de Lorenzo Fajardo- que si alguien corre a través de este carril (y empezó a caminar por ahí) lleva una sutil ventaja."

Fajardo, sumido en una lucha entre la incredulidad y la candidez -más inclinada a la candidez- sonreía con secreto placer. Su nariz huesuda y pequeña se puso más perfilada, mientras desde sus ojos de picaflor, brotaba un resplandor de cosa recién bruñida.

El partido de fútbol, como era tradicional año a año, no concluyó. Menudearon las patadas, los empujones arteros, las zancadillas más odiosas, los codazos y toda suerte de golpes y palabrotas, como si a ambos equipos los animara destruirse, en vez de vencer en buena lid. El árbitro, zamarreado, insultado, bañado a escupitajos, llevado casi en andas de un extremo a otro de la cancha por tantos incidentes, expulsaba jugadores, lo cual en vez de aquietar a los exaltados, avivaba el fuego de la pasión y las promesas de uno y otro bando de hacerse picadillo.

En la noche, mientras Lorenzo Fajardo trataba de quedarse dormido, abrumado por la idea de batir el record, Victorino Rodríguez se acercó a Javier Hinojosa para preguntarle si no temía a las iras de Fajardo, si éste descubría la sangrienta patraña. "¿A ese majadero de mierda?" se defendió el aludido, y para verdadero espanto de su aliado, le comunicó que pensaba extremar la burla en contra de aquél, porque lo despreciaba por su ramplonería. "Lo único que hace es medrar por resúmenes de libros y vender zapatos de pacotilla".

Quince años después, mientras Fajardo brindaba por aquella época de estudiante, reconocía que vivió por mucho tiempo con la idea de superar el record

escolar de los 100 metros planos. Ahí, Lamberto Hurtubia, a riesgo de recibir una golpiza, porque aquél no dejaba de amenazarlo, le preguntó si aún se recordaba del nivel de aire. Hubo un inesperado silencio, el cual pareció excesivo, demasiado largo, como si todos hubiesen preferido callarse para escuchar un discurso o una historia secreta.

"¡Jamás, nadie me ha embaucado en la vida!", gruñó Lorenzo Fajardo, y de paso, explicó que él, pese a no haber mejorado la marca de los 100 metros planos, pudo ingresar a la universidad, donde estudió odontología, y que en la actualidad era un distinguido profesional. No como Javier Hinojosa, dedicado a presenciar el desenterramiento de un pueblo, o agitando a los obreros del carbón, con quienes vivió un tiempo en sus miserables chozas, acosado por contradicciones burguesas.

Lamberto Hurtubia, cuyas manos parecían las de un niño, alzó cohibido un dedo para agregar que Javier Hinojosa había estudiado filosofía y antropología en el Pedagógico, donde hizo clases durante unos años. "¿Filosofía y antropología?", indagó Fajardo, para agregar que esas actividades eran inútiles, destinadas sólo a formar revolucionarios de papel.

Junto a él se hallaba Nazario Garrido, quien recordó otros detalles de cómo había sido el caso del nivel de aire, instrumento que a cualquiera hubiese fascinado. Hinojosa le había asegurado que estaba hecho de madera de chonta de Isla de Pascua y que el líquido que había en los tubos era aceite humano, peculiaridad que le otorgaba una precisión admirable. Lorenzo Fajardo pensaba realizar su propia investigación, porque no deseaba compartir con nadie los resultados.

Como era receloso e ingenuo -no porque fuese un hombre recto- empezó a comprobar si era verdad que los edificios del Internado estaban desnivelados. Dos meses antes de realizarse la Olimpiada Escolar -recordó Lamberto Hurtubia con nostalgia- Javier Hinojosa, Victorino Rodríguez y otros, encabezaron una marcha de protesta por los patios del colegio. A un alumno del tercer año de humanidades, al que se le había sorprendido robando utensilios de carpintería del taller de trabajos

manuales, lo habían encerrado en la Inspectoría General, que da al patio verde, para que los estudiantes lo vieran.

El joven, en su defensa, había alegado que precisaba el martillo, el alicate y el serrucho, para reparar su pupitre, pero sus explicaciones no fueron aceptadas, porque parecían infantiles. Exhibido como un delincuente, el niño en su desamparo lloraba, y pese a jurar muchas veces de su inocencia, arreciaban en su contra toda suerte de improperios, de quienes estaban convencidos de su culpabilidad.

“¡A rescatar al ofendido!” ordenó Javier Hinojosa, en el colmo de sus ansias por corregir injusticias. Unos veinte jóvenes del sexto año de humanidades, que por aquel tiempo estudiaban los problemas de la moral en filosofía, veían en la sanción aplicada al supuesto ladrón, nada más que el peso de una ley injusta, creada por el hombre con el único ánimo de cercenar el libre albedrío.

Cristóforo Bascuñán, que por esa época pensaba marcharse a un monasterio lo más lejos posible de Chile, no bien concluyera sus estudios secundarios, trató de persuadir a los revoltosos, a esa falange de verdaderos artífices de la justicia, y que en cambio se debería solicitar una entrevista con el rector.

Si bien Javier Hinojosa sabía actuar bajo situaciones extremas y cómo equilibrar las consecuencias, esa tarde se le veía iracundo, dispuesto a llevar a cabo su desmesurada empresa hasta el límite, a riesgo de ser expulsado. Luego de escuchar a Cristóforo, sintió que algo se le quebraba en su intimidad, pues quien iba a ser monje, parecía tan resuelto a frenar los excesos del grupo, que se ofreció a hablar con el rector. Y si la mediación no le resultaba, ya surgirían otros mecanismos para conseguir alguna solución. Javier accedió, y porque había que aprovechar el momento, se encaminó a la rectoría seguido por sus incondicionales, para conocer los últimos sucesos. A esa hora, el rector hablaba con el inspector que había hecho la denuncia.

Cuando éste abandonaba la rectoría, luego de ratificar la denuncia, Javier Hinojosa lo increpó haciéndole ver su exagerado celo, y como aquél presumía de haber sido seleccionado de box por la universidad donde estudiaba, lo desafió a

pelear. E Hinojosa -pese a no saber propinar un sólo golpe con las manos, y porque no quería aparecer ante sus partidarios como un gallina, aceptó combatir en fecha próxima. Luego, se introdujo a la rectoría, seguido por su corte de adeptos.

Aunque hubo gestiones para cancelar la pelea, más bien la masacre, debido a la desigualdad de los rivales, el inspector no quiso escuchar el alegato que hizo Cristóforo Bascuñan en pro de la paz, e igual llevó al Internado los elementos para boxear. Se hacía tarde cuando el inspector, acompañado de colegas, arribó al patio Siberia situado junto al pabellón de dibujo, donde se realizaban todas las riñas memorables. Vestía una tenida apropiada, puesto que llevaba pantalones cortos, zapatillas adecuadas y una camiseta ceñida con el escudo de la institución donde decía boxear. Su rostro jubiloso expresaba con mucha anticipación que el triunfo era suyo, lo cual también se manifestaba en la manera de cómo saludó al grupo de alumnos que acompañaba a Javier Hinojosa, un adversario que sabía tanto de box, como del aparato digestivo de un cangrejo africano.

De mutuo acuerdo, las partes acordaron que la pelea debía realizarse con arreglo a las normas internacionales del box, y para sorpresa de Javier Hinojosa y sus adeptos, vieron cómo el manager del inspector le vendaba las manos a su pupilo y le ponía guantes de box, cosa que también debía hacer Javier. Sin más alardes y consideraciones técnicas, le suministraron vendas, guantes y una toalla, que todos suponían iba a arrojar su manager, apenas se iniciara el combate.

Acaso se trate de una broma armada por mis enemigos, caviló Hinojosa, pues todo era como pensado para dar esa sensación. No obstante, el asunto continuaba su curso y nada parecía detenerlo. "Tendré que pelear sólo por el honor", le comentó resignado a Victorino Rodríguez, quien oficiaba de manager, aunque ignoraba tanto o más que su pupilo de las reglas del box. Para consolarlo, Victorino le dijo: "Dios protege al inocente". Algo enfurecido, el seguro derrotado respondió que él no creía en Dios ni en la inocencia, menos aún en sus sinónimos, así que el proverbio no le encajaba.

Los adversarios se ubicaron bajo un farol, en posición de combate, luego de las últimas instrucciones de sus ayudantes. La pelea, pactada a cuatro rounds de tres minutos cada uno, se iba a convertir en una hazaña si duraba ese tiempo. “Si Javier pasa el primer asalto -pensó Victorino- juro que no beberé cerveza durante un mes”. Acaso no dure ni un minuto, razonó después de observar la mirada fiera del inspector, su musculatura soberbia y el modo elegante de poner los brazos para iniciar la lucha, como quien va a mirarse al espejo.

Si el inspector poseía la figura ideal para la práctica del boxeo, su rival más bien parecía un payaso con guantes de box, quien debería caer al suelo de una manera divertida y aparatosa, cuantas veces fuera tocado. Siendo así, nadie dudaba que la pelea tenía que ser desigual, puesto que el desguañangado Javier Hinojosa no tenía hechuras de boxeador, ni disponía del mínimo atributo para escapar a la feroz paliza.

El árbitro, elegido por azar dentro de una terna, puso sus manos sobre los hombros de los gladiadores y los instó a pelear con nobleza, lo cual no significaba que el inspector se iba a limitar sólo a la aplicación de sus conocimientos de boxeador. Por el contrario, parecía dispuesto como nunca a cumplir una faena impecable e implacable, por mucho que las palabras se parezcan.

“¡A combatir, caballeros, respetando las reglas del Marqués de Queensberry!” dijo el árbitro, y retrocedió para que se iniciara la lucha sobre un espacio algo mayor que un cuadrilátero, el cual estaba delimitado por la presencia de los mirones. El inspector hizo elegantes movimientos de cintura a manera de distraer a Javier, y al conseguirlo le lanzó en pleno rostro un preciso golpe, más bien suave. Javier, inexperto como era, se tambaleó, luego de pasarse el guante por el sitio castigado. De nuevo otro más certero golpe en la frente, lo hizo sentir flácidas las piernas, demostración inequívoca de que la pelea iba a concluir en un rotundo triunfo del inspector, cuyas dotes de boxeador a todos empezaban a maravillan.



Javier comenzaba a perder aplomo, a sulfurarse, puesto que por mucho empeño que ponía en sus golpes, éstos más bien se diluían en el vacío. Eran aletazos de gallina de corral cuando tiene al gallo encima.

Quien con los años iba a luchar en una guerrilla donde fue herido de muerte, estaba confundido, sin ideas, las cuales no podían ser claras cuando todo a su alrededor lo veía turbio. Nervioso, asustado por lo que podía suceder, Victorino Rodríguez miró el reloj y para su desconsuelo se percató que apenas había transcurrido un minuto de combate, donde su pupilo parecía por completo desarticulado. Llegar al segundo minuto lo juzgó una odisea, algo jamás igualado por un principiante a imagen de Javier. A esto, el inspector, al sentirse desde el inicio seguro vencedor de la contienda, se dedicó a humillar a su rival, propinándole golpes suaves a la cabeza, mientras para enardecerlo, le refregaba el guante en la cara, lo cual no está permitido en las reglas del box.

Javier Hinojosa, que entre sus múltiples actividades futuras iba a fabricar violines en sociedad con un coleccionista, para venderlos por Stradivarius a burgueses enriquecidos en la práctica del agio, sintió escozor en el rostro y en el alma. Pese a que sus aptitudes lo señalaban que con el tiempo podría brillar en la literatura, en la pintura o en la filosofía, decidió lanzarle a su rival un puñetazo de una contundencia desmedida, suficiente como para concluir ahí la pelea.

A modo de lograrlo se propuso engañar al inspector, entonces simuló que ya no podía sostener más los brazos, y cuando sólo faltaban treinta segundos para que expirara el round, halló la oportunidad. El inspector, al observar que su contrincante parecía a punto de abandonar -pues parecía que se iba a desplomar de un momento a otro- le quiso dar tregua, un respiro, quizá pensando que era injusto rematarlo en tan breve tiempo, y bajó la guardia porque había que dilatar el castigo para divertirse.

Ahí, de una manera inesperada, Javier Hinojosa, quien cuando niño realizó labores mineras junto a su padre y tenía buenas dosis de energía, aquélla que no se manifiesta, lanzó un certero y demoledor golpe a la quijada de su adversario. Fue un

soberbio guantazo -de éstos que habrían llenado de orgullo a Arturo Godoy- donde puso alma, corazón, vísceras y toda la pasión del indefenso. El inspector, sorprendido por tan inesperado uppercut, no tuvo tiempo de reaccionar, y como un bulto descalabrado por fuerzas ocultas, cayó de espaldas al suelo. Quiso levantarse, pero no pudo. Estaba adherido al piso, a la tierra donde jamás pensó iba a desplomarse de una manera tan inadvertida como aparatosa.

Ni los más imaginativos habrían sospechado de ese inesperado desenlace. Quien sabe si contra su voluntad, Javier Hinojosa había escrito otra página memorable, donde el azar siempre parecía favorecerlo. Llevados los pugilistas de urgencia a la enfermería, al inspector le diagnosticaron una severa contusión de la mandíbula, además de magulladuras en los codos, pues intentó amortiguar la caída. Durante una semana, debió alimentarse con una bombilla, pues lo único que podía ingerir era líquido. A su vez, Javier Hinojosa tenía la muñeca de la mano del porte de la pata de un elefante, una protuberancia en el pómulo, como si fuese una nuez y los ojos tumefactos de quien ha tropezado con una mata de puñetes. Así, ambos, vendados como momias egipcias, debieron permanecer una semana en la enfermería del liceo.

## Dos

Algo indiferente a la conversación, a los recuerdos, porque parecía pensar en lo propio, Bernardo Tudela, quien era arquitecto de la Municipalidad de Santiago, preguntó a Nazario Garrido si había sido verdad que Javier Hinojosa le disparó a la estatua de Diego Barros Arana. Todo este embrollo, porque el joven había leído por ahí que el insigne historiador -primer rector del Internado y cuyo nombre lleva el

colegio- informó al gobierno chileno a fines del siglo XIX, que la Patagonia no servía de nada, y era mejor entregarla a Argentina.

En la noche del domingo se proveyó de un revólver en la cantina de un amigo, y le fue a disparar cinco tiros a la estatua, desplazada en el hall central del colegio. Porque el recinto dispone de una acústica exagerada, los disparos nocturnos sonaron como cañonazos en las bastedades del colegio, lo que a muchos hizo pensar que se había desatado una revolución, o alguien había hecho estallar los fuegos artificiales, que año a año se lanzaban para conmemorar el aniversario del liceo.

Nazario Garrido admitió que en realidad hubo mucho de verdad en el asunto, pero el culpable había sido Victorino Rodríguez, quien deseaba demostrarle a su amigo Javier que nunca es tarde para hacer justicia, y que el señor Barros Arana se merecía por miope, unos buenos balazos.

Una de las balas se le incrustó al insigne historiador en la rodilla, y la segunda (porque sólo hubo dos disparos, aunque otros hablaban de cinco) en el brazo del señorial sillón, donde reposa su fama el controvertido personaje.

Bernardo Tudela, luego de mirar al diputado Victorino Rodríguez, quien impulsaba la ley de divorcio, se puso a mover la cabeza, como despertando de un sueño. Después de quince años descubría la verdad, puesto que los protagonistas del incidente, donde estaba Nazario Garrido, habían logrado escabullirse y de las investigaciones que realizó el colegio, apoyado por la policía civil, no aparecía el culpable. Porque el frustrado homicidio de la estatua, en sí había sido bochornoso, atiborrado de historias, donde incluso se habló de que la intención era asesinar al rector -a esa hora de la noche del domingo trabajaba en su oficina- se realizó una investigación exhaustiva.

Javier Hinojosa, estudiante aventajado, lector pertinaz, amigo de las artes, de promover tertulias literarias y de editar una revista cultural, no podía ser sospechoso. Menos aún Victorino Rodríguez, hijo de un profesor del colegio y que muchos veían en él a un futuro diputado, por la nitidez de sus pensamientos, la oratoria fácil, y,

desde luego, su amor por la política. Quizás, Nazario Garrido podría haber sido el malhechor, pero solo presencié los disparos. A esa misma hora se le ocurrió ir al hall central a buscar a un mozo que hacía el aseo del recinto, quien le debía dinero.

“¿De verdad fue Victorino Rodríguez quien disparó a la estatua de Barros Arana?” Preguntó Lorenzo Fajardo al cabezón Garrido, cuando verdes de miedo llegaron a los dormitorios, y mientras en la cara de todos había un signo de espanto.

Si hubiese sido Javier Hinojosa el culpable directo, quizás Fajardo, después de unos meses, hubiese buscado la manera de delatarlo. No podía olvidar el pitorreo sangriento que ejerció sobre él, con el asunto del nivel de chonta, instrumento que le pedía cada vez que iba a entrenar a la pista atlética. Estaba más que obsesionado con ganar en la prueba, porque en tal caso, obtenía una beca para estudiar en la universidad.

Dos años antes de dar el bachillerato, ya estudiaba las materias, con lo cual demostraba que era un joven previsor o un duro de cabeza. Ambas cosas, en realidad, lo caracterizaban. De lo contrario, sus ansias frenéticas por vencer en la competencia escolar le impedían dormir. Si el nivel le pareció al comienzo un medio de lograr su objetivo supremo, después sintió pánico cuando sospechó que Javier Hinojosa, perspicaz como era, estuviese empeñado en burlarse de él.

Porque había aprendido a ser desconfiado a partir de esa vez que lo enviaron a buscar una bacinilla a la oficina del vicerrector, el día que llegó por primera vez al Internado, el nivel de chonta también le pareció un objeto de burla, pero más pudo su obsesión, de allí que se propuso aguardar. Por último, si se trataba de una chanza, sabría cómo responder con otra, incluso a golpes, porque se sabía más fuerte que Javier Hinojosa, quien aún no había derrotado al inspector con un guantazo de suerte.

Para costear sus estudios, y también movido por cierto espíritu mercantil -le gustaba vestirse bien, usar anillo y reloj de oro- llevó al Internado zapatos para vender entre sus compañeros de curso. A menudo se le veía en la sala de clases a la hora del recreo, dedicado a hacer sus transacciones comerciales, las que anotaba

en un cuaderno de matemáticas, cuya portada la había rotulado con el siguiente título: "Pro beca de estudios", quizás porque le molestaba que lo identificaran como un vulgar mercachifle.

Leal y apegado a ese joven que pretendía transformarse en un sujeto poderoso, Nazario Garrido ayudaba a que los clientes se probaran el calzado, y a evitar los robos. En más de una ocasión debieron lamentar la desaparición de un par de zapatos. Entonces, por consejo del padre de Fajardo entregaban sólo de prueba, el del pie derecho, aún así le escamoteaban la mercadería.

Javier Hinojosa, crítico pertinaz de toda actividad mercantil que se desarrollaba en el colegio, veía en Fajardo, más que a un compañero preocupado por socorrer a quienes precisaban calzado, a un mercader fenicio de cepa, pues cobraba un mayor precio del normal, aunque vendía su producto en tres cuotas mensuales. A nadie extrañó que a la semana de haber iniciado su próspera actividad, lo empezaran a llamar "bototo" Fajardo, mote que lo enfurecía, aunque sabía disimular. De todas formas, proseguía dedicado a su rentable actividad comercial, unida a sus esfuerzos de deportista.

Un mes antes de realizarse la Olimpiada escolar, empezó a cuidar su alimentación, porque, según explicaba, debía llegar en condiciones inmejorables a la competencia. A nadie sorprendió que se alimentara de un modo excepcional, lo cual obtenía a través de platillos variados que un mozo del Internado le conseguía en un restaurante popular de la calle Matucana. Si esto fuera poco, empezó a tragar vitaminas en cápsulas, para robustecer su musculatura, sobre todo la de las piernas, donde debía disponer de la mayor potencia. Así, engullía carne, huevos, queso, jugos de fruta, y en medio de todo, sus famosas cápsulas multicolores.

Durante ese tiempo apenas si se refería al nivel, aunque siempre lo llevaba a la pista de atletismo, oculto en su bolso deportivo. En las noches, antes de acostarse, hacía ejercicios livianos junto a su cama y después se echaba a dormir como una marmota parida. Extremaba tanto sus cuidados físicos, que se pesaba a diario, se hacía él mismo masajes, se recortaba las uñas de los pies con tijeras de pedicuro y

se arrancaba los callos con pinzas de practicante. De lo contrario, temía que llegado el día de la competencia, por un maldito callo o una uña defectuosa, pudiese sufrir un desgraciado contratiempo. Hasta el cabello se lo dejaba muy corto, porque así le oponía menor resistencia al viento.

Javier Hinojosa y Victorino Rodríguez, preocupados de la vida estudiantil, de leer cada día más, de investigar en la biblioteca del colegio, y de recrear sus existencias de internos con hechos atractivos, veían en Fajardo al peculiar mediocre empeñado en destacarse a través del método más notorio, aunque éste no tuviese relevancia futura. Si bien Javier Hinojosa evitaba burlarse de sus compañeros, llevó el nivel de chonta al Internado porque suponía que ese instrumento le ayudaba a conocer en profundidad a quienes convivían con él, si los sometía a la prueba de la candidez. Ahora, que Fajardo hubiese creído que el tal nivel podía ayudarlo a ganar la carrera de cien metros planos, resultaba ser una consecuencia fortuita.

Infatigable inventor, Javier aseguraba que América no había sido descubierta por Cristóbal Colón, ni por los normandos, quienes habrían llegado a la isla de Terranova muchos años antes que el genovés arribara a las Indias. Según su opinión, el verdadero descubrimiento de América se debía a unos formidables navegantes musulmanes que habían salido de las costas del Senegal, hacia el año 800 después de Cristo, dirigidos por un marino inclinado a soñar extravagancias, quien aseguró a sus hombres que en la dirección donde se pone el sol, hay tierras donde abunda el agua fresca, la miel y las mujeres hermosas como las huríes. Claro, que a estos intrépidos navegantes no les importaba hallar oro, el que existía en abundancia en su territorio, y que el cabo de muchos años, alrededor del siglo XV de nuestra era, el codiciado metal iba a impulsar a los portugueses a buscarlo al interior del río Senegal.

Debido a que refería sus invenciones o teorías de un modo tan convincente, pocos eran quienes dudaban de ellas. Para desarmar a sus detractores, los desafiaba a que leyeran el libro tal, en la página 33, donde el autor exponía de manera clara y contundente su teoría. Nadie, más bien por flojera lo refutaba, así

que la fama de sabio y de culto, adquiriría cada vez mayor peso. Debido a esta evidencia, a menudo lo consultaban sobre materias disímiles, y por lo general, complicadas. Él no se amilanaba. Si no sabía, inventaba de lo más orondo la respuesta, lo cual en una oportunidad lo llevó a decir que Simón Bolívar había viajado en secreto a Chile. Su misión era combatir a los españoles en la batalla de Maipú, pues San Martín se negaba a cruzar la cordillera de los Andes. Una gitana vieja, que vivía en una carpa en las proximidades de Jujuy, le había pronosticado que iba a morir sepultado bajo la nieve.

Más por tincada que otra cosa, Nazario Garrido lo acusaba de inventar disparates y que, según lo que sabía él (aunque tampoco sabía historia), Simón Bolívar lo más cerca que estuvo de Chile fue esa oportunidad en que visitó el Alto Perú, a raíz de lo cual esa región cambió de nombre por el de Bolivia, como homenaje al "Libertador". Conocía este hecho, no porque fuese un entusiasta de la historia. Era su abuelo quien le había referido el episodio, un hombre aventurero dado a buscar minas en el altiplano boliviano, donde había nacido, lo que el nieto ocultaba por temor de que los chuscos de siempre, le pusieran un sobrenombre hiriente.

Nadie sabe cómo, llegó a oídos del profesor de historia que Javier Hinojosa estaba enterado de una muy rara teoría sobre Simón Bolívar. Don Buenaventura Garmés, el profesor, quien además escribía ensayos y biografías de próceres americanos, le sedujo la historia de su alumno, así que una tarde lo hizo llamar a la biblioteca.

"¿De dónde obtuvo usted esa excitante historia acerca de un viaje secreto de Simón Bolívar a Chile?" Javier tartamudeó mientras intentaba disculparse, dispuesto a montar un nuevo cuento para salvarse del bochorno. "Nada de excusas, joven -aclaró don Buenaventura-; esa historia me parece verosímil, puesto que Simón Bolívar deseaba conocer Chile, porque alguien le había hablado de las bondades del país y que por estas latitudes las mujeres eran muy bellas.

El cuentista se puso bizco, al punto de ver tres y más Buenaventura Garmés, el que miraba sus labios, ansioso por escuchar de ahí la confirmación de esa historia sorprendente. "Lo leí en algún libro, señor", se atrevió a sugerir el joven, cuyas piernas parecían hechas de masa de pan. "¿Y no recuerdas el título?" Se aventuró a decir el profesor, cuyos ojos perseguían al desdichado alumno, a esas alturas con ganas de orinarse en los pantalones.

"Quizás se trate -insistió don Buenaventura- de un libro que se halla en esta biblioteca". "La verdad -aseguró Javier con voz aflautada- no recuerdo; puede haber sido un libro que leí en otra parte, o quizás lo soñé". Don Buenaventura, tranquilo hasta ese momento, se dedicó a golpear la mesa con los nudillos de ambas manos, para advertir que estaba impaciente y molesto por una respuesta mentirosa. "¿Estuvo o no Simón Bolívar en Chile? ¡Responda!" Rugió el profesor, cuyos ojos se habían puesto brillantes, como si fuesen luceros. "Sí; estuvo uno o dos meses antes de la batalla de Maipú y se alojó en un monasterio para evitar ser reconocido".

Don Buenaventura Garmés, quien acostumbraba usar polainas, corbata de lazo y ropas anticuadas, de pura felicidad se empezó a reír, mientras le advertía a su alumno que ello confirmaba sus sospechas, sostenidas por él desde hacía más de treinta años. Pero hasta la fecha, no disponía de ningún antecedente serio para reafirmar su teoría. Si Javier lo había leído por ahí, era porque algún autor así también lo estimaba.

"¿Y si usted querido joven, lo leyó en algún manuscrito de la época?" indagó de un modo confidencial, mientras la frente se le ponía húmeda, como si estuviese sofocado de calor, aunque el frío del recinto quemaba hasta la lengua. "Eso es señor. Lo leí en un manuscrito que mi papá heredó de un tío militar".

Si a don Buenaventura Garmés le hubiesen dicho que era el mejor ensayista del país, no habría demostrado el alborozo que sintió al escuchar semejante cosa. Empezó a agitar los dedos, a morderse los labios, igual si le picaran; a dar pequeños saltitos en su silla y a propinar puntapiés al vacío. "Una noticia de esa envergadura, estremecerá los cimientos de la historia americana", se atrevió a anunciar algo más



tranquilo. Si todas sus furias, ganas de morderse, patear y dar saltitos, hubiesen sido una demostración de sentir frío, él era un perfecto simulador.

"Treinta años de investigación, y hoy culmina de una manera exitosa", agregó, para luego sumirse en un inesperado silencio, semejante a quien contempla las estrellas en la noche. Así se quedó, mientras Javier no hacía amago de querer marcharse ni rascarse, aunque le picaba una oreja.

"¿Me podría usted, joven, traer ese manuscrito al liceo para verlo?" imploró don Buenaventura, con voz ceceante. Pese a que Javier Hinojosa tenía a flor de labios las soluciones más inesperadas, enmudeció, y para colmo, se puso del color de una betarraga cocida. "¿Será o no posible, joven, ver ese manuscrito?" insistió el profesor, en cuyos ojos parecía hallarse toda la fuerza de sus ganas por leer lo que él creía una de las 3.000 cartas escritas por el Libertador, donde de seguro hablaba de su viaje clandestino a Chile.

"El inconveniente, señor -apuntó el requerido algo repuesto de su bochorno- es que el manuscrito está en Inca de Oro, donde vivo, y no iré por esos lados hasta fines de año." Porque para don Buenaventura Garmés insistir era un asunto vital, necesario para obtener la mentada epístola, le rogó a su alumno que escribiese cuanto antes a su casa, solicitando lo que él también sospechaba podía ser una de las cartas que Simón Bolívar le había escrito a José Joaquín Olmedo.

"Dudo, señor -se defendió el joven- que mi padre quiera arriesgar un documento de esa naturaleza y valor al mandarlo por correo, ante la posibilidad de un extravío". Don Buenaventura se demudó y la impaciencia le tocó el hombro de ensayista, como si tratara de advertirle que el camino elegido para hallarse con el huidizo manuscrito, no era el más adecuado. "Yo estoy dispuesto a conseguirle un permiso especial para que usted viaje", se atrevió a proponer al fin. Y agregó: "No veo por qué usted tendría que oponerse", en tanto se levantaba de la silla y se ponía bajo el brazo el libro de Ricardo Urbaneja, "Bolívar: su grandeza en la adversidad".

Mientras don Buenaventura se dirigía a la rectoría del colegio a solicitar un permiso especial para su alumno, éste huía a los patios, desesperado por hallar a

Victorino Rodríguez. Encontró a su amigo empeñado en convencer a Lorenzo Fajardo, que si no había lluvias inesperadas, alguna inundación, acaso un terremoto, no veía cómo pudiese perder la carrera de 100 metros planos. "Lo importante, mi viejo, es la seguridad que nos ha dado el nivel de chonta" le explicaba, mientras el atleta se sonreía complacido.

Luego de llamar Javier con gestos aparatosos a Victorino para que se arrimara, le informó acerca de lo que había sucedido en la biblioteca. A esto, Victorino se puso a reír como un demente, como si alguien le hubiese rogado que de hacerlo así, podía obtener alguna recompensa. "Lindo lío, lindo lío", repetía cuando lograba calmarse, lo cual le resultaba tan difícil, que sus palabras salían de su boca mezcladas con risas y salpicaduras de saliva.

"O te calmas, idiota, o a ambos nos van a expulsar". "¿Y por qué yo?" alegó Victorino, mientras la risa se alejaba de sus labios. "¿Acaso me voy a ir solito a la calle, si tú me ayudaste a inventar la historia del viaje secreto de Bolívar?" A Victorino Rodríguez se le borró la risa de cuajo, como si la misma persona que lo había persuadido a que riera, le hubiese dicho que ahora había que ponerse serio, con expresión de esfinge. "Yo no inventé nada. Soy inocente" se defendió, aunque reconoció haber apoyado a su compinche en el asunto del nivel, y en la versión del descubrimiento de América.

Porque no siempre las desgracias vienen solas, y como a menudo sucede, mientras a unos perjudica y a otros beneficia, dos días después de estos hechos provocadores, se desató en Inca de Oro un pavoroso incendio en la misma calle donde estaba la cantina del viejo Hinojosa.

"Nos salvamos, compañero", le gritó Victorino Rodríguez a su amigo Javier, que a esa hora escribía una carta a su padre, donde le explicaba cómo se había metido de puro idiota, en el espantoso berenjenal. En ella, le sugería que inventara alguna desgracia con el supuesto manuscrito, pero al ver el diario que agitaba su amigo, donde hablaba del incendio, no sabía si abrazarlo o hacer pedazos la carta. "Acaso mis padres estén alojando en medio de la calle", se lamentó, pero su amigo

le dijo que el incendio se había circunscrito a una funeraria, y le mostró la fotografía del diario, donde se veían el negocio reducido a escombros.

Con el diario en la mano, Javier se presentó ante don Buenaventura Garmés esa misma tarde, para referirle que el incendio había afectado la funeraria de su padre, donde el valioso manuscrito se había quemado junto a los ataúdes.

El profesor se limpió varias veces la frente con el pañuelo, el que después dobló para meterlo en la manga de la camisa. Más de una vez miró la fotografía del diario y su desconsuelo parecía crecer, ahondarse, hacerse trágico. Quien aguarda muchos años tras un objetivo y éste se desvanece en el aire, sólo piensa morir de ira. Y si existía por medio una funeraria, el asunto adquiriría contornos macabros.

"¿Y si a causa de alguna razón sorprendente -alegó el profesor, nada de preocupado por la suerte de los padres de Javier- se salvó el manuscrito?" "El incendio arrasó todo, hasta los mismos cimientos. Si se salvaron algunos ataúdes, se debe atribuir a la casualidad", replicó Javier. "Más bien a la mano diabólica de Satanás", agregó el profesor, a punto de claudicar en su intento de hallar el huidizo manuscrito, aunque chamuscado. "Ni siquiera sé -dijo por su parte el alumno- cuál ha sido el destino de mis padres, aunque de haber sucedido algo grave, me habrían llamado por teléfono". Ahí, Buenaventura Garmés se enteró que los padres del joven vivían en el mismo local de la funeraria. Siendo así, ese vástago que tenía delante de sus ojos acaso había nacido en la funeraria, gestado en la funeraria, y cuando pequeño dejado dentro de un ataúd, porque no había una cuna donde hacerlo dormir.

A partir de ese día, vio en Javier Hinojosa a un pájaro de mal agüero, algo así como una calamidad llegada al Internado, a provocarle puras tragedias.

Bernardo Tudela -hijo del senador Abraham Tudela, quien todos los otoños iniciaba excavaciones en Guayacán, cerca del puerto de Coquimbo, para hallar el tesoro del corsario Drake- le aseguró a Javier Hinojosa que don Buenaventura volcaría sobre él un odio malsano, porque era supersticioso. "Un manuscrito

quemado en una funeraria, es cosa seria y da para pensar extravagancias", acotó Tudela.

El cuestionado, que terminaría por acompañar al padre de Tudela en la excavación número diez en las playas de Guayacán, donde sólo hallarían conchas marinas, algunas ágatas que al principio creyeron que podían ser de buen augurio, nada dijo. Y como una manera de demostrar su indiferencia por las palabras que escuchaba, sacó desde su bolsillo una moneda de oro y se la mostró a su compañero, a quien le aseguró que procedía de la tumba de un faraón. "Ni las maldiciones egipcias me han causado desgracias. No veo cómo me podría ocasionar daño el vejete de don Buenaventura".

En la cena de camaradería, Bernardo Tudela dijo que Javier Hinojosa parecía contrariado por el asunto del profesor de historia, a quien desde lejos, le hacía unos ademanes aparatosos, para alejar los malos espíritus. Ahí, sobre la marcha, intervino Victorino Rodríguez argumentando que Javier no creía en patrañas, brujerías ni cosa parecida. Lo que hacía, sólo estaba encaminado a burlarse del profesor, quien se había propuesto molestar al alumno, hasta obligarlo a renunciar a sus clases. Sin embargo, Javier resistía, se esforzaba para superar la borrasca, el odioso y oculto plan de su profesor.

"A mí -aseguró Lorenzo Fajardo- me fastidiaba el modo burlón de Javier, ese ánimo de reírse de todos nosotros como si fuésemos unos imbéciles. Es cierto que tenía cierto ingenio, pero se sobrepasaba."

"También es verdad que todo cuanto de raro sucedía en el curso, se lo achacaban a él", intervino Lamberto Hurtubia. Durante las vacaciones de invierno de 1955 lo invitó a su casa del sur, donde la lluvia al golpear el suelo con violencia, invierte su recorrido y da la sensación que llueve de abajo hacia arriba. Alejandra, su hermana, una chica de aspecto lánguido, poco atractiva, debido a la falta de sinuosidades del cuerpo, amiga de las lecturas de los poetas románticos, se enamoró de la visita, no bien lo conoció. Hasta le dedicó unos poemas de su

cosecha, que gracias a su profesora de castellano le publicaron en un diario de la zona, ese mismo domingo que agonizaba en el hospital, aquejada de neumonía.

Quizá, debido a esta relación, Hurtubia lo apreciaba, sobre todo porque al morir su hermana, Javier escribió en la revista del colegio un cuento bellissimo dedicado a la difunta, donde la protagonista era Alejandra, quien después de morir, viajaba a la luna en un carro de fuego a dirigir los eclipses.

"Aunque presumía de ser ingenioso -intervino Nazario Garrido- nunca demostró inclinaciones serias a algo. Picoteaba en todo, más bien jugaba con el presente, convencido de que el futuro era el futuro y jamás iba a llegar. ¿Acaso es normal que ninguno de nosotros sepa dónde está ahora? Alguien dice que lo vio tomar un barco rumbo al norte, lo cual tampoco es algo seguro." Y con ambas manos se arregló la cabellera, siempre en obstinado desorden.

Las observaciones de Nazario Garrido, recibidas con interés, porque revelaban en su intimidad la verdadera conducta de Javier, hallaron el rechazo de Victorino Rodríguez, quien pidió la palabra. Propuso ser ecuánimes al juzgar a su amigo, para saber cuales eran los verdaderos motivos que lo impulsaban a jugar a las escondidas, a esfumarse por años y después brotar en medio de la nada. Concluyó por decir que éste era un trotamundos impenitente, un gozador de la vida, aunque ello no lo inhabilitaba para ser un pensador serio, alguien preocupado del destino del país.

"Puras bufonadas, no más", intervino Lorenzo Fajardo, todavía herido desde el día en que lo hicieron creer en las bondades del nivel de chonta. A continuación, se refirió a esa vez que a Javier Hinojosa se le ocurrió organizar un festival de música en el Internado, que por sus características degeneró en una concentración política. "Jamás vi en mi vida tantas alusiones partidistas, mentiras destinadas a menoscabar al gobierno y a la función de las autoridades del colegio. Si incluso, anunció hacer la revolución cuanto antes, para derrocar al gobierno de los cochinos burgueses, dedicados a explotar a sus trabajadores".

Victorino Rodríguez, para compensar aquellas acusaciones, alzó una copa de vino e invitó a recordar a los ausentes, como si estuviese en una proclamación política. Que ojalá Miguel Solís de Úbeda cumpliera pronto su pena de presidio. Desearle suerte al bueno de Cristóforo Bascuñan en su misión redentora, quien jamás abandonaría el monasterio a donde se fue a recluir, y lamentar de corazón la muerte de Alex Quintanilla.

Así respondía a lo que llamó: "Las injustas apreciaciones de Lorenzo Fajardo". Entre muchas cosas, dijo que Javier Hinojosa siempre pensó en acometer las aventuras más descabelladas, en dispararse en la dirección donde estuviese vuelto, movido más por su ánimo de errabundo, de hombre enemigo de las cosas estáticas, y no porque estuviese movido por fuerzas negativas. Por algo lo excitaba la lectura. "Leía de tres o más libros a la vez".

De esta última información se agarró Lorenzo Fajardo para manifestar que quien lee muchos libros a un mismo tiempo, nada o casi nada puede asimilar. Que, por el contrario, en la cabeza se le forma un embrollo espantoso, el cual más bien contribuye a la dispersión de las ideas, que a su esclarecimiento. Después hizo variadas alusiones a su profesión de dentista, la que le había enseñado a estudiar de un modo sistemático, alejado por cierto de la improvisación.

Evitó, eso sí, referirse al hecho que mientras estuvo interno, no leyó más de dos libros y de malas ganas, si bien las exigencias mínimas era de una docena. Por eso, medraba por resúmenes y perseguía a quien le pudiese contar, aunque fuese de un modo superficial, el argumento de tal o cual novela. Dispuesto a buscar cualquier medio que lo condujera a superar el record escolar de los cien metros planos, pasó por el Internado Barros Arana, como si su único propósito hubiese estado dirigido a correr por los patios y alrededor de la cancha de fútbol. Según explicaba, era el mecanismo ideal para mantener en forma las condiciones físicas.

Si alguien le hubiese preguntado las razones de por qué se aferró tanto a los resultados del nivel de chonta, de seguro habría desviado la conversación. Le resultaba doloroso admitir que el famoso instrumento, le había provocado un cambio

en su vida. Una semana antes de realizarse la competencia escolar, ya por completo convencido de las bondades secretas del nivel, hizo tantas y variadas mediciones de la pista atlética, que llegó a afirmar que sólo un imponderable le impediría vencer. Y, para su desgracia, ese imponderable se presentó contra todo razonamiento. "Domino a la perfección todos los misterios de las variaciones del nivel de la tierra", le aseguró a Garrido, quien no deseaba desalentar ni alejar a su amigo del curso de sus investigaciones.

El día de la competencia, concurrió muy temprano al Estadio Nacional, pues deseaba verificar algunas mediciones de la pista atlética, como también si el nivel continuaba inclinado hacia la meta, en el carril donde él suponía que iba a correr. Para aumentar el escarnio, Hinojosa y Rodríguez le habían explicado que a veces, por causas que no podían precisar, las nivelaciones de la tierra sufrían cambios inesperados y hasta caprichosos, pero ello no era obstáculo para que el atleta continuara empeñado en ganar.

Cuando puso el nivel en distintas partes de la pista, sobre todo en su carril, se le heló la sangre. Descubrió consternado que estaba desnivelada al revés. De ser así, correría de subida. En todos los sitios, al fin, pudo comprobar esa realidad, la cual le impedía tener la mínima ventaja sobre sus adversarios, si bien todos estaban condenados a correr en desmedro. ¿Cómo remediar ese hecho, o al menos obtener otra ventaja distinta? Sabía muy bien que sus adversarios, bólicos potenciales, le darían una dura lucha, así que toda ayuda, aunque mínima, le resultaba decisiva.

Faltaba dos horas para el inicio de la carrera, cuando Hinojosa y Rodríguez se le acercaron para saber cómo se hallaba. Angustiado por las inesperadas novedades, Fajardo les explicó que el desnivel de la tierra se había modificado, de allí que les imploraba que le dijese qué podía hacer. "¿Haz comido alimentos con mucho hierro?" le preguntó Javier, a lo que el atleta respondió que sí. "Malo, malo", dijo Javier, y en seguida le explicó que sobre él se iba a ejercer una fuerte atracción de gravedad. "Quizás -intervino Rodríguez- podrías contrarrestar ese inconveniente, si comes una porción de tallarines".

Desde luego, Lorenzo Fajardo se negó a esa inexplicable e inoportuna comida que le iba a perturbar la panza, pero sus nervios entraron en escena y empezó a sudar, a sentir por primera vez de un modo cruel, que algo no cuadraba. "Si no gano, par de estúpidos, juro por mis padres que les partiré la cabeza". Amenazó, mientras se ponía las zapatillas claveteadas.

Dos horas después, en medio del griterío general, cruzaba la meta en primer lugar, pero sin haber mejorado el record. "Acaso -se lamentó esa noche- mis condiciones de atleta no sean las mejores", y se sobó los muslos regordetes y cortos, más bien de un levantador de pesas que de un velocista.

Porque Javier Hinojosa temía que al fin el cándido sometiera el nivel de chonta a una revisión técnica, y comprobara que había sido manipulado para que acusara un desnivel en un sentido, y después en otro, lo llevó a casa de su apoderado, donde iba los fines de semana. Creía que el ludibrio había producido efecto, y aun cuando pensaba hacerle otras bromas, tanto o más sangrientas, se sintió satisfecho.

Apareció en el Internado por esos días con "El Capital" de Carlos Marx en cuatro tomos, y sin importarles el escándalo, lo leía en la sala de clases a la hora de estudio, o en los patios durante el recreo. Llegó a dominar buenas partes del texto, y cuando se originaban discusiones, sorprendía a todos refiriéndose al párrafo preciso para combatir alguna posición. Si desde hacía mucho tiempo su prestigio de sabio lo situaba entre los más distinguidos alumnos del colegio, esta nueva faceta de conocimientos, lo condujo a la fama.

Si leía "El Capital" era porque sentía deseos de conocer la ideología marxista. Por esa época se volvía a estudiar con interés, luego que el presidente Carlos Ibáñez le permitía retornar a la legalidad al Partido Comunista, perseguido desde los tiempos del presidente Gabriel González Videla, a quien Neruda le dijo: "El pueblo te llama Gabriel", antes de que el mandatario lo comenzara a perseguir, hasta arrojarlo al destierro.

Hacía tiempo que Javier Hinojosa, Victorino Rodríguez, Alex Quintanilla y otros jóvenes de cursos inferiores, asistían a unas charlas de adoctrinamiento marxista,



que un ex alumno del liceo realizaba en forma clandestina en una sala oscura, donde en otras épocas, funcionó una academia literaria. Ahí llegaba el profesor Roque González una vez por semana, a impartir sus clases, apoyadas con abundante material ideológico, llevado por el propio adoctrinador, en su tronado maletín de cuero café sin hebillas, suplidas por pedazos de cordel.

De a uno aparecían los alumnos en la sala, ubicada en un lugar apartado, y adonde llegaban de tarde en tarde algunos despistados a fumar o a beber unos sorbos de licor. Roque González, sentado en un banco desvencijado, que muy bien recordaba los pobres muebles de escuela de pueblo, recibía a los jóvenes, a quienes saludaba en forma afectuosa, luego de mostrar sus dientes enormes, disparejos, lo cual le impedía mantener una sonrisa permanente. Era flaco, algo encorvado, de boca huesuda y pelo tieso peinado hacia atrás. Vestía de común una chaqueta de paño, del color que ha dejado de ser definido, y una camisa escocesa de franela, donde no estaban todos los botones, aunque lucía limpia. Sus zapatos negros, algo deformados por la costumbre de caminar a la diablo, acusaban el deterioro de quien no tiene más que un par.

Antes de iniciar su charla, interrogaba sobre la materia expuesta la semana anterior, y si sus alumnos no habían asimilado en forma adecuada los conceptos, igual volvía a explicar, provisto de esa paciencia de quien la enseñanza de la doctrina le parece vital. Si hacía frío, lo cual era inevitable en un recinto alejado del sol, húmedo y pleno del olor peculiar a encierro, se enrollaba alrededor del cogote una bufanda de lana, cuyo color igual al de la chaqueta, había perdido aquella propiedad que lo hizo definido en otras épocas. Y si el frío resultaba inaguantable, porque a veces lo era, caminaba de un extremo a otro de la sala, manos en bolsillos, mientras de su boca huesuda, brotaban palabras encendidas, jamás escuchadas por los jóvenes. Al finalizar su clase, rogaba a sus alumnos mantener una adecuada discreción sobre esos encuentros, aunque les solicitaba que podrían invitar a las charlas a quienes hubiesen demostrado, en algún momento, interés por la teoría marxista.

Uno de esos días, Javier Hinojosa se atrevió a llevar a Cristóforo Bascuñán, en la época en que éste no sabía si al concluir sus humanidades iba a ingresar a un seminario, o a la universidad para estudiar arte. Vinculado a una familia de viejos terratenientes de Talca, apenas escuchó hablar de abolir la propiedad privada y de la necesidad urgente de realizar una reforma agraria profunda en Chile, interrumpió al profesor para expresarle que él estaba de acuerdo, pero si comentaba ese asunto en el seno de su familia, lo iban a hacer picadillo. "Es labor tuya, entonces -respondió Roque González mostrando sus dientes en desorden- luchar por tus ideales, aunque tu familia esté en tu contra". "Mi familia es mi familia, señor, y por nada la combatiría", replicó indignado Cristóforo, porque los Bascuñán eran de linaje, emparentados con quienes habían sido presidentes de la república, ministros, embajadores y empresarios prósperos.

"No quiero ver más a gente así por aquí que defienden a esa oligarquía, causante de los males de nuestra patria", alertó González a Javier Hinojosa, cuando la reunión hubo concluido y Cristóforo Bascuñán salía alterado de la sala.

Debido a que Javier era el que más había leído, sometía a Roque González a dilemas aterradores, tanto, que el buen profesor sudaba como si su ánimo estuviese por expeler todo el líquido de su cuerpo, aunque al final lograba dar las respuestas adecuadas. Sus dientes enormes, disparejos, parecían jiferos prontos a entrar en acción, para iniciar una degollina inclemente. Mas, de pronto, asumía una actitud de éxtasis, igual si hubiese creado una nueva y revolucionaria interpretación de la teoría marxista. Para sorpresa general y espanto de algunos, lanzaba una serie de ruidos onomatopéyicos, con lo cual quería expresar su agrado por haber arribado a la solución justa.

Un miércoles, antes de iniciarse la reunión del grupo en la sala de siempre, Javier Hinojosa comunicó a los asistentes que Roque González había enfermado de los pulmones y en esos días se recuperaba en un sanatorio situado en el camino que hay entre Santiago y Puente Alto. Nadie volvió a saber de él. En octubre de 1973, a un mes del golpe militar auspiciado por la oligarquía, Victorino Rodríguez lo

iba a divisar encerrado en una celda en el regimiento Tacna. Como era miembro de una organización internacional, fue a visitar a los presos políticos. Quiso hablarle, interesarse por su situación desmedrada, sin embargo, se lo impidieron.

### Tres

En agosto del año en que iba a concluir Miguel Solís de Úbeda sus estudios en el Internado Barros Arana, se le ocurrió realizar una humorada inolvidable. En el pabellón de ciencias naturales había una momia atacameña, donada por la ciudad de Antofagasta, que no bien apareció por el liceo, concitó la atención hasta de los indiferentes. Se decía que era una princesa sacrificada al dios de la lluvia, cuando la joven tendría alrededor de quince años, edad que contribuía a hacer más atractiva su historia. La idea de Miguel era sustraer la momia y meterla en la cama de Lamberto Hurtubia, quien, según propia confesión, aún era un perfecto doncel, pese a que muchas veces acompañó a Bernardo Tudela y a Alex Quintanilla, donde unas prostitutas de calle Diez de Julio.

"Va a ser una fecha memorable", se jactaba Miguel Solís de Úbeda y movía el muñón de su brazo cercenado. La idea, lanzada un día en que hablaba con Javier Hinojosa, Cristóforo Bascuñán y otros sobre diversos asuntos, no entusiasmó a nadie. "Al menos yo -dijo Javier- me margino, pues una momia es el cadáver de quien representa el pasado de nuestro cultura, y por tal motivo, merece alguna consideración". Miguel se alejó del grupo, mientras decía que iría donde otros más entusiastas para realizar la macabra ceremonia, que calificaba de "crear un idilio entre quienes desean disfrutar su primera noche de amor".

Sin mucho buscar, halló en Nazario Garrido, Alex Quintanilla y Bernardo Tudela el apoyo necesario, sobre todo en este último. En las muchas excavaciones que había realizado su padre, destinadas a encontrar el tesoro del corsario Drake, halló momias, huacos, restos de tejidos, utensilios de caza y domésticos, todo lo cual había trasladado a la casa de una de sus haciendas. Con semejantes referencias

familiares, se alzaba como el más experimentado con momias y su entorno cultural. A Miguel se le antojó un asunto de rutina, más bien algo para distraerse, pues hacía muchas semanas que en el Internado no sucedía nada digno de ser comentado. Cual más cual menos, andaba con cara de náufrago, puesta la mirada en el horizonte.

Mientras Javier Hinojosa, preocupado por realizar en el Internado una función digna de teatro, se esforzaba por hallar los actores idóneos, Solís de Úbeda sobre un papel cuadriculado, hacía los mapas necesarios para sacar la momia. Acaso nunca estuvo más activo, lo cual se expresaba en sus ojos malignos. Robar un cadáver desecado, por mucho que estuviese en posición fetal dentro de una vitrina, constituía una profanación, y el riesgo de que una lejana maldición cayese sobre él.

Por esos días, un hecho inusual postergó en una semana el deseo de Javier Hinojosa de montar una obra de teatro. Uno de los inspectores, en un raptó de locura, se introdujo a la oficina del inspector jefe y, luego de lanzarle una amenaza temeraria, le disparó dos balazos a quemarropa, pero su mala puntería, o quizás el deseo de convertir esa acción en un simple ultimátum, hizo que una de las balas se incrustara en el escritorio de su aterrorizado jefe, y la segunda fuese a perforar la pared, junto al retrato de Jorge Washington.

Despedido el frustrado homicida, comenzaron a surgir versiones extrañas y hasta antojadizas de las verdaderas razones que tuvo para disparar. Hubo quienes hablaron de que entre ambos existía una relación de amor; un odio malsano, porque se despreciaban; que ambos cortejaban a la misma mujer; que había de por medio deudas en dinero, corrupción, gustos por alguna droga o, en fin, la presencia de un misterio insondable que por mucho que se investigara, sólo se iba a poder aclarar después de años.

En la cena de camaradería, Nazario Garrido, cuyos ojos empezaban a perder la forma por haber bebido con excesiva liberalidad, contó que el inspector había disparado en contra su jefe, quien le había prometido un ascenso, lo que nunca se cumplió. En todos los asistentes se produjo una enorme frustración, pues suponían

la existencia de una historia distinta, algo de veras truculento, digno de ser mantenida en secreto por tantos años. ¿Por qué Nazario Garrido conocía la verdad? "¡Mientes!", le gritó Alberto Legarreta desde el otro extremo de la mesa.

De pie explicó sin parar, con su voz aflautada, que él, a través de un hijo del rector, se enteró años después que la disputa se había originado porque el inspector jefe, había sorprendido a su colega acariciando a un alumno en los baños y pensaba denunciarlo a las autoridades de educación. El acusado alegaba, que todo se debía a una venganza de su jefe, pues quería mancillarlo por celos profesionales.

Acto seguido intervino Tudela para explicar cómo, a días del frustrado homicidio, Solís de Úbeda consiguió robarse la momia de la princesa inca, para luego introducirla en la cama de Lamberto Hurtubia. Acompañado de Alex Quintanilla se quedaron durante una hora después de comida, ocultos en los baños cerca del pabellón de ciencias naturales. Cuando hubo la calma necesaria y los alumnos estaban en sus salas de estudios, los profanadores pasaron a través de una ventana abierta hasta la sala donde la bella princesa, aunque arrugada momia, descansaba dentro de una vitrina. Con una ganzúa, Solís de Úbeda logró abrir el mueble, operación que le demandó largos quince minutos, tiempo en que muchas personas circularon por fuera del pabellón.

Porque los miércoles no se hacía el aseo de la sala, se eligió ese día. Ya abierta la vitrina, Quintanilla y Solís de Úbeda demoraron mucho en sacar la momia. Un entraño hedor antiguo, ese mismo hedor de cosa vieja, rancia, por miles de años bajo tierra, les aquietó las ganas. Se miraban y ninguno se atrevía a actuar, al menos a sugerir una idea. La princesa, la momia, el esqueleto acartonado del color de la tierra nortina, de ojos hundidos y boca chupada de quien no tiene un diente ni de muestra, parecía mirarlos desde el infinito, desde el cielo donde van los indígenas.

El manco Miguel se puso a pensar en las terribles maldiciones que por años habían perseguido a quienes desenterraron momias egipcias. Entonces dudaba. No se atrevía a tocar a la princesa, a la bella adolescente muerta en un sacrificio

humano. A esto, Quintanilla, con iguales aprensiones, rezaba por si ya las espantosas maldiciones del más allá estaban funcionando, aunque todavía no tocaba nada. "Tenía que haber venido Tudela que tiene más experiencia," se lamentó el joven, y le hizo una seña a Solís de Úbeda, para que fuese él quien retirara la momia de la vitrina y la pusiera dentro de un saco. "No voy a poder con una sola mano", se quejó, y en seguida propuso que entre ambos realizaran la sacrílega operación.

Desde el infinito, desde una dimensión de la cual no se regresa jamás, la princesa contemplaba a los nuevos y ansiosos profanadores y parecía decirles que si de verdad ella iba a compartir el lecho de un hombre joven, no se negaba. Pero si su viaje lejos de la vitrina obedecía sólo a un capricho juvenil, desde ya se oponía a abandonar su morada.

"Salgamos pronto de aquí", suplicó Quintanilla, a punto de huir, porque había empezado a imaginar que la momia le había guiñado un ojo, aunque era un cráter inactivo. Miguel Solís de Úbeda lo hizo callar, para luego tratarlo de cobarde y de no tener puestos los testículos en el lugar adecuado. "No nos iremos sin la princesa", sentenció el manco y exigió a su compañero de fechorías que le ayudara.

"La momia -le confidenció Miguel a Bernardo esa misma noche- es más pesada que una mesa de billar, y no sé cómo pudimos trasladarla hasta aquí". Por su parte, Bernardo había abierto con una ganzúa el dormitorio de los sextos años y aguardaba escondido en la pieza, donde dormía junto a Lamberto Hurtubia, Cristóforo Bascuñán y Francisco Arenas.

Metida la joven princesa en la cama de Hurtubia, y tapada por completo, los desalmados se alejaron del dormitorio para incorporarse a la sala de estudio, donde el inspector les preguntó en que parte habían estado. Previsor, Miguel Solís de Úbeda exhibió una nota, falsificada por él mismo, donde se decía que habían sido llamados por el vicerrector.

En el restaurante "Q", Tudela iba a reconocer frente a quienes habían sido sus compañeros de curso, que al salir del dormitorio, escuchó clarito la voz de una joven

que le daba las gracias, porque como había muerto virgen, esa noche existía la posibilidad de consumir el amor. Este hecho no se atrevió a manifestarlo delante de sus compinches, por temor a ser acusado de desvariar. Ahí intervino Lamberto Hurtubia para reafirmar que cuanto había expresado a la mañana siguiente de esa lejana noche, se ajustaba a la verdad. Quienes estaban reunidos con él se miraron extrañados, y más de alguno culpó a Hurtubia de ocultar durante quince años una historia absurda, sobre la cual en su oportunidad, nadie quiso creer.

Muchos lo tildaron de ser tan fantasioso como Javier Hinojosa, y había quienes sospechaban que Hurtubia, aconsejado por aquél, le había sugerido tan descabellada como increíble historia. No pocos lamentaron la ausencia de Javier, quien, y así todos lo suponían, habría dicho la verdad sobre el asunto. "Juro que la historia de la momia fue verdad", dijo Hurtubia y sus ojos adquirieron un inesperado encanto, debido a los recuerdos distantes, porque su experiencia con la momia, más bien con la princesa inca, había sido un asunto extraordinario.

"La incredulidad los va a matar a todos ustedes", sentenció Victorino Rodríguez y rogó a Hurtubia repitiera su experiencia nocturna. Antes de hablar, éste propuso un brindis por el recuerdo de Quintanilla, y por el manco Solís de Úbeda. "Quizás, ambos fueron alcanzados por la maldición de la momia".

A Bernardo Tudela le empezó a doler la cabeza, y a nadie entrañó que un año después de la cena realizada por la promoción del año 1956, fuese a morir de un balazo disparado por un hombre que ingresó a su casa a robar joyas incas. Quienes aparecían vinculados a la momia de la princesa, estaban unidos por violentos hechos de sangre, marcados a partir de esa noche en que Lamberto Hurtubia se acostó con ella tal si fuesen amantes, cuya edad oscilaba entre los 2.500 a 3.000 años.

Para hacer más patético el encuentro entre la momia y su inesperado galán, Solís de Úbeda sacó la bombilla de la luz del cuarto. Así, Hurtubia no tuvo otra alternativa que acostarse a oscuras, lo cual hizo a tientas, luego de ponerse un

pijama rayado de franela, tan holgado, que bien cabía en él otra persona de su mismo físico.

Alertados Cristóforo Bascuñán y Francisco Arenas de la espeluznante broma, se mantuvieron tranquilos y vigilantes, por si Hurtubia lanzaba un grito de terror, al hallar a una intrusa entre las sábanas de su cama. Transcurrieron uno, dos, tres y más minutos, y el apuesto galán, metido en su enorme pijama, nada decía. ¿Acaso el miedo lo había paralizado y la lengua se le había ido hacia atrás? A lo mejor, pensó Tudela, se hizo pichí y caca y por nada quiere reconocer ese hecho lamentable; sin embargo, en vez de sentir olor a excremento y a orina, llegó a su olfato un aroma exquisito, algo embriagador, como si en la pieza se hubiesen mezclado las más finas y delicadas fragancias, olores mixturados por un perfumista oriental, destinados a sellar el cuerpo de una novia.

A la mañana siguiente, Cristóforo Bascuñán, creyente como era, juró haber oído el jadeo de dos personas que se entregaban al frenesí del amor. "Lo escuché clarito", dijo ruborizado, cuando Francisco Arenas reconoció, a su vez, haber oído palabras de amor bárbaro y primerizo, mientras él, ahí cerca, no sabía si soñaba y si era cierto lo que sucedía bajo las sábanas.

Tudela, uno de los cómplices de la macabra broma, también escuchó cómo Hurtubia recreaba el amor con una joven espléndida, puesto que en la pieza persistía un perfume aturdidor, y donde quedaron suspendidas miles de palabras apasionadas, que durante casi toda la noche le impidieron quedarse dormido.

Cuando le preguntaron a Lamberto Hurtubia sobre su experiencia nocturna, se mostró prudente al principio, y después tuvo que admitir que no bien se hubo metido a la cama, sintió ahí la presencia de una mujer de piel suave, quien se le ofrecía, luego de pegarse a su cuerpo, como sanguijuela de ganado flaco. "Porque ambos éramos vírgenes, el encuentro fue sublime", acotó, para en seguida rememorar uno a uno los minutos de gloria.

Consultado Javier Hinojosa sobre el extraño caso, porque ese último tiempo estudiaba la historia de las culturas que habían poblado el norte de Chile, mostró



desde un comienzo una actitud de cautela. No le pareció raro que la momia de una princesa virgen, ante una noche de amor, no se hubiese negado a experimentar sus ocultos placeres. "El amor, camaradas -dijo- está por sobre la vida y la muerte".

Ese mismo día, no bien Lamberto Hurtubia se hubo levantado y mientras permanecía en el baño, Tudela y Quintanilla metieron la momia en el saco, y la regresaron a la vitrina del pabellón de ciencias naturales.

"Anoche, dormiste con la momia del Internado", le dijo a la hora de almuerzo Solís de Úbeda a Hurtubia, que desde la mañana no dejaba de silbar y frotarse las manos. "Sí, sí" respondía, y se lamía los labios, como si aún tuviese ahí el sabor de la saliva de la princesa inca, ese maravilloso e inesperado regalo que ambos en una noche, se arrebataron de cuajo la virginidad.

Quince años después, iba a rememorar esa lejana y repentina noche de ensueño, donde alguien -y no sabía quién- le señalaba los caminos del placer, las distancias, el vaivén, las cadencias plenas de música, el uso del olfato, de los dedos que estiraba ansiosos para alcanzar una curva, la punta de un cabello o la humedad anidada en los vértices de los miembros.

Se desvirgó sin el mínimo sobresalto ni dolor, aunque muy cerca suyo estaban tres de sus compañeros. Es así cómo, el placer lo alejó de las dimensiones de la pieza, y montado en potranca de la prehistoria, se distanció de lo terrenal para ascender a una región ignorada. Muchas veces -y desconocía la razón- visitaba a su princesa inca, para agradecerle esa noche de amor pleno. "Nadie conoce las verdaderas fronteras del amor", había leído en un libro, y al descubrir que sus propias fronteras eran impredecibles, se atemorizó.

Aunque habían transcurrido años de aquella experiencia única, los hechos mínimos, cada detalle, lo habían marcado como si tuviese en la memoria profunda, una cicatriz de navaja. Cuando después de dos meses yació con una mujer, el recuerdo de la princesa inca, le perturbó de tal manera la nueva relación, que se inhibió al punto de perder la dureza del sexo. ¿Acaso me he enamorado de una muerta o del pasado? Se preguntaba, y las evocaciones de aquella noche magnífica,

donde conoció en plenitud por primera vez el color y el perfume de la piel virginal, le alborotaban la memoria.

Mordaz, aunque a Lorenzo Fajardo le faltaba imaginación para usar bien ese recurso, se atrevió a expresar sus dudas sobre cuanto escuchaba esa noche. Para él no había sido más que un sueño, ¿o el dulce contacto de la momia le había provocado al infeliz de Hurtubia la sensación de sentir todo lo contrario de lo que creía experimentar? "Las masturbaciones -dijo- nunca se hacen pensando en mujeres vulgares, sino en aquéllas que más nos agitan la libídine. Mentiste hace quince años y ahora vuelves a hacerlo. ¿Quién iba a ser el estúpido de reconocer que se acostó con una asquerosa momia?"

Sin perturbarse, Lamberto Hurtubia -quien con el tiempo se iba a marchar al destierro a un país de África, de donde no regresaría jamás- sacó desde el bolsillo interior un arete de oro en forma de un hacha guerrera inca, y lo mostró al grupo. "Esa noche, queridos amigos, mi amada princesa me obsequió esto". Algunos empezaron a reír, aunque otros no se atrevieron a tanto.

Lorenzo Fajardo, quien días después del golpe militar de 1973 se iba a presentar en forma voluntaria ante las nuevas autoridades militares para colaborar con ellas, se puso de pie, como si le hubiesen pinchado una nalga, y empezó a insultar a Hurtubia. "No somos imbéciles como tú; aquí no hay mentecatos; se trata de gente cuerda; en cambio tú, compras por ahí esa baratija y la muestras para convencernos de algo. Esta cena, por desgracia, ha degenerado. Pido para Lamberto Hurtubia el repudio general."

Si esa noche hubiese estado ahí Javier Hinojosa, el dentista no se atreve a tanto. Le temía, aunque lo disimulaba. Veía en él a un hombre dotado de una inteligencia despabilada, lleno de recursos para humillarlo de un modo tan sutil, que no habría sabido cómo calibrar el asunto, al menos descubrir si los dardos se dirigían en contra de él, o de los otros.

Alguien había insinuado que Hinojosa quería ascender el monte Aconcagua por la ladera más difícil, y determinar si su altura era la que señalaban los libros de

geografía. Además, quería recorrer el río Loa en una canoa primitiva, para demostrar no se sabe qué teoría. En su oportunidad, había manifestado que la lógica de Lorenzo Fajardo le permitía ser un realista honesto; pero dudaba que dispusiese de los medios para llegar a otras fronteras, donde hubiese alguna complejidad. "No es lo mismo un caballo que un buey, aunque tienen cuatro patas, dos orejas, dos ojos, cola y ambos son mamíferos".

Durante unos segundos, breves como es la vida, Lorenzo Fajardo recordó el ejemplo del caballo y el buey que le propuso Javier Hinojosa, cuando éste intentaba demostrar que Dios no existía. "Tanto el buey como el caballo, según se dice, son obras de Dios; sin embargo fueron creados para servir al hombre, pero nadie explica por qué Dios no creó al hombre para servir a los animales. Más bien tenía que haber creado, en una misma especie, un mamífero con las cualidades del caballo, del buey, de la oveja, de la cabra. Le habría bastado crear un solo animal, para simplificar la naturaleza".

Dudoso en intervenir, Lorenzo Fajardo ignoraba si el expositor se burlaba del auditorio o de veras pensaba así. Quiso en un momento manifestar que el buey no era más que un toro castrado, así que lo correcto era hablar de toro. Al final, no se atrevió, aunque Hinojosa se deslizaba en nuevos juegos de ideas, malabarismos idiomáticos y hacía dudosas comparaciones, lanzando teorías que nadie sabía si las había inventado hacía unos segundos, o aquéllas estaban escritas en alguno de los cuatro o más libros que leía al mismo tiempo.

Tres años después de la cena de camaradería en el restaurante "Q", Lorenzo Fajardo fue enviado con otros colegas, a inspeccionar los regimientos acantonados en el norte del país. Los soldados, provenientes de las clases desposeídas, se quejaban más del dolor de muelas que de la vida en el desierto. En Antofagasta, luego de hacerle abrir la boca a toda la tropa, le pidieron que también le mirara la dentadura a unos presos políticos, para dejar tranquila a la Cruz Roja. Y como la idea era fusilarlos al fin de cuentas, lo justo sería que murieran sin caries.

En nada se extrañó encontrar en el grupo a quien hacía dieciocho años había hecho escarnio de él, facilitándole un nivel de chonta, en realidad un pedazo de pino, pintado con alquitrán. "No creas que he olvidado lo del nivel de aire, ni menos esa comparación idiota que hiciste entre un caballo y un buey".

Antes de abrir la boca para someterse a la revisión, el acusado le dijo que ninguna de las dos historias mencionadas por él estaban concluidas. "Aun cuando te van a fusilar no pierdes el sentido de la insolencia. Al menos reconoce que siempre te gustó burlarte de tus compañeros, sobre todo de mí, porque mi padre trabajaba en una fábrica de zapatos. Creo que tú fuiste quien me puso "Bototo". Así lo pienso hasta el día de hoy, y por mucho que te fusilen, no voy a olvidar las humillaciones. Ahora, abre la boca, infeliz. Al menos viaja al infierno sin caries."

Javier Hinojosa evitó replicar, y aunque hubiese querido, estaba impedido de hacerlo. El dentista, como una venganza postrera envuelta en rencor, le tenía metido en la boca el instrumental para rastrear las caries, las que no aparecían. Por momentos quiso inventar alguna, y hacer sufrir a quien durante años se había mofado de él.

¿Cuál es la sensación que se siente cuando a uno lo van a fusilar? quiso preguntarle al detenido, sentado en un sillón de peluquería, quien observaba sin entusiasmo la pieza, donde una vez por semana, un cabo les cortaba el pelo a los conscriptos. No era extraño que ahí hubiese olor a peluquería de barrio pobre.

Porque fusilar a un hombre por sus ideas no es un hecho corriente, si bien en esos tiempos lo era, Javier Hinojosa dudaba que al fin se cumpliera la sentencia, aun cuando había sido notificado de ella. Una tarde, luego de ser interrogado de noche, lo amenazaron con enviarlo de madrugada a enfrentar el pelotón de fusilamiento, si no proporcionaba los nombres de quienes habían trabajado en un proyecto para invadir Chile a través de la frontera con Bolivia. Él ignoraba el sentido de la pregunta, y como sus inquietudes por entonces estaban orientadas a construir charangos de quirquincho en sociedad con un artesano de Oruro, creyó que se referían a unos músicos del altiplano. Los artistas, radicados en Arica por aquella época,

interpretaban canciones del folclore, donde se reclamaba para su país, una salida al mar.

Pese a que su interrogador daba golpes furiosos sobre el escritorio y le pinchaba el pecho con una daga, él resistía al vejamen y al dolor, pues pensaba que todo se trataba de un equívoco y que al concluir el interrogatorio iba a ser puesto en libertad. Cuando de nuevo fue conducido a un infesto calabozo, donde el excremento y la orina orlaban buena parte del piso, sintió náuseas, una ira creciente. Uno de sus compañeros de celda le manifestó que hacía unos minutos habían sacado desde allí a tres detenidos, para llevarlos a fusilar en pleno desierto.

Si Lorenzo Fajardo hubiese siquiera sospechado esa noche cuando asistía a la cena, que en dos años y unos meses iba a hallar a Javier Hinojosa a punto de ser fusilado, quizás no se habría dignado en denigrar a quien, si él lo hubiese querido, podría haber salvado del pelotón de fusilamiento. Le bastaba manifestar que el detenido padecía una grave enfermedad a las encías, la cual era urgente tratar; y como las autoridades, movidas por una inexplicable actitud humanitaria se negaban a fusilar a los enfermos, ello le permitiría vivir unos meses más. No tuvo, sin embargo, la necesaria compasión, la mínima voluntad para intentar algo por quien estaba cerca del patíbulo. Desde hacía muchos años estaba herido, escarnecido por quien veía dotado de virtudes que él no podía mostrar.

Al concluir el examen, le manifestó a su inesperado paciente que no sabía si para desgracia de ambos, no había encontrado caries. Nada respondió Javier Hinojosa, limitándose a sonreír de ese modo burlón que tanto hiere y molesta a los espíritus mediocres. "Acaso esa risa de mierda -dijo el dentista- se te congele cuando te venden los ojos para fusilarte. Adiós, maestro de pacotilla. Si de algo te consuela mi promesa, te diré que en su oportunidad voy a rezar por tu alma de ateo."

En un acto de rebeldía, tan propio de su conducta, Hinojosa escupió el suelo de tablas cuando se aproximaba a la puerta de salida. Y mientras pisaba el esputo, volvió a sonreír, pero esta vez de un modo maligno, como si quisiera anunciar que

maldecía a quien durante dieciocho años, hizo creer en un modesto nivel de aire. Lorenzo Fajardo se enfureció hasta perder el equilibrio, y mientras se afirmaba en el sillón de peluquero, se puso a aullar. Dos soldados jóvenes, disputándose el derecho a entrar primero, irrumpieron en la pieza, apuntando en todas direcciones con sus metralletas. En medio de la confusión a uno de ellos se le escapó un tiro, con tan mala suerte, que fue a despaturrar el retrato de un prócer anónimo.

Si esa noche de la cena, Victorino Rodríguez hubiese sospechado que Lorenzo Fajardo se iba a hallar con Javier Hinojosa en condiciones tan adversas para éste, no habría dicho nada. Ni siquiera ponerse a recordar los hechos graciosos de la época de estudiantes. De aquella ocasión en que hicieron creer al atleta, que en la primera Olimpiada realizada en Grecia el año 776 antes de Cristo, las mediciones de tiempo de las carreras se hacían con reloj de arena. Fajardo recibió la información histórica con incredulidad, si bien después, para no parecer ignorante, creyó el cuento. Discurrió en su oportunidad, que si no existían relojes de cuerda o cronómetros en tiempos de los griegos, mal podrían haber medido el tiempo de otra manera.

A nadie extrañó que durante unos días empezara a buscar en la biblioteca del colegio, libros que le pudiesen dar luz sobre esa materia, pero sólo hallaba la fecha de la realización de la primera Olimpiada, nada más. El asunto del reloj de arena le producía un raro encanto, la inesperada sensación de que estaba detrás de algo novedoso y, por qué no, revolucionario.

En ese tiempo, todavía Javier Hinojosa no había aparecido con el nivel de aire por el colegio, así que le resultó sencillo llevar la tomadura de pelo hasta un punto hiriente. Coincidió que por esa época, en clases de física, el profesor se refirió a cómo el hombre a través de las edades se las había ingeniado para medir el tiempo, usando para ello el sol. Así ideó el cuadrante solar, o el de agua, de donde surgió la clepsidra y luego el reloj de arena.

Como si hubiese sido tocado por Lucifer, Lorenzo Fajardo levantó la mano, y cuando el profesor lo hubo autorizado para hablar, dijo que tenía informaciones muy

serias y documentadas de que los griegos, a partir de su primera Olimpiada, realizada el año 776 antes de Cristo, habían usado el reloj de arena para medir el tiempo en las competencias atléticas.

El profesor de física, amigo de vestir de oscuro por exvoto, no se atrevía a comentar nada. Aunque escuchó risitas nerviosas en la sala, y la inesperada reacción de Javier Hinojosa, quien se había metido el pañuelo en la boca a manera de tapón, prefirió borrar la pizarra donde había escrito un problema. "Al menos yo -aclaró, luego de que los alumnos amenazaban con armar una trifulca donde los gritos, las risas y las expresiones de burla iban a campear- nada sé de ese asunto; pero me comprometo a investigar.

Imprudente como era, Miguel Solís de Úbeda le comentó lo siguiente a Lorenzo Fajardo. Que según sus informaciones, en las mentadas Olimpiadas en vez de reloj de arena, se había usado un dispositivo para medir el tiempo por la altura de la sombra que, una vela encendida proyecta sobre una pantalla graduada con anterioridad. Quienes estaban ahí junto a los dos jóvenes, comentaron que Fajardo se hinchó como una odre de vino, mientras sus ojos parecían navajas de rufianes, y que por sorpresa le dio al manco, un puñetazo en la nariz. Miguel cayó de espaldas, luego de dar aleteos desesperados para mantenerse vertical. Un pollo descogotado no habría batido tantas veces las alas, aunque su muerte era algo cierto, y lo del manco se resumía apenas a la hinchazón del apéndice nasal.

Esa misma noche, Lorenzo Fajardo, a través de Nazario Garrido le envió un recado a Javier Hinojosa, donde le decía, entre otras cosas, que no sentía rencor por la historia del reloj de arena, porque sospechaba que algo había de verdad en lo que le habían narrado. Lo que le dolía -se lamentaba- era que no entendía las razones de porqué hacía valer su mayor cultura y conocimiento de las cosas sobre sus demás compañeros, en vez de compartirlos de una manera sencilla, sin herir a nadie.

Que meses después Lorenzo Fajardo hubiese creído en las bondades casi mágicas del nivel de aire, es algo incomprensible, pero su obcecación por lograr un viejo anhelo, debe entenderse como la última razón de su estupidez.

A Javier Hinojosa le dolió el recado. Nada mandó a decir a cambio y como muestra de su malestar, por una semana y más se entregó a prolongadas y sesudas meditaciones, lecturas de nuevos textos al punto de mantener en su pupitre a lo menos diez libros. Ese día en que Victorino Rodríguez le preguntó la causa de su repentino cambio, se limitó a responder vaguedades, aunque ante la insistencia, aseguró que estaba cansado, sin humor, abrumado por las guerras de ultramar. "Tantas muertes sembradas por doquier, y nosotros sin hacer nada", se lamentó. Ante la insistencia de Victorino empeñado en seguir el diálogo, se excusó mientras argumentaba que iba a buscar unos libros a la biblioteca, justo cuando se acercaba Alex Quintanilla a indagar, si persistía la idea de hacer una obra de teatro para el aniversario del colegio.

La noche, aunque estaba invitada desde siempre a la mesa del tiempo, se abrió paso como intrusa, desparramando sombras inanimadas en medio del silencio de los patios, acostumbrados a vivir la algarabía de una juventud nunca quieta.

## Cuatro

¿Cuánto había de verdad en lo último que se sabía de Javier Hinojosa? Quienes esa noche lo esperaban ansiosos en el restaurante "Q", aunque en lo íntimo no sabían a qué atenerse, manejaban criterios dispares. Unos creían que iba a aparecer de súbito, y luego de abrazar a todos, estrechar manos, dar palmotadas, reírse, cogería una copa de vino para brindar por los años en que el destino travieso los había mantenido separados. Otros, pensaban que había olvidado su compromiso, porque en sus constantes correrías tras alguna bella mujer -acaso se trataba de Celia- ocupaba las preciosas horas.



Acodado en la mesa, porque el sueño acumulado en muchas jornadas no le permitía mantenerse bien despierto, Lamberto Hurtubia interrumpió un breve discurso de Alberto Legarreta -cuya afición a hablar de variados asuntos no la había perdido pese a los años- para manifestar que Javier Hinojosa podía estar muerto, o de rey de una isla perdida en el Pacífico. "Cualquier cosa es posible tratándose de él", dijo y bostezó, no sin haberse cubierto la boca con la mano empuñada.

Luego se permitió narrar algunas anécdotas desconocidas, más bien las argucias que había usado aquél para conquistar a Celia, pese a que Cristóforo Bascuñán, después de haberse enamorado de la joven hasta la perdición, decidía ingresar a un monasterio. Confesó que, Javier se dejó arrastrar por un amor turbulento y apasionado, al punto de que por esa época empezó a escribir poemas dedicados a su amada, cargados de erotismo, los cuales provocaban una suerte de pavor en quienes los escuchaban, debido al desenfado de su contenido.

Agitado por su irresistible delirio de amor, se atrevió a llamar a Celia: "Cumbre de todas mis locuras", "carne de mis hambres eternas", "mi pequeña noche de desenfrenos y erotismos" y otras frases que, en vez de asustar a la joven debido a su formación rígida y hasta conventual, la hacían recibir tranquila los exaltados poemas, al creer que estaban dirigidos a otra. A esto, Javier palidecía de amor o de espanto, al descubrir cómo su adorada Celia disfrutaba sin ruborizarse de su arte de poeta y amador de puras palabras.

¿Acaso la joven necesitaba alguna demostración práctica, porque esto de lanzarse en verborreas, imágenes, ideas locas y puras sugerencias no podía entusiasmar a quien obligó a Cristóforo a huir después de un tiempo?

¡A la acción!, se propuso un fin de semana, y para cumplir su proyecto, la invitó a pasear al zoológico, donde pudiese ver cómo se amaban las fieras y acaso ello la estimulaba. A la entrada del zoológico, le obsequió un enorme paquete de maní tostado, para que le diera a los monos, quizás los animales con menos prejuicios para amarse delante del público.

Celia comía entusiasmada el maní a un ritmo vertiginoso, ante la alarma de acompañante, quien veía en la actitud de la joven una pésima conducta, puesto que no tendría qué arrojarle a los simios, con lo cual no habría cómo estimularlos al coito. Porque esa mañana de domingo, los simios no parecían dispuestos a cumplir una función por muchos esperada, Javier sugirió a Celia ir a visitar la jaula de los leones, para ver si poseían una mejor disposición sexual. Tampoco los felinos, dedicados a dormir a pierna suelta y a dar bostezos atronadores, nada hicieron para justificar su condición de reyes de la selva. Más bien deseaban soslayar su situación de cautiverio, y negarse a contribuir a que sus vástagos sufrieran del mismo drama.

"Todo me resultaba al revés ese día", se lamentó Javier delante de Victorino, quien escuchaba en silencio los infortunios amorosos de su compañero. "Aunque trataba de buscar el medio más simple para hacerle a la niña alguna proposición, adecuada a las circunstancias, me extravié en un discurso propio de un aprendiz, tan insulso y enrevesado, que ella me miraba sorprendida y parecía lamentarse de mi ningún talento para persuadirla. Yo, observaba cómo quería ayudarme, pues movía los labios y gesticulaba en un esfuerzo para contribuir a que pudiese expresar mis ideas de manera eficaz. Si en mi ánimo estaba el deseo de aventajar a quien decía amar y convencerla de que olvidara al amor anterior, ese día nada conseguí. En el colmo de mi desamparo y frustración, veía cómo la niña perdía fe en mí y empezaba a impacientarse. Qué día más bochornoso, mi querido amigo", concluyó. "Al menos di, si se trata de Celia o de otra", le demandó Victorino al confundido vate, cuando éste le hacía escuchar un poema henchido de erotismo.

Dijo, para escabullirse del asedio, que él escribía a una mujer imaginaria, creada en sueños, inventada una de esas tantas noches de insomnio y exaltación poética. Eso mismo le había contado a Celia en su oportunidad, quien dijo envidiar a aquella mujer, y se esforzaría de parecersele, porque había empezado a admirarla.

"Javier sintió que poderosas uñas de acero le desgarraban la garganta, y en el colmo de sus nervios -refirió Victorino Rodríguez en la cena- prometió a Celia, escribirle un poema".

Quizás porque el amor de Celia hacia Cristóforo Bascuñán no era espiritual, como deben ser las relaciones de amor en quienes se asoman a la vida adulta, la joven también sintió desgarrada la garganta, unida a un inesperado calor en las mismas puertas de su cuerpo. Como el día desde la mañana estaba marcado por el desastre, no hubo reacción del muchacho, quien prefirió intentar en otra oportunidad una arremetida más osada, para lograr un genuino acercamiento.

A la semana, Javier volvió a invitar a Celia, esta vez al cine Real a ver una película de amor, justo cuando Cristóforo Bascuñán hacía lo mismo. Deseada por dos jóvenes que se la disputaban a mordiscos, se presentó a la hora de la matinée para encarar a sus galanes. En lo íntimo, deseaba saber cuál de ellos iba a triunfar en la disputa por su amor veleidoso. Si, por una parte, observaba que su inclinación hacia Cristóforo mostraba altibajos y los desacuerdos entre ambos menudeaban, en cambio descubrió que Javier le producía un extraño regocijo, una sensación de halago, cuando el joven le contaba de la vida azarosa de los poetas; le recitaba y le refería viajes imaginarios a latitudes desconocidas.

Enfrentada a la sensibilidad mística del futuro monje y a las ideas terrenales adornadas de fantasía del poeta, no sabía por cual decidirse. Vivía una confusión, pero no podía dividir su corazón en dos. Si el primero le hablaba del tránsito fugaz del hombre por la tierra, la necesidad de orar, el segundo la invitaba a contemplar la naturaleza, a disfrutar de la forma de una hoja, del vuelo de las aves y a oír el ruido del agua de una acequia. Al menos esa tarde en el zoológico, Javier se valió de estas poderosas imágenes, luego de haber fracasado con sus primitivos planes.

Cristóforo y Javier se sorprendieron al encontrarse de golpe a la entrada del cine. Y cuando trataban de explicar la rara coincidencia, vieron aparecer a Celia. Se quisieron esconder pero ya era tarde. ¿Se trataba de una casualidad o el destino travieso se burlaba de ambos? Celia los volvió a la realidad cuando les dijo que asumía la responsabilidad de ese encuentro, pues deseaba definir su futura relación. Los lechuguinos, si bien se mostraron al comienzo reacios a aceptar la fórmula que sospechaban iba a proponer Celia, al fin la aceptaron a regañadientes, aunque

parecían molestos. Pese a disputar a una misma damisela, cuando se sintieron atacados a mansalva hicieron causa común, para demostrar hasta la saciedad cómo funciona la unidad masculina frente al peligro.

Celia era más bien bonita, sin deslumbrar. Su encanto se sostenía en su sonrisa franca, a flor de labios; una nariz algo aguileña, pero proporcionada, y ojos grandes que miraban con fijeza. Su continente largo y delgado como vara de mimbre, le daba aspecto de bailarina lánguida, dispuesta a danzar hasta la extenuación. Tanto sus caderas como pechos ya habían madurado, lo cual le otorgaba a su cuerpo todos los accidentes geográficos que tanto embellecen las anchuras de la tierra. Las depresiones, más bien las sinuosidades de su perfil, eran cadenciosas, tocadas de música y colores tenues, tan propios de quienes se entregan a severos ayunos, para lograr un cuerpo sin una pizca de grasa.

El discurso de Celia fue simple, luego de haber arrastrado a sus dos enamorados a un lugar discreto de la antesala, donde les propuso que el azar dirimiera con cual de ellos se iba a quedar en el cine. Javier hizo un ademán de rechazo, puesto que el procedimiento le parecía indigno, impropio de un verdadero final de amor, donde el romanticismo no contaba para nada. Por su parte, Cristóforo reaccionó con molestia, pero después de una mínima reflexión aceptó el desafío, porque le pareció una salida original. Ante esto, Javier no tuvo alternativa. Se avino a la propuesta de la muchacha, aunque mostró los dientes transformados en puñales, para expresar que se sometía, pero de malas ganas al arbitrio femenino.

Desde su cuello, Celia se sacó una medalla de oro con la imagen de la Virgen María, en cuyo reverso aparecía grabado el nombre de la joven y la fecha en que hizo su primera comunión, y la escondió en uno de sus puños. Luego, extendió los brazos en dirección a sus galanes y les propuso que escogieran. En un ademán displicente, propio de un seductor eclipsado, Cristóforo le ofreció a su rival la responsabilidad de elegir, confiando en la ayuda que le iba a brindar la Virgen María. Javier dudo unos segundos y se inclinó por el puño izquierdo, porque representaba

el lado del corazón. Ahí se encontraba la medalla, símbolo de pureza, aunque su destino estaba encadenado a dirimir una controversia de amor altanero.

Cristóforo se alejó cariacontecido y mirando el suelo, igual si en ese instante hubiese dejado en el cine, el féretro de su madre. Mientras Celia se colgaba la medalla al cuello, hizo un gesto de lástima condicionado, pero urgida se agarró del brazo del vencedor. Ambos, de lo más acaramelados, como si fuesen novios de toda la vida, ingresaron a la sala, donde vieron apenas los primeros minutos de la película. Tenían urgencias de besos y caricias, destemplados al principio, regidos por un elemental recato, el que después adquirió formas apasionadas, unidas al más puro desenfreno. Al concluir la función, el nudo gordiano de Javier y Celia se deslió por ensalmo, aunque el joven tardó mucho en levantarse de la butaca. Estaba poco menos que tullido, sudoroso, agitado de tantas y diversas caricias, las cuales a ritmo lento se habían transformado en manoseos temerarios, hasta llegar a la humedad de la boca inferior de la joven.

Celia, más digna al verse enfrentada a la luz eléctrica, luego de haber emergido de la oscuridad cómplice, caminó hacia la salida, como si la película le hubiese llegado al centro de su sensibilidad, en el supuesto que la sensibilidad lo tuviese. Se veía enhiesta, tranquila, pero en apariencia. Aún sentía cómo los dedos del muchacho recorrían su piel surcada por pálpitos, humedecida por las novedades de las caricias y dispuesta a recibir aún más, pese a lo poco favorable del recinto.

Nadie, desde que empezó a conocer el tacto ajeno, las caricias de quienes juraban amarla, la habían estremecido de una manera tan deleitosa. Javier, a su juicio, parecía demasiado imprudente, diestro en pulsar las cuerdas sensibles de su cuerpo y dispuesto a abrir o cerrar los orificios de cualquier instrumento de viento. Sintió cómo, el eximio intérprete había ejecutado melodías improvisadas en el arpa de su tembloroso cuerpo. Si el rubor, el maldito rubor que le enseñaron a manifestar en esas ocasiones, no lo hubiese experimentado desde el primer momento, quizás habría cedido.

Recordó las infinitas recomendaciones maternas, los noes en el momento crucial; el saber escabullirse cuando los caminos se cierran y parece no haber escapatoria; y cuando le palpaban los labios verticales, se opuso al avance temerario, porque cuando hubo dominado el rubor de virgen, descubrió que no iba a poder resistir más al asalto final. Javier, transformado en una cefalópodo gigante, ansioso y descontrolado, intentaba llegar al mismo centro de sus ansiedades, a la comarca donde al concluir la consumación, se aquieta el ímpetu y reposan las iniciativas más temerarias.

Al salir del cine, Celia manifestó que deseaba marcharse cuanto antes a casa, sin poder disimular el bochorno de la invasión. Ignoraba si sería capaz de resistir a ser conducida a uno de esos hotelitos discretos que se ocultan en callejas de tránsito reducido, junto a plazas donde no juegan niños. Una vez, y no había transcurrido demasiado tiempo, la invitaron a conocer uno de esos lugares por pura curiosidad. No son sitios sórdidos ni pecaminosos, le habían advertido, pero ella muy bien sabía que después vendrían las insinuaciones, los inevitables acosamientos, el clima del amor. ¿Cómo negarse si la atmósfera llamaba al deleite, a probar lo que desde pequeña le pintaban como una cosa indecente?

Javier le manifestó que deseaba invitarla a tomar té a una pastelería ahí cerca. Por principio y como una fórmula de protegerse, ella se negó, pues pensaba en trampas, en que al fin la pastelería era un lugar clandestino donde se entibia el amor. Por mucho que la asaltaba una curiosidad extrema por descubrir el secreto del placer envuelto en mantos negros y prejuiciosos, le suplicó a su acompañante que la llevase a casa.

Vivía cerca de la plaza Brasil en una casona de numerosas habitaciones, compartida por tres familias. La vivienda de pasado aristócrata, aunque el deterioro la tenía a mal traer, conservaba ese lejano señorío que no se disipa. En el trayecto que hicieron a pie, ninguno de los dos se atrevió a decir más palabras de las necesarias, para mantener una mínima conversación. Como disponían casi de una

hora para arribar a un destino próximo, no parecían tener apuro. Si en esos instantes hubiesen presenciado un homicidio en plena calle, no se habrían conmovido.

Al llegar a Amunátegui, por el callejón peatonal de dos edificios grises, apareció un perro negro, de ojos exaltados de demente y les empezó a ladrar de un modo atronador. Quería obligarlos a huir, pero el obstinado animal les cerraba el paso, alerta a sus movimientos. Celia se asustó aunque se escudaba en Javier, cogida de su brazo, pues en una oportunidad, un perro de apariencia similar le había mordido un tobillo, y al ver a este otro con ánimo belicoso, pensó lo peor. Si había logrado salvar hacía unos momentos la virginidad, ahora ignoraba cómo saldría ileso del nuevo aprieto.

Ante el claro peligro, Javier había cogido una piedra de buen tamaño, de las tantas excavaciones de las veredas, y la alzó amenazante y se puso a gritarle al perro a que se alejara. El animal dudó en su propósito de guardián y decidió retirarse, para conservar bien la salud, aunque de tramo en tramo miraba hacia atrás y volvía a mostrar sus temibles caninos.

Celia no se habría extrañado que unas cuadras más adelante, un dragón protagonista de los cuentos que había oído en su infancia, les hubiese lanzado para calcinarlos, un formidable escupitajo de fuego. Pero, no había dragones en las siguientes calles, lo cual no eximía a la pareja de ser atropellada por algún vehículo descontrolado. Menos aún cierta revolución inesperada -porque en Chile no las había desde hacía años- les habría impedido continuar por una calle donde a principios de siglo la burguesía vinculada al latifundio, a la minería y a los bancos, habitaba mansiones de aspecto parisiense.

Durante el viaje, para matizar la conversación que se hacía enmarañada, Javier comentó que una de las colinas de Roma se llama Celia, lo cual había leído en un libro de onomásticos. Feliz de saber lo que significaba su nombre, la joven asumió una actitud distinta y aunque la lluvia los salpicaba, detuvo a su amigo para decirle que no la juzgara de mala forma. Llegaron a destino empujados por la hora, la lluvia tenue y porque Javier debía recogerse al Internado antes de las ocho de la noche.

A la entrada de la casona, en un hueco acogedor, Javier volvió a besar a la niña, casi de un modo paternal, temeroso de ser rechazado o que los sorprendieran las infaltables lenguaraces o fisgonas de barrio en decadencia. Quedó trepidando, feliz de haber probado, otra vez el sabor de su saliva. Luego de las promesas de un pronto reencuentro, caminó unos metros bajo la cornisa de los edificios evitando mojarse, hasta arribar a la parada de la locomoción. Una cuadra más al oriente, vio venir el tranvía que se bamboleaba como vieja blandengue, entre el rechinar de sus ruedas y el trole que se deslizaba por el tomacorrientes.

Se alegró de encontrar entre los pasajeros a infinidad de camaradas, sobre todo a Alex Quintanilla, quien tenía la punta de la nariz roja, de tanto pellizcarse un grano. Extravertido como era, venía contando anécdotas picantes, mientras movía las manos para graficar ciertos hechos. Apenas vio a Javier mojado hasta el alma, le dijo: "Pareces un cadáver", y sin darle oportunidad a su amigo de responder, le comentó que Cristóforo Bascuñán había sido visto en la tarde en la cima del cerro San Cristóbal, donde al parecer buscaba un buen lugar para suicidarse.

Javier no se sorprendió, aunque la noticia le produjo congoja. ¿Debería sentirse culpable si su amigo terminaba con su vida? Quien a menudo hablaba -pensó- de ingresar a un monasterio, cuando lo dominaba cierto aire místico, por nada tomaría una medida así de insensata. Si a Bascuñán el azar le había resultado esquivo, no por ello debía pensar en remedios extremos, pues en una ocasión había dicho que, a los ojos de su Dios, el suicidio era pecado.

"Nadie ha visto a Cristóforo desde la tarde; acaso esté muerto en el fondo de una quebrada", anunció Quintanilla, como si en un trance de premonición hubiese visto el estado en que él iba a quedar en unos años más. Ese día de muerte, tuvo la mala ocurrencia de coger un tren con destino a Chillán, porque cerca de ahí, en las orillas del río Ñuble, vivía una anciana que lo podía sanar de su afición a beber desde las mismas cubas de vino, hasta el vinagre de la mesa. Desde que ingresó a estudiar pintura al Bellas Artes, se empezó a emborrachar, estimulado por colegas sin ninguna figuración. De ahí que su capacidad como artista se resentía, y ya no



pintaba como lo hacía desde el comienzo. Cerca de Requínoa, donde el maquinista del convoy se detuvo más de lo permitido para saludar a una comadre, fue chocado de frente por un tren que venía desde el sur.

Que Javier, pasado unos años se fuera también a enfrentar con la muerte porque lo iban a fusilar, en nada explica que el día cuando se encontró con Quintanilla en el tranvía, tuviese aspecto de cadáver. En parte la lluvia y sobre todo Celia, eran la causante de su expresión desencajada, sombría, como si viniese saliendo del sanatorio. Cuando lo iban a fusilar, que hubiese tenido igual semblante no quiere decir que Celia aún penaba en sus sentimientos. En la ocasión en que iba a morir -porque se muere una sola vez- recordó el día lejano en que Celia se negó a continuar viéndolo, porque ese amor a galope tendido la dañaba, le producía sobresaltos nocturnos y le podía hacer perder la cabeza.

Ella, acaso en cada una de esas oportunidades de prueba, se lamentó de no haber escogido a Cristóforo por su quietud, pero en esa época éste ya había decidido marcharse a un monasterio de ultramar, un sitio donde nadie volviese a saber nunca más de él. Aunque tarde, Celia descubrió el sentido de la soledad, lo dañino que había sido haber amado a un joven fogoso como Javier, quien la aturdió con sus propuestas amorosas y le machacaba, que lo mejor para ellos era huir del país.

Cuando la lluvia arreciaba y el viaje del ruidoso tranvía hubo concluido, porque no podía ser infinito, y si lo hubiese sido acaso esta historia termina aquí, en tropel descendieron los escolares entre risas, gritos destemplados y violentos empujones, mientras algunos abrían paraguas. En todos había urgencia por llegar al Internado, a dos cuadras distante de la parada. El encargado de la portería, el viejo Melchor, vestido siempre con una guardapolvo caqui, cerraba a las ocho en punto y no permitía el ingreso de ningún rezagado. "A cerrar el paraíso", decía cada vez que, luego de mirar su reloj de bolsillo, un Omega de plata grueso y pesado como un tejo para jugar a la rayuela, procedía a cerrar y poner candado al portón de hierro, aunque al hacerlo tuviese que atrapar a quien intentaba filtrarse a última hora.

Ese día, segundos antes de las ocho de la noche, Javier cruzó la entrada del Internado, cuando el viejo Melchor ya miraba su terrorífico reloj, y con un brazo en alto hacía gestos a los rezagados para que se apuraran. Unos metros más atrás, Alex Quintanilla trataba de llegar justo a la hora, con el único ánimo de colarse entre las hojas del portón, para fastidiar al viejo Melchor, quien había perdido las energías de otros tiempos, cuando cerraba de un solo golpe, sin importarle si aplastaba a alguien. Nunca nadie sufrió daño, pero muchos quedaron con la mitad del cuerpo afuera del Internado. Ahí, Melchor decidía si le permitía entrar o no. Si el cuerpo del joven estaba más adentro que afuera, se salvaba.

Ágil como un saltimbanqui, Quintanilla esperaba el segundo preciso para ingresar a la hora cero. El viejo Melchor muchas veces trató de aprehenderlo mediante variadas argucias. Se hacía el distraído, que no lo había visto o que ya no le interesaba agarrar a quien se especializaba en reírse de él. Sin embargo, Quintanilla se le escabullía de un salto inesperado, y desde el interior le hacía unas morisquetas espantosas, para enojar a una pacífica piedra del camino al cielo. El viejo Melchor, entonces, le gritaba moviendo el índice como la cola de un perro: "Algún día te atraparé, granuja", lo cual parecía estimular en vez de amedrentar al burlón.

De ahí los jóvenes se trasladaron a sus dormitorios, aunque circulaban de una a otra pieza para inquirir novedades. Esa noche, cerca de las ocho y media se inquietaron, al notar la ausencia de Cristóforo Bascuñán. ¿Acaso se había suicidado de acuerdo a lo dicho por Quintanilla? "Nadie en esta época se suicida por el amor de una mujer", aseguró Victorino Rodríguez, y sugirió mirar a través de la ventana de una de las piezas que daban hacia la entrada del Internado, por si lo veían retenido en la portería. "No está allí", dijo Bernardo Tudela, quien dormía al frente de Cristóforo y con quien conversaba hasta la medianoche, entre otras cosas sobre el tesoro del pirata Drake, búsqueda que año a año emprendía el senador Tudela.

A las nueve de la noche, cuando los inspectores de los dormitorios ordenaron apagar la luz y la ausencia de Cristóforo Bascuñán continuaba siendo un hecho

cierto, Javier Hinojosa empezó a inquietarse, a sentir alguna culpabilidad. Si lo hubieran autorizado, habría ido a buscar a Cristóforo al cerro San Cristóbal. Quizás, el infeliz, yacía al fondo de una quebrada fangosa, luego de haberse arrojado desde un peñasco, impulsado por el deseo de fastidiar a Celia.

¿Y si Cristóforo no había concurrido al Internado porque estaba enfermo, o en la tarde, luego de haber sufrido la inesperada derrota en el cine Real, había decidido marcharse a un convento para reconocer los hábitos de alguna congregación de normas rígidas?

Porque no podía dormir y las historias más terroríficas lo acosaban de un modo insistente, casi doloroso, se encaminó a los baños. Ahí, descubrió que concurría a un lugar adonde se va a labores específicas, pero en esa ocasión ignoraba cuál había sido el impulso que lo llevó hasta ese sitio. No deseaba hacer ninguna de las dos evacuaciones conocidas, menos mojarse la cara o beber agua. Tampoco era el caso de bañarse, porque habría sido una insensatez. El agua estaba helada como escarcha matinal. Se sorprendió al verse enfrascado en la tarea de cepillarse los dientes cerca de las dos de la madrugada. Y si más tarde se hubiese rasurado -aunque no lo necesitaba porque lo había hecho el domingo en la mañana- no se habría asombrado en lo mínimo. Celia y Cristóforo, como inadvertidos fantasmas de noche invernal, lo acosaban desde la distancia.

Regresó a la cama sin una pizca de sueño. Los ruidos minúsculos, imperceptibles al oído, surgidos a otra hora del día, rondaban próximos a la cama, debajo de ella, junto a la ventana de dos hojas y al piso de tablas. Aquella noche, hasta el aire crujía en medio de la lluvia. Cuando volvió a recordarse de la niña y sus formas aún no descritas por la geometría moderna, sintió fuego en el vientre, en cada una de las partes cuya sola descripción indica cierto grado de rubor. Pero esa noche no estaba para rubores, menos para olvidar cada una de las escenas vividas junto a su amada.

Debido a que el juego de alguna manera es una tentación, y la tentación es sinónimo de deseo, y el deseo cuando se manifiesta exige satisfacerlo, no supo

cómo se halló enfrentado a lo que él llamaba: 'Cómo alcanzar el placer solitario', cuando sin advertirlo tuvo entre su mano de cazador furtivo, el ave que se agitaba entre sus piernas y cuyo vuelo desde los milenios le está impedido. Más bien cuando el amanecer se desfloraba en una latitud próxima, masturbarse le pareció un juego, quizás el legítimo anhelo de quien aún sentía las intimidades de Celia, la misma Celia atemorizada, palpada y recorrida como si se hubiera tratado de una reliquia expuesta para ser venerada. Si se debía en realidad a una veneración, cumplía con el rito que hizo famoso a Onán de la Biblia, acusado de desperdiciar la semilla destinada a penetrar la carne fértil.

Cuando sintió próximo el placer, el arrebató postrero e incontenible, creció la imagen de Celia y sus formas adquirieron un atractivo oculto, exagerado, como si fuese la mujer más bella de la tierra. ¡Por Celia! pensó y la violenta polución desparramó sus semillas luminosas, reservadas desde la tarde frustrada de un domingo, para quien primero se lo pidiese. Llegó la laxitud, el término del bochorno, justo cuando las imágenes amadas y deseadas se borronen. Aunque para él masturbarse constituía un hecho egoísta en cierta medida, esa acción nocturna le pareció legítima, pues no habría sabido cómo responder al impulso arrollador del deseo sexual.

Por ahí, en alguna de las muchas novelas que había leído, recordaba que uno de los protagonistas se encerraba en un ropero para masturbarse. El hecho, por sus extrañas características, le producía curiosidad. Desde pequeño le habían inculcado los riesgos de esa práctica, contraria a la moral y a los principios cristianos. ¿Acaso habría sido más legítimo desparramar entre las piernas de Celia todo su ardor juvenil? Si en la novela un personaje se masturbaba dentro de un ropero, ¿por qué él no podía hacerlo en la cama, quizás el lugar más natural?

Durante días la anécdota de la novela le produjo hostigamiento, quien sabe si ganas de imitar la forma de la masturbación, aunque podía inventar otra más novedosa.

Cuando le refirió a Victorino Rodríguez sus extrañas preocupaciones, éste se comprometió a ayudarlo a buscar un sitio original para ejercitar el onanismo, y que la ocurrencia persuadiera a otro novelista, amigo de incluir en sus obras ideas exóticas. Así, por espacio de días y, por qué no durante semanas, los amigos se reunían antes de comenzar la hora de estudio de la noche, donde cada cual proponía el lugar más extravagante para masturbarse. Cuando Javier hablaba de hacerlo dentro de una tina de baño con agua, Victorino replicaba que mejor sería arriba de un árbol, a lo que el otro respondía que eso no era nada de original. Entonces, proponía que en vez de agua, la tina estuviese llena de cerveza o de chicha, idea que hacía sonreír a Victorino, quien argumentaba que arriba de un árbol el hombre se siente libre de las ataduras terrenales, identificado más con sus antepasados. ¿Y por qué no masturbarse en el cementerio para tentar al diablo? Sugería Javier, pese a su incredulidad religiosa. Ahí, los amigos finalizaban sus propuestas y prometían seguir analizándolas al día siguiente, donde tampoco había acuerdo, al menos una idea de donde arrancara la solución definitiva.

Es cierto que Javier, luego de masturbarse ese domingo como homenaje a Celia, recordó también aquellos lejanos días en que lo hizo por primera vez, incitado por un vecino, un niño mayor, cuya información de lo que era en realidad eso, provenía de un libro de cuentos para adultos que su padre leía a escondidas. En esa época Javier asistía a una escuela pública en Inca de Oro, pueblo adonde su familia había llegado desde Humberstone, luego que su padre, después de participar en cuanta huelga se desencadenaba en el salitre, debió emigrar a otra región cuando fue amenazado de muerte.

Que el viejo Hinojosa se hubiese instalado con una cantina, obedecía al deseo de alejarse de las luchas obreras. Estaba aburrido de finalizar siempre con sus huesos en la cárcel, de recibir palos en el lomo y que le insultaran a las mujeres de la familia. "Ahora, escucho las penas ajenas", decía, y rellenaba los vasos de licor, y el propio, porque no le gustaba que sus parroquianos bebieran solos cuando se allegaban al mostrador a contarle sus cuitas.

Matriculó a su hijo Javier en el Internado Nacional Barros Arana, por recomendación de un compadre bueno para leer, pensar y discutir desde la existencia de Dios, pasando por la libertad de expresión, hasta de la lucha de clases. Su condición de experto en materias tan disímiles, era reconocida tanto por el alcalde socialista como por el cura del pueblo, defensor de la familia y de la propiedad privada. Con ambos, al caer la tarde, se trenzaba en discusiones infinitas en la cantina de Hinojosa, mientras se bebían un vino dulce de igual calidad del que se usa en misa.

El pequeño provinciano y por añadidura hijo de un obrero que se había enriquecido en la actividad comercial, viajó en marzo a Santiago para ingresar al liceo. Por entonces, muy bien sabía lo que era masturbarse, aunque no dominaba los mecanismos de la reproducción de las especies. Los primeros días en el Internado se le antojaron tiempo de sufrimiento, pues nunca se había separado de sus padres. Sentía las consecuencias devastadoras del desterrado.

Las dimensiones colosales del liceo, sus patios amplios, numerosas salas de clases, pabellones de dibujo, física y biología, la biblioteca, la sala de ajedrez, el gimnasio y la piscina, le provocaban una sensación de pánico legítimo, si lo comparaba con su modesta escuelita de Inca de Oro.

Porque Javier poseía una generosidad provinciana y limpia como los cielos de su tierra, en breve tiempo logró integrarse al grupo de los más estudiosos del curso, pese a que traía en sus faltriqueras nortinas ganas irresistibles de diversión. Desde pequeño había demostrado una clara afición a chacotear y reírse del prójimo. Le seducía formar grupos de rapaces para recorrer los alrededores del pueblo en busca de aventuras, que eran desde introducirse a los vagones de carga por si había que robar minucias, hasta hacer orificios a las letrinas de las mujeres para verles el culo.

Cuando conoció a Cristóforo Bascuñán se atemperaron sus ganas de querer prolongar sus prácticas del terruño, que tanto le divertían. Burlarse de quien asumía la espiritualidad de un modo sincero y acostumbraba rezar el rosario, le pareció algo indigno, propio de un rufián. Que pasado el tiempo se hubiese transformado en su

rival de amores, lo consideró un asunto preocupante, pues suponía que era duro derrotar a un contendor de aquella envergadura religiosa. Celia o cualquier mujer se iban a inclinar más por quien hablaba del amor contemplativo, espiritual, puro como la juventud de su tiempo, y no del amor pasional de permanente enfrentamiento, sustentado por un ateo.

Cristóforo Bascuñán regresó al Internado después de una semana, mostrando en su rostro magulladuras vistosas, porque según expresó, se había caído de la bicicleta. Nadie quiso creerle, aunque el futuro monje no había sido jamás sorprendido en una mentira.

## Cinco

Victorino Rodríguez, luego de contarle una historia insulsa a Alberto Legarreta, porque éste como buen administrador de hotel, reclamaba con voz aflautada que era hora de cenar, volvió a insistir en que Javier Hinojosa no aparecería. "No es que se lo haya tragado la tierra, pero mi compadre como buen admirador de Julio Verne, debe estar construyendo un cohete para viajar a la luna".

Contiguo a ellos, Nazario Garrido, que juntaba migas de pan haciendo un círculo, levantó los ojos adormilados no por tener sueño, sino porque era su característica, y dijo algo entre dientes, así como una frase de incredulidad. Su cabeza grande, rubia, más bien amarillenta, de niño mimado hasta cuando había alcanzado la adolescencia, esa noche parecía una calabaza madura. Se sabía atrayente, aunque Celia al conocerlo en tiempos que tenía los cabellos más rubios, le halló cara de párvulo. El color a leche agria de su rostro, unido a una boca de labios suaves y de un tinte rosa, configuraban este juicio.

Pese a ello, hacía gala de mujeriego emperrado, y sus éxitos amorosos, hasta con las prostitutas de la calle Diez de Julio, provocaban legítima envidia y ruidosos comentarios. Una de éstas, conocida por su trote sostenido en varios burdeles de Santiago, lo empezó a amar y regalinear de un modo tan desproporcionado, que le obsequiaba desde los calcetines, hasta los ternos de fino paño. En las tardes de sábado, en vez de ir a la casa de su apoderado, frecuentaba el burdel de su querida y la ayudaba a coser en una máquina a pedal, lo que había aprendido en el Internado cuando debía pegar botones, remendar la basta de su pantalón, zurcir los puños o el cuello de alguna camisa.

Que una noche de domingo hubiese aparecido en la enfermería, porque goteaba desde el pene un líquido amarillento y pegajoso, a nadie extrañó. "Me pegaron la purgación", se lamentó esa noche en el dormitorio, haciendo gestos



obscenos, luego que "Moyita", el encargado de curarlo, le hubo puesto en la nalga una inyección de penicilina.

Aun cuando la purgación le impidió concurrir al prostíbulo de su amada durante un mes, volvió a frecuentarlo, esta vez dispuesto a protegerse de las enfermedades venéreas y de las fastidiosas ladillas. Como solución adquirió condones y ungüento de soldado, cosas de las que no se desprendía ni cuando se iba a acostar. Al prostíbulo de su amada, invitó a infinidad de compañeros a perder la doncella, de modo que era usual entre quienes no tenían otra disyuntiva, que hacerlo con una ramera un tanto vieja y experta en esas labores, porque el asunto consistía en no asustar a los postulantes. Que al menos la primera experiencia fuese tranquila, alejada de toda violencia, aunque las consumidas putas, cansadas de yacer los fines de semana, hasta tres y más veces por jornada, veían en los alumnos del Internado a un estorbo, pese a sentirse maestras en el tema de la sexualidad.

No pocas veces, los iniciados concluían su primera experiencia de una manera abrupta. Dominados por el miedo no reaccionaban a los estímulos, entonces las prostitutas se enardecían y acusaban al pobre Nazario de llevarles mocosos impotentes, sin una pizca de imaginación. Igual cobraban, pero tenían la delicadeza de reducir sus tarifas a la mitad. Porque los jóvenes, en el colmo de su inexperiencia y ganas acumuladas por años, caían abatidos a las primeras movidas, fuesen de rotación, de subida, de bajada o algún zarandeo repentino, como un temblor de tierra.

Antes de que se empezaran a perturbar las noches de Javier Hinojosa a causa de sus desdichas amorosas, Nazario Garrido lo invitó al prostíbulo donde había sentado sus reales, pues le dijo que ahí había una joven amante de la lectura, y que leía desde un libro de poemas de autores universales, hasta novelas de fácil comprensión. Curioso como una avispa, Javier Hinojosa no pudo resistir a la invitación. Hallar en un lugar de placer clandestino a una mujer con semejantes cualidades, no parecía un asunto normal. Porque en todos los aspectos de la vida, por muy insignificantes que fuesen, veía hechos extraños, supuso que la meretriz

debía ser alguna joven de familia, que por causas inexplicables, había llegado al prostíbulo.

Coincidió que por entonces él leía una novela de Anaclet Mussiat (seudónimo de un escritor chileno), al parecer de amor, y se dice que 'al parecer' pues el texto era enrevesado, un verdadero galimatías, provisto de un lenguaje tan oscuro que el pobre llevaba semanas metido en sus laberintos, y no sabía si suspender la lectura o abandonarlo.

Entre algunas cosas, quien le había recomendado el libro, le dijo que era una novela trascendental por dos razones: porque no la había captado del todo, pese a que hizo una lectura tranquila y honesta, y porque tampoco logró entender las dos o tres críticas que por entonces aparecieron en los diarios de Santiago. Expuesto a un desafío así, Javier asumió el compromiso de leerla, pese a lo ambiguo de las opiniones de quien se la recomendaba. Si es cierto que se había mamado sin chistar las obras más fastidiosas de José Gabriel Cardoso, de Felipe Aldonay y de Luis de Las Patrañas, se entiende por qué intentaba sumergirse en un mundo donde la claridad se llamaba oscuridad, y la oscuridad reinaba desde la primera página.

Acaso, pensó, que quien se la había recomendado no había descubierto el sentido profundo de la obra, sus claves secretas, la intimidad de las palabras, los juegos estructurales y su carácter renovador. Desde hacía dos años leía elogiosos comentarios literarios de la obra mayor de Anaclet Mussiat "Memorias de mí mismo", un remedo de novela escrita con todos los ingredientes necesarios para convertirla en original, renovadora, vinculada a las corrientes literarias francesas, pero ilegible desde el título.

El libro en cuestión tenía algo más de 400 páginas, y se cree que nadie, con excepción de don Anaclet, la secretaria que transcribió los originales a máquina, y el encargado del trabajo de linotipia, serían los únicos en leer las irresistibles "Memorias". Javier Hinojosa, después de un afán colosal y hasta heroico -lo cual revela su profundo interés por la lectura- llegó a la rastra a la página 57. Lograr más

le pareció un esfuerzo tan vano, como leer el Ulises de Joyce traducido al español por personas sin ningún talento.

Quién sabe si por hastío, tan propio de su edad, o porque las aventuras lo apasionaban, concurrió un sábado en la tarde al prostíbulo donde Nazario Garrido tenía mucho ascendiente, pues la mujerzuela con la cual se había enredado, desde hacía tiempo asumía a veces la regencia.

La ramera aficionada a leer y recitar, resultó ser una joven de facciones toscas, pequeña de estatura, de pelo teñido de rubio tirado a albino, aunque con ínfulas de burguesa sumergida en el desamparo. Se presentó con gran pompa, como hija única de un destacado agricultor del sur, y de una mujer vinculada a ricos mineros del norte. Dijo haber ingresado al prostíbulo, en parte por despecho amoroso, y porque su padre, al quedar viudo, había metido una fulana al hogar, que no tenía escrúpulos en introducir a sus otros amantes, a donde había sido cobijada.

Discreto -aunque deseó reírse de la meretriz- hizo como que la original historia le había producido una tremenda perturbación. Y le dijo: "Cuan injusta ha sido la vida contigo". Después, le habló de los poetas tal y cual, sobre todo de G. T. a quien admiraba sin conocer, de quien se permitió recitar una estrofa de su "Protagónico". "Blandido por la muerte en haz de filos./ Dormido quedaré, vacío en vida,/asiéndome a la tierra, fibra a fibra,/ completamente ajeno y en olvido."

La meretriz estaba eufórica, y para agradar al joven le pidió que le escribiese el poema en un cuaderno, donde anotaba los números de teléfono.

Esa tarde hubo apenas intercambio literario, hablar de novelas, pero de lectura fácil, donde Javier no tuvo mucho que decir. Le preguntó a la rubia falsificada, a la burguesita de mentira, si había leído "La niña del peinador", de José Gabriel Cardoso, novela de fácil digestión. La ramera, quien dijo llamarse Maritza, hizo un gesto de sorpresa, tan propio de quien ha sido sorprendido en una banal mentira. Sus ojos pequeños, un tanto hundidos, al menos tuvieron la ocurrencia de ponerse brillosos y de un tamaño mayor, lo cual le alegraba la cara. "No sé quién es ese señor", respondió.

"Es que la vida suya, Maritza, se parece una enormidad al argumento de la novela de Cardoso". La mujer se acomodó algunos mechones de pelo rubio, que de tanto agitar la cabeza le cubrían el rostro, y empezó a chasquear los dedos, a mirar hacia el suelo, como si pensara. "Mi vida es una novela", se le ocurrió decir al fin, y se puso de pie rogándole a su amigo de esa tarde que volviera otro día, pues esperaba a un cliente. "Todos somos el personaje de alguna novela", replicó Javier y se fue a reunir con Nazario Garrido, quien, recostado en la cama de su querida, hojeaba una revista tan manoseada y pringosa, que hacía esfuerzos legítimos para evitar su desintegración. En el velador tenía un vaso de licor, junto aceitunas y maní en sendos platillos.

Apenas vio a Javier, se deshizo de la revista y le rogó que le dijera si se había acostado con Maritza. "Hablamos de puros libros", aclaró el recién llegado, sin ganas de armar una conversación, mientras se empeñaba en averiguar si la revista abandonada por Nazario sobre el velador era de interés, o se trataba de una publicación insulsa, para servir de diversión a la chusma. "¿Y nada más?", respondió desconsolado Nazario Garrido. Después, sentado en la cama a la turca, reprendió a su amigo, acusándolo de no saber disfrutar de la vida y sólo hablar de libros raros, cuya influencia lo había llevado a perder el gusto por las mujeres.

Si no hubiese aparecido la ramera amiga de Nazario, agitada porque un cliente había escapado por una ventana sin pagar una botella de licor, Javier habría increpado sin misericordia a su feroz crítico. En medio de su ira, entre otras cosas lo habría acusado de cafiche ignorante, y que embaucar a una puta usando artes de rufián, no tenía nada de meritorio.

Cinco años después, cuando se encontraron por azar en el matrimonio de un amigo común, rememoraron los días de internado y, desde luego, aquella vez en que juntos fueron al prostíbulo del sector de Diez de Julio. Para jactarse ahora, mientras permanecían solos en la mesa, Nazario Garrido le refirió que su amiguita meretriz, tenía un lenocinio propio, y que él, porque los tiempos eran duros y aún no había conseguido un trabajo digno, aceptaba una pequeña ayuda de su amada.

Cuando regresaron a la mesa las parejas que habían salido a bailar, preguntó a su amigo en un tono burlón y de evidente reproche:

"Y tú, ¿aún pierdes el tiempo dedicado a hablar de las luchas sociales y otras sandeces?" Javier evitó pronunciarse. Guerrear en un ambiente así, le pareció un desatino. Como el otro insistiera en la pregunta y las personas que compartían la mesa aguardaban expectante una respuesta, se le aproximó a la oreja, pese a lo reprochable de la actitud, y le susurró todos los insultos que hacía tres años no pudo expresar.

Vulnerado en su dignidad, Nazario no tuvo ánimo de sonreír, menos de enojarse. Para distraer sus manos en algo, se arregló el nudo de la corbata y el pañuelo puesto en el bolsillo pequeño de la chaqueta. El color rosa de su rostro se perturbó, sin llegar a cambiar lo necesario para ser advertido, ya que la iluminación era pobre. Para escapar del bochorno, invitó a bailar a la joven que permanecía a su lado. Por nada olvidaría este hecho amargo, aunque unos meses después, su amada meretriz lo comprometía en un contrabando de cigarrillos y en la venta de perfumes falsificados. De milagro escapó de la cárcel, gracias a la intervención de un juez amigo de la familia. A partir de ahí se aquietó, más bien se convenció de lo inútil que era vivir bajo el amparo de una mujerzuela tramposa. Para continuar activo en una línea diferente, no demoró en atrapar a una jovencita de espíritu liberal, hija de un criador de caballos de fina sangre, a la que estrujaba en sus brazos de embaucador, como también los bolsillos del padre.

Esta relación de altibajos, violenta -porque la jovencita le exigía vivir sin dar tregua y que le aventara a golpes de puño a novios antiguos- concluyó por desanimarlo. Estaba harto de vivir en ascuas, pendido de un hilo, a partir del día en que la meretriz lo hizo viajar a Valparaíso para recoger un contrabando. Ahí debió tratar con bandidos, gentuza dispuesta a cortarle el gáznate de una sola pasada de corvo, si no aceptaba las leyes del hampa. Meses después viajó al puerto a buscar whisky embalado en cajas primorosas, donde menudeaban los sellos de garantía.

Expendido parte del licor en el burdel de su amada, casi mata por intoxicación a un jefe de policía, encargado de fiscalizar aquellos lugares clandestinos.

Para zafarse de la ardiente jovencita, huyó del país. Ella, se empeñaba en acosarlo y a hacerle escenas de celos, si al infeliz se le ocurría tan sólo mirar para el lado. Luego de deambular por América durante dos años, y de trabajar de tarde en tarde en actividades indignas -muchas de las cuales realizaba al filo de la legalidad- regresó a Chile. Su amiga prostituta había sido asesinada por un tratante de blancas, y la hija del criador de caballos, cada vez más trastornada por amores caóticos, vivía amancebada con un jugador de polo.

Repudiado por la familia, y no teniendo a quien dar sablazos, ingresó a una secta religiosa de inspiración indú. El jefe espiritual, un hombre con auténtica hechura de santón, de cabellos y barbas raleados, bigotes de cola de foca, nariz aplastada al parecer por violencias religiosas, y ojos de tortuga, lo hizo su secretario. En una de las reuniones realizadas para captar nuevos adherentes divisó -no sabía si para su encanto o consternación- a Buenaventura Garmés, quien había sido su profesor de historia. "A usted lo conozco", le dijo el profesor, en momentos que Nazario le cobraba la cuota de ingreso, le entregaba sus credenciales y un librito con la fotografía del santón indú, donde figuraban las obligaciones de los adeptos a la agrupación.

A los tres años de funcionamiento de la original secta -había reuniones al aire libre, comidas sin carne ni bebidas, charlas sobre las desventajas de una vida sexual excesiva, renunciación a los placeres mundanos y desprecio por los objetos materiales- el santón desaparecía de la faz de la tierra. Junto con él se esfumaban los considerables fondos de la institución, como para demostrar que a veces, los bienes materiales hacen feliz al hombre.

Don Buenaventura Garmés terminó por demandar a quien fuera su alumno, pues había comprometido una linda suma de dinero para construir un refugio en la montaña, destinado a la meditación de los adeptos a la secta. De nuevo intervino el magistrado amigo de la familia Garrido, ahora por última vez, y el sinvergüenza pudo

escapar ileso. Y por consejo de amigos, le recomendaron que se fuese del país por una temporada. De tal suerte, sus vacaciones eran variadas y se podía jactar que gracias a sus habilidades de pícaro, había logrado conocer buena parte del mundo.

La noche en que los compañeros de curso volvían a encontrarse en el restaurante "Q", reveló desde el primer momento su amplio repertorio de vida, porque era quien con más intensidad había vivido. Con morboso placer se refirió a las múltiples mujeres que había amado, revelando de ellas secretos íntimos, a quienes supo cómo estrujarles la faltriquera. Parecía el mayor del grupo, aunque tenía menos edad que muchos. En sus ojos y boca estaba impreso el tiempo dilapidado en parrandas interminables y en vivir a golpes de timón, como si alguien le hubiese pronosticado una existencia efímera.

Habría deseado esa noche enfrentar a Javier Hinojosa para, entre otras cosas, mofarse de él si le preguntaba de por qué no se había acostado con Celia, ni con la ramera de Maritza, pese a que ésta indagó por él en numerosas oportunidades, después de haberlo despechado. ¿Existe algún impedimento físico? habría inquirido Nazario, para crear una atmósfera de duda. De algún modo quería resarcirse de esa vez que fue mortificado en la fiesta. Ya habían transcurrido los años suficientes para olvidar una ofensa así, pero se empecinaba en ejercer la dulce venganza, fiel a mantener nostalgias amargas, desdichas montadas en una interminable retahíla de hechos malévolos.

En dos o tres oportunidades se propuso buscar a quien despreciaba. Quería humillarlo de cualquier manera, aunque tuviese que mentir como un miserable. Decirle que Celia era una prostituta, porque él se había acostado con ella en un burdel. Que igual a la mayoría del curso, también aspiró a su amor y fue correspondido. Si bien la joven al comienzo sintió simpatía por él debido a que tenía cara de inocencia, y le gustaban sus ojos lánguidos y la forma de la boca pronta a expresar palabras dulces, se empezó a desencantar. Observaba su apresuramiento para recurrir a las peores banalidades, cuando ignoraba un tema de conversación, e igual a una estrella fugaz de efímera existencia, se disolvió para siempre.

Nazario Garrido, en el colmo de su tozudez, acechaba tanto a Celia como a Cristóforo, por si encontraba la fórmula ideal para descomponer esta relación. Se enfermó del alma, cuando Javier emergió de la nada y Celia empezó a vibrar por el naciente amor, a mostrar sus dientes de virgen apetecida a quien la lisonjeaba y le hablaba de un modo distinto. Y como una manera de perjudicar el nuevo vínculo, fue a ver a una aojadora vieja como la mentira, a quien le llevó una fotografía donde Javier y Celia aparecían tomados de la mano.

La mujer se negó al comienzo a dañar a los jóvenes, pues le pareció que formaban una pareja encantadora. Pero no pudo resistir a la tentación del dinero, que Nazario Garrido le alargaba con esa dadivosidad, de quien lo consigue sin dificultad de otra persona.

Que el mal de ojo hubiese o no resultado, poco importa para seguir contando esta historia de encuentros y desencuentros, ya que el bribón olvidó a Celia cuando su amada meretriz empezó a sustituir a la dueña del lenocinio. Mientras todo permanecía quieto, sin ruidos ajenos ni aromas excesivos, tuvo una ocurrencia malévola. Al enterarse que Celia había roto con Javier, quiso llevarla de obsequio a la regenta del prostíbulo. Ansiaba pervertir a quien le trastornó los sueños y lo humilló, esa vez que lo trató de niño gusto a leche. Verla de puta se le antojó su mayor aspiración. Había que degradarla, ensuciar su nombre hasta convertirlo en sinónimo de infamia. Si a última hora no pudo cumplir con la felonía, se debió a que Celia se mudó de ciudad.

Cuando vio que Javier no llegaba a la cena, y por lo avanzado de la hora había escasas posibilidades de que apareciera, se acercó a Lamberto Hurtubia, al chico Hurtubia como le decían, y le preguntó si se acordaba de todas las fullerías que debió hacer Javier, para lograr buenas calificaciones. Hurtubia, que pensaba en su padre, enfermo de un cáncer pertinaz, hizo un gesto de sorpresa, propio de quien llega desde lejos y quiere saber de que se habla. "¿Acaso olvidaste -insistió Nazario Garrido- que Javier adulteraba el libro de notas?" "¿Por qué tendría que saberlo? Yo



no soy el baúl de los recuerdos de nuestro curso", respondió, usando un tono golpeado, lo cual no era su tónica.

Nazario Garrido se sorprendió, y como esa noche deseaba en el restaurante "Q" crear hostilidades, provocar a cualesquiera de los presentes, como si se tratara de quien odiaba por encima de su vida, tildó a Lamberto Hurtubia de pigmeo mentiroso. De ser cómplice de fraudes, porque aseguró que en sociedad con Javier Hinojosa se dedicaba a alterar las notas de quienes se lo pedían, a cambio de una suma de dinero.

Quienes alcanzaron a escuchar la increpación, sintieron que ella los alcanzaba a todos, pues sabían que el chico Hurtubia era incapaz de hacer un fraude. "Bototo" Fajardo, por lo demás cómplice de muchas fechorías realizadas en conjunto con Nazario, movió la cabeza para desaprobar las palabras de su amigo, y se le aproximó para aquietarlo, pero éste lo rechazó levantando el codo a la altura del esternón de su conciliador.

Las iras antiguas y nuevas parecían haberlo dominado sin contrapeso. Si hubiese permanecido montado en un caballo arisco, no habría hecho tanto alarde de sentirse a disgusto sobre una silla. Veía a Javier Hinojosa representado en cada uno de los presentes, quien en una oportunidad le preguntó si sabía algo acerca de los últimos descubrimientos de cementerios indígenas cerca de la frontera con Bolivia. Porque le pareció que la pregunta revestía una de las tantas chungas sangrientas de Javier, unida a la intención de molestarlo por su relación con el altiplano, se sulfuró y amenazó darle una golpiza.

"Todo se resuelve con un brindis de amistad", dijo Bernardo Tudela, y alzando su copa propuso hacerlo por tantos años de separación, que a la postre habían servido para unirlos aún más. Al concluir el brindis, muchos miraron la hora en sus relojes pulsera, y sugirieron que había llegado el momento de empezar a cenar. "Nos juramentamos para estar aquí en esta fecha", alegó Arenas, mientras se componía la corbata y estiraba el cogote.

¿Dónde estaba ahora Javier Hinojosa? No pocos pensaban que emergería por arte de magia, vestido quién sabe cómo, después de haber asegurado que venía de algún lugar exótico. Cierta vez explicó que había frecuentado un sitio, donde en una época futura se iba a realizar una cruel matanza. Debido a la incredulidad de quienes lo escuchaban, afirmó que él poseía la facultad de adivinar el porvenir, y sin más preámbulos se refirió a esa ocasión en que asistió al funeral de quien iba a morir dos años después. "Aún no me he muerto", le aclaró el futuro extinto; sin embargo, terminó por morir de la misma enfermedad, lugar y fecha anunciados por Javier.

"¿Y qué va a suceder en Chile, por ejemplo, en diecisiete años más?" preguntó Miguel Solís de Úbeda, mientras se frotaba el muñón del brazo en la superficie del banco de clases. Javier Hinojosa asumió la actitud del profeta o de un Nostradamus contemporáneo, aunque no la tenía. Luego de una meditación breve, reconcentrada, un tanto teatral -le apasionaban las tablas- sonrió, para manifestar que pese a la enorme cantidad de años, podía adelantar un juicio, aunque temerario, ajustado a su observación premonitoria: "Estallará una revolución pavorosa, apadrinada por la oligarquía".

"Vaya estupidez", anunció Alex Quintanilla frotándose la nariz, y se sumó a la chacota generalizada del grupo, donde las risas, los empujones y las obscenidades menudeaban, como una manera de expresar desacuerdo por semejante augurio.

"¿Y quién va a hacer esa revolución además de la oligarquía?", indagó Francisco Arenas, un joven acostumbrado a sacarse en la noche los puntos negros de la cara, en medio de un ritual. "Eso -aseguró Javier- es pedir demasiado. Lo cierto es que habrá una revolución sangrienta, al igual que en otras épocas de nuestra historia, y hasta podría entregar una fecha aproximada".

A quien más impresionó el presagio de ese día fue a Lorenzo Fajardo, pues un tío abuelo había luchado en muchas revoluciones -unas cruentas y otras no- donde aseguraba que en todas tuvo una importante participación. "No me he perdido revolución desde 1891", se jactaba el personaje, y en seguida exhibía sus brazos

surcados por cicatrices, y además la barriga, donde un certero bayonetazo le dejó un costurón en forma de media luna.

Dieciocho años después, cuando le revisaba la boca a Javier Hinojosa, se acordó de la extraña premonición que sustentaba. Ahí quiso preguntar a quien tenía bajo su arbitrio, si a través de sus poderes lograría saber si lo iban a fusilar. Sin embargo, nada dijo ahogado por el miedo al futuro. Temía que le anunciaran su propia muerte.

A partir de ese día, no consiguió dormir. La cama se le antojaba una parrilla de suplicios, semejante a la que vio en un libro de historia sagrada cuando era adolescente, donde a un mártir del cristianismo lo asaban a fuego lento. El cura catequista, quizás para exaltar las dotes de mártir del hombre de la parrilla, puso en su boca la siguiente frase: "Podrían darme vuelta, pues me estoy asando por un solo lado". Esas palabras exaltadas de fervor cristiano, de un heroísmo desmedido, le parecieron una estupidez. Cuando el cura le preguntó si él, llegado el caso, por defender la doctrina de Cristo estaría dispuesto a exponerse a un suplicio así, replicó que el fuego le producía miedo, a partir del día en que se quemó una pierna en el brasero de la abuela. "Y si te condenas por negarte a defender la doctrina de la iglesia -retrucó el sacerdote- ¿crees, por ventura, que escaparás al fuego del infierno?"

"Bototo" Fajardo vio en las palabras del catequista una seria advertencia, algo para no olvidar en vida, aunque manifestara con renovado fervor su adhesión a la iglesia. Cuando en el Internado Barros Arana el profesor jefe de curso le preguntó si iba a seguir clases de religión -porque el ramo era optativo- respondió sin el menor titubeo, con un sonoro y definitivo: "Por supuesto". "Me habría bastado -alegó el profesor jefe- con un sí o un no".

Cuando a la semana se hizo confidente y amigo en fechorías de Nazario Garrido, éste le advirtió que el colegio era una guarida de masones, ateos y librepensadores, y que sostener algún credo religioso era casi imposible. Pasado unos días, se le cruzó Javier Hinojosa, quien por entonces organizaba la Academia

Literaria y pregonaba a quien deseara escucharle, que ahí se examinarían de preferencia las obras que, por su contenido, habían sido tildadas de herejes, y atentatorias a las buenas costumbres. "Una academia así -le comentó Lorenzo a Nazario- se va a llenar de puros cochinos ateos".

Preocupado de sus dotes de atleta, se negó a participar en academia alguna. Ni siquiera asomó sus narices por la literaria, cuando le confidenciaron que por esos días se iban a leer algunos capítulos del "Amante de Lady Chatterley", de David H. Lawrence. Si aspiraba a correr como un gamo, lo justo era alejarse de toda práctica perniciosa de la vida, porque si las ejercitaba, aunque fuese de refilón, le podría restar potencia a sus músculos. Veía en el sexo algo perturbador, más próximo a la animalidad que al placer. Como era curioso, entregado en otras épocas de su vida a interpretar los apetitos sexuales, a descubrir las mecánicas de la reproducción de las especies y sus misterios, decidió, aunque con vergüenza, preguntarle a Nazario Garrido si le había producido alguna excitación la lectura de "El Amante de Lady Chatterley".

El cabezón Garrido -se había incorporado a la Academia Literaria sólo para fanfarronear que era una persona culta- sintió un placer infinito cuando le contó detalles de la lectura. Se explayó haciendo alarde de su imaginación, sobre las escenas cargadas de erotismo y de cómo se amaban los personajes en una época, donde uno por mirar el tobillo de una dama, se hacía acreedor a los peores castigos de la tierra. Después le dijo que en los planes de la academia estaba proyectado leer "El Decamerón", "Las Mil y una Noches" y algunas obras de Henry Miller, las que incluso estaban prohibidas en Estados Unidos, su país de origen.

Al "Bototo" no le sugirió nada el nombre de las obras y autores, porque desde pequeño la lectura había sido para él un duro tormento, como remontar un río caudaloso. Si había oído hablar de "El Decamerón" era porque existía la obligatoriedad de leer alguno de sus cuentos en el ramo de Castellano. Y algo sabía sobre "Las Mil y una Noches", porque un vecino de su casa tenía el libro adaptado para niños, con tapas de cartón, una de las cuales estaba ilustrada con una lámpara,

por cuyo pico salía la figura de un gigante. Ahí, de un modo abrupto concluían los conocimientos literarios de quien siendo profesional, iba a adquirir una biblioteca de cien autores famosos, recomendados por el Readers Digest. Un colega le aconsejó poner muchos libros en un estante de su consulta de dentista, pues le daba prestigio.

Que en sus ratos de ocio hubiese leído unas páginas de su pequeña biblioteca, no es un asunto para creer a pies juntillas. Es cierto que hojeaba los libros y hasta se entretenía en memorizar autores, títulos y leía parte de los prólogos, por si algún paciente informado indagaba sobre las obras expuestas ahí.

En una época, exigido por pacientes conocedores de la literatura universal, debió interiorizarse del contenido de las obras, con lo cual se vio obligado a leer las solapillas y más de algún capítulo, para comentarlo desde una manera más bien profunda. Así, de un modo tangente, superficial, se abrió al mundo de la ficción y el deleite, pero sin llegar al gozo pleno, al instante en que se desea ser el protagonista.

Mientras estuvo en la universidad, conoció a Herminia Carrasco, niña de aspiraciones mínimas, quien defecionó al segundo año de haber iniciado su carrera. Igual que Lorenzo, pretendía obtener rápido el título y dedicarse a la actividad profesional en un barrio de clase media, sin otro anhelo que vivir desahogada. Al fracasar en sus estudios, se le cayó el mundo, aunque el mundo no se cae así no más. Lorenzo la rescató de una depresión agobiante, donde incluso pensó suicidarse, como si hacerlo tuviese la particularidad de resolver la infinita variedad del drama humano. Porque las aspiraciones idénticas unen a quienes las sustentan, ambos se empezaron a enamorar como idiotas sin remedio, ese día en que ella lo invitó a su casa a estudiar anatomía.

"Odio la anatomía con todas mis fuerzas", aclaró Herminia; y a partir de ese instante, donde se atrevió a tanto, Lorenzo juró ayudarla. Es cierto que, estudiaron anatomía con la solemnidad que requiere una materia de esa índole. Como ella aprendía a tropezones, mostraba inseguridad, se resistía en fin a memorizar conceptos, concluyeron por desdeñar la fastidiosa anatomía y entregarse a un

pasatiempo más excitante. Desde hacía tiempo soñaban tocarse, decirse palabras almibaradas, declararse un amor oculto y prudente, hacerse promesas gloriosas, de aquellas que aproximan a los enamorados al fuego de la pasión.

Mientras Lorenzo le hablaba amabilidades y le aseguraba que ella había surgido en un momento crítico de su vida, Herminia respondía que el destino había sido generoso con ambos, pues decidió que se conocieran en torno a la anatomía. "Acaso nuestras vidas -se atrevió a sugerir "Bototo"- a partir de hoy se unan para siempre". Herminia Carrasco, de pura felicidad, agitada por ese contento que a veces deforma la visión del mundo, quiso desfallecer. Estaba temblorosa, con ganas de arrojarse a los brazos de quien le endilgara con tanta vehemencia y sinceridad, una bella declaración de amor.

No supieron cómo -y hay quienes aún se empeñan en explicar el amor bajo estas directrices- se juntaron en un beso frenético, donde los dientes combatían al chocar; las lenguas recorrían regiones reservadas a amantes sinceros, y las manos se esforzaban por palpar hasta el recuerdo.

Ese día cumplieron a cabalidad el estudio integral de la anatomía, pero Herminia no consiguió asimilar más de cuanto le había enseñado Lorenzo en muchas y tediosas clases. Una cosa era el estudio ordenado, sistemático, y otra, aprender el abecedario del amor, dominados por el frenesí de querer beberse el placer de un solo trago. Junto con recibir su título de cirujano dentista, Lorenzo desposó a Herminia, quien había decidido estudiar mecánica dental, una profesión menos exigente y que a la postre le iba a servir de ayuda a su futuro marido.

Cuando aún los comensales aguardaban la aparición de Javier Hinojosa, aquella noche de encuentro fraterno, Lorenzo Fajardo pidió que lo excusaran, pues deseaba hacer una llamada telefónica. Cuando se enfrentó al aparato empotrado en una caseta vidriada, dudó si debía llamar. Luego, miró la hora en su reloj pulsera, y se puso a repasar historias recientes. Parecía abrumado por una idea malsana, de esas que perturban sin identificarse. ¿Era o no prudente llamar a su hogar, para saber si había regresado Herminia?

Después de haber mantenido el auricular apoyado en el oído hasta incomodarle, y el dedo índice en uno de los orificios del disco, se desistió. Que su mujer esa noche se hubiera decidido marchar de la casa, le pareció un desatino mayúsculo, algo ajeno a sus costumbres, una ofensa. Todo porque a Celia, la musa de Hinojosa, de Bascuñán, y el amor frustrado de Garrido, se le ocurrió visitarlo en su consulta para solicitarle ayuda. "Mi vida -se lamentó la mujer- ha sido de constantes descalabros."

Ese vez, le obsequió un billete de banco de color ocre, y a la semana siguiente, tres del mismo valor. Días después, la entrega se hizo en un hotel donde se ejerce el amor clandestino, pero ahí el dentista, de costumbres sobrias, enemigo de las aventuras galantes, descubrió que de volver a fornicar con Celia, no sabría cómo escapar de quien casi destruye a un hombre piadoso como Bascuñán.

Apesadumbrado, aunque trataba de disimular, regresó al comedor. En esos instantes Alberto Legarreta refería una historia insulsa, para matar de tedio incluso a las innumerables estatuas de la Alameda, por mucho que la lluvia las limpie del estiércol infame, que a diario las cubre.

Alerta a todo, hasta de los detalles más irritantes, Nazario le preguntó a Lorenzo si se había enfermado o visto a Satanás, pues la expresión de su amigo estaba descompuesta. "Es que estoy indignado con Javier Hinojosa, quien nos tiene aquí como idiotas y el caballero no aparece". La imagen de Celia, sus caricias de cortesana, el modo de como se dejó amar, le perturbaba el entendimiento. Fue necesario que hubiesen transcurrido largos años para lograr poseer a la mujer que tantas perturbaciones, onanismos, ideas estrafalarias y deseos inconclusos, había provocado en quienes la rondaban.

En el colmo de su locura, en los instantes que Celia le hablaba de recrear el amor de un modo frenético, destinado a recuperar los años de juventud ilusionada, reconoció haberse masturbado por ella, aunque manifestaba a sus amigos de curso que la joven le parecía banal, demasiado apegada al maquillaje estridente, pues usaba todo cuanto se inventa en cosméticos. "Siempre te deseé", se atrevió a decirle

el día en que trataba de amarla bajo el alero encubierto de un hotel de los arrabales. No obstante, al llegar a la laxitud, sus palabras le parecieron huecas, más bien propias de quien las expresa sólo por agradar.

De regreso a Santiago y menospreciada por amantes de una semana, Celia trató de adherirse a la vida de Lorenzo, al menos cobijarse en quien desde el inicio se reveló generoso, y no solicitó nada a cambio. Veía en el dentista a un tipo de aspiraciones limitadas, lector de un sólo libro, pobre en exigencias fuera y dentro del lecho, lo cual le permitiría vivir libre de compromisos y ataduras sentimentales.

En cambio él, cuya actividad amorosa se resumía a acostarse con su amada Herminia tres o cuatro veces al mes, o cuando ésta no se quejara de algún dolor verdadero o inventado, no quiso sostener por más tiempo esa relación que la suponía perturbadora. Si al comienzo le sedujo el inusual lazo, a poco andar, su existencia se transformó en un torbellino. Como si fuese una torpeza mantener esa relación adulterina, por el único hecho de haber yacido una sola vez con la Celia de todos, con esa mujer que había agitado hasta el delirio las ganas venéreas de sus años de Internado.

En medio de la conversación y el jolgorio, creyó oír la voz de Javier Hinojosa y se incorporó lo suficiente de la silla para presenciar su entrada triunfal, rodeado por quienes lo veneraban, pero todo se resumió a una simple ilusión. Después, las voces mezcladas de los comensales le parecieron el ruido de la mar, o el gemido del moribundo que se aferra a la vida, o las airadas recriminaciones de su mujer, que lo acusaba de ser un asqueroso adúltero. Entonces a él le crecían alas y la acusaba de ser derrochadora, indolente, que sólo pensar en echarse encima ropas que ni siquiera la asentaban. “Sigo siendo bella, en cambio tú, tienes una barriga escandalosa”, respondía Herminia y se la señalaba con el índice, mientras hacía muecas destinadas a herirlo.

No se arrojaban por la cabeza ni la lamparita del velador, ni los frascos de menjurje de ella, ni nada destinado a quebrar esa relación, pues el desprecio que sentían no era suficiente maduro, como para llegar a aquella violencia.



## Seis

Porque esperar más a Javier Hinojosa significaba darle un tinte negativo a la cena, Victorino Rodríguez hizo un gesto a uno de los mozos que atendían, para que empezara a servir. Las copas volvieron a llenarse con un vino transparente, aromado, como si fuese una piedra preciosa, cuyo olor tenía la particularidad de estimular la imaginación del artista, pero esa noche nadie quería emular a artista alguno. Sólo había deseos de beber esa invención milenaria, el jugo embriagador de la historia bíblica que tumbó a Noé y permitió a sus hijas preservar la especie humana a través del incesto.

Victorino Rodríguez, luego de empujar la silla con las corvas, se irguió para proponer un brindis por Celia, la pretérita, la amada de todos, quien se adueñó de las fantasías juveniles del grupo, como ninguna otra. Desde siempre requerida, aunque nadie logró penetrar el pistilo de su flor más preciada.

Hubo comentarios breves no exentos de picardía, risotadas explosivas, pero las copas alcanzaron la altura de los brindis del recuerdo, y la frase: 'Salud por Celia', brotó espontánea, adherida al tiempo lejano. Luego, el silencio entró por la ventana del comedor, transformado en ayer.

Perturbado por la escena reciente, Nazario Garrido recordó a la Celia lejana, cuando quiso llevarla de regalo al burdel de su amada. Porque se le había escapado de entre los dedos como el aceite, no pudo consumir el oprobio, sus viejas ganas

de herirla por despecho. ¿Cuáles habían sido sus verdaderos sentimientos hacia ella? También, como todos, la deseó en largas jornadas, la soñó en plenitud, ya que muchas veces despertó luego de haber experimentado en la noche, una polución espontánea.

Llegó el día, en que la Celia virginal dejó de serlo. Como mujer poseedora de cierta belleza y atractivos, cumplió una a una las etapas de su existencia, por haber vivido los capítulos de la novela que cada cual lleva auestas. Meses después de huir de Javier Hinojosa, conoció a un fotógrafo de una revista femenina destinada a la burguesía, quien la entusiasmó para que en pelotas, le sirviera de modelo. Se deslumbró, aunque se negó a sacar sus atavíos de señorita, la primera y la segunda sesión. A la tercera, como es la vencida, se despojó hasta de dos sortijas de plata -obsequiadas en su oportunidad por Javier y Cristóforo- y de una cadenita de oro con una medalla de la Virgen María, para demostrar que ni la desnudez ni el fotógrafo la asustaban.

El arte, le aseguraba su ocasional amigo, es limpio como el cielo después de la lluvia. En la quinta sesión, el fotógrafo le propuso a la desvergonzada (ya se desnudaba con todo desparpajo delante del artista) unas tomas donde primara más la imaginación que el contenido estético. Ella hizo como que no entendía, o si entendía, trataba de ignorar hacia dónde apuntaba el proyecto, lo cual iba a saber unos minutos más tarde, cuando el fotógrafo, para corregir una postura bastante novedosa, le puso la mano velluda de macho conocedor, sobre una de sus tetas.

Cualquiera otra en su lugar hubiera quedado inmóvil. Sin titubeos rechazó el contacto inesperado, la mano insensata que atacaba la desnudez, donde converge tanto la boca ansiosa del infante tras la leche, y la del adulto tras el placer. Esa tarde y no otra, iba a ceder, aunque su alcázar lo defendió unos minutos más con cierta dignidad de doncella, los necesarios para no ahuyentar al invasor.

El fotógrafo, después de probarla guisada de diferentes formas un par de meses, de tomarle fotografías de una y mil posturas, donde las había de un gran sentido artístico, y otras en que primaba el recurso indecente, la aventó como si

fuese un estorbo, una pelusa adherida a la manga de su chaqueta, pese a que el infame había comercializado en un álbum, una serie de estas fotografías.

Desesperada, ofendida en lo íntimo de su pudor, quiso recuperar los negativos, pero el fotógrafo argumentó que el arte posee reglas muy estrictas e inviolables, y que si ella había aceptado posar sin objeciones, mal podía devolverle lo entregado en forma espontánea. Celia amenazó con formular una denuncia a la policía y él retrucó la amenaza con otra aún más vil. Publicar las fotografías en revistas pornográficas. A causa de la infamia, se desesperó hasta perder el habla. Sin pensarlo más de una vez, se hizo de unas tijeras desde el cuarto oscuro y atacó a mansalva al rufián, quien después de haber sido lastimado en el brazo, repelió la agresión, arrojando al suelo a la desdichada, mientras le pateaba las costillas.

"Por la inolvidable Celia -volvió a repetir Victorino Rodríguez- quien debe ser una tranquila mamá". Todos, excepto Lorenzo Fajardo, se la imaginaron así, rodeada de chiquillos atolondrados y pícaros, buenos para destruir cuanto caía en sus manos.

Los comensales estaban ya acomodados alrededor de la mesa, mientras aguardaban que les sirviesen la entrada, cuando a Bernardo Tudela se le ocurrió desafiar a Victorino Rodríguez, a que dijese cuántas veces se había masturbado por Celia. Ante la inesperada consulta que rompía la intimidad, Victorino golpeó el borde del vaso con un cuchillo y se volvió a parar. Unos lo conminaron a sentarse. Otros, pedían silencio pues suponían que algo nuevo y original les pensaba decir. Ante el estupor general, rogó se pusieran de pie quienes se habían masturbado por Celia.

Entre risas, exclamaciones airadas y obscenidades propias del Internado, algunos empezaron a levantarse con cierto rubor de sus sillas, hasta que nadie quedó sentado. ¿De verdad todos habían rendido homenaje nocturno y solitario a la novia de la adolescencia? ¿Porqué sólo ahora el grupo reconocía su pasión amorosa por Celia? "Ojos del color de la tarde, que aguardan mi ocaso", la definió Javier en un poema de amor, pero sin nombrarla, el que leyó en una reunión de la Academia Literaria. Junto a él, Victorino Rodríguez dudaba de la originalidad del

verso y amenazaba con ir a la biblioteca del colegio a buscar una antología de poesía universal donde, aseguraba, podía hallarse la supuesta creación de su amigo.

¿Quiénes de los que estaban de pie mentían, y quiénes se arriesgaban a decir la verdad? Enfrentados a un repentino desafío, los hombres se observaban, tratando de hallar las causas lejanas y próximas del porqué procedían con tanto desparpajo. ¿Cuál habría sido la reacción de Javier Hinojosa si hubiese estado allí? Igual a todos, se habría puesto de pie y en el momento oportuno, solicitaría silencio para reconocer sin vergüenza que sus masturbaciones nocturnas se podían inscribir en las mejores realizadas en el Internado. De esa manera, expresaba el mejor homenaje a Celia, a esa niña que inspiró a no pocos a intentar la creación literaria, y que si no hubiese sido por ella, no existirían artistas nacidos bajo su influencia. ¡Celia es la musa eterna de nuestra generación! habría sentenciado para rematar su discurso, junto con hacer una venia teatral.

Lamberto Hurtubia, a su vez, aturdido por su espontáneo reconocimiento, quiso declarar que no se acordaba si había ofrendado su semilla a Celia. Las ocasiones en que se masturbó, lo había hecho en memoria de Marilyn Monroe, y que al morir en 1962, como un homenaje postrero a la mujer que había perturbado sus sueños juveniles, fue a un prostíbulo de calle Ricantén. Ahí se acostó con su homónima, una ramera teñida de un rubio amarillento, de un pasmoso parecido con la artista, a quien halló sumida en llantos atronadores, porque "había muerto la mujer más linda de la tierra". Al final, la Marilyn chilena accedió a los juegos del cliente y, para probar que por algo le decían Marilyn, antes de fornicar, le mostró sus cualidades de artista. Primero, hizo un "strip-tease" cadencioso, sugerente, como para hacer revivir a un moribundo. Luego, por completo desnuda, realizó una danza donde se movía como gelatina, porque la querían acometer, por mucho que la verdadera Marilyn, de estar viva, desaprobara esa creación tan alejada de su talento artístico.

Desde entonces habían transcurrido nueve largos años, suficientes para olvidar a cualquiera, pero Hurtubia continuaba rendido por ambas Marilyn. Hubo, es cierto,

un instante de su vida en el Internado en que se sintió acometido por Celia, el día en que Javier, Lorenzo, Cristóforo y él, asistieron a un fiesta organizada por el liceo de niñas donde estudiaba la joven. Esa noche ella irradiaba un encanto particular, quizás porque anhelaba dispararle dardos a Javier, luego que viera cómo Cristóforo trataba de alejarse de su órbita, sumido en sus cavilaciones místicas. Para molestarlo, cogió de un brazo a Lamberto y lo arrastró a la pista de baile. Y, ante la sorpresa general, le aproximó la mejilla hasta juntarla con la de él, y lo empezó a apretar como si fuese un objeto maleable, de donde era posible obtener un delicado zumo.

En el colmo de su ingenuidad, Hurtubia supuso que Celia trataba de conquistarlo, demostrarle que el hombre de sus sueños era él, y que sólo debía decirle al oído una frase amable, quizás un piropo corriente para manifestar su aprobación. El temor de ser rechazado lo paralizó, y la lengua se le puso seca, semejante a un pedazo de cuero curtido. A causa de las limitaciones, decidió entregarse al destino, a pensar en esa dulce e inusual experiencia, y a sentir por vez primera, cómo una joven bonita le insinuaba cosas.

Concluido el bolero, Celia cogió de la mano a Hurtubia y lo arrastró hasta una mesa donde había de beber, además del comestral expuesto en bandejas de cartón. Ella, amorosa como novia ilusionada, dispuesta a los sacrificios más severos, le sirvió de beber en un vaso de cartón encerado. Luego, movida por un renovado amor, le pasó una bandeja rebosante de quesos en cubitos, ensartados con mondadientes, y de reojo miraba cual era la reacción de Javier, quien le devolvía las miradas donde el menosprecio era inequívoco.

"No es mujer para ti, enano de circo" lo desafió Alex Quintanilla, y antes de que el otro reaccionara, cogió a Celia de un brazo y la arrastró a la pista para bailar un rock, lo que dominaba de maravillas. El despechado, en medio de la desolación y devastado por la realidad, se enfureció a tal punto, que se atoró con un pedazo de queso, y si no salió en persecución de Quintanilla, se debió a que Javier le puso la

mano en el hombro para aquietarlo. "Sólo un estúpido -le advirtió- no descubre que Celia quiere darnos celos, a todo el grupo".

Hurtubia sintió pesados los zapatos y flojas las rodillas. Demasiado tarde había comprendido los alcances de la actitud de Celia, y los mecanismos usados, para crear toda una corte de aduladores en su entorno. ¿Tanta había sido su inocencia, que no pudo a su debido tiempo, descubrir el garlito? Claro que era un estúpido, de los solemnes, sin remedio, dotado de una ingenuidad sobrecogedora. Aunque había en la fiesta hermosas jóvenes, no quiso bailar más. Al final optó por recluirse en un rincón, desde donde se dedicó a observar a las niñas que bailaban, más bien hábiles suripantas de tono menor, dispuestas a atrapar novios de una noche.

A partir de ese día, vio en Celia todo lo perverso y cínico que puede existir en una hembra, si bien no podía negar que en muchas oportunidades, mientras amaba a su Marilyn chilena, creía estar montado sobre aquélla, cuyos ojos de hechicera y suavidad de las manos, le producían el rubor del aprendiz. Por mucho tiempo, la sensación que le había ocasionado el aliento expelido sobre su cuello, le causaba un antiguo trastorno, la idea de que jadeaba debido a la presencia de un placer de inesperados matices.

¿Por qué razón se había puesto de pie como sus demás compañeros? ¿Reconocía acaso haberle rendido a Celia un homenaje solitario, el más gozoso de los homenajes, si su único desliz había sido pensar en ella? Temió que lo hubiesen tildado de hipócrita, y eso sí que lo habría herido más que cualquier otra acusación. En un momento quiso pedir la palabra. Deseaba aclarar la verdadera causa de por qué había reconocido haberse masturbado. Quizás explicaba alguna vulgaridad para confundir a sus amigos, cierta información antojadiza y, ¿por qué no una mentira escandalosa destinada a violentar la historia de Celia?

Como no estaban presentes Javier ni Cristóforo, su invención podría deslizarse de una manera natural, donde no veía quien podría desmentirla con argumentos sólidos. Los actores principales, dispersos por el mundo, no iban a regresar esa noche a contar la verdad. Descubrió que tanto Celia como Javier y Cristóforo

estaban bajo su arbitrio. Todo cuanto dijese de ellos entraría en las suposiciones, en las eternas sospechas y sería un placer urdir espantosas mentiras.

Ya los comensales habían tragado la entrada y bebido contundentes vasos de vino, cuando dijo que deseaba revelar un secreto, lo cual no tendría por qué afectar a sus protagonistas, puesto que las nieves de la cordillera de Los Andes, se habían derretido durante quince primaveras. A todos se les despertó la curiosidad y la boca se les hizo agua, porque no dudaron que en breve iban a paladear alguna historia asombrosa, mantenida en reserva, porque si se hubiese divulgado en su oportunidad, habría ocasionado, a lo menos una catástrofe.

"Desembucha, desembucha luego, porque de lo contrario nos vas a matar de ansias", lo azuzó Alberto Legarreta, dedicado a ensartar un trozo de pan con el tenedor para untarlo en el plato. Lamberto Hurtubia se removió en la silla como si tuviese hormigueo en los glúteos, y aseguró que el secreto que pensaba divulgar podría dañar la imagen de Celia. No bien concluyó su alocución, había quienes deseaban conocer el secreto y quienes se negaban a que fuese divulgado, puesto que el nombre de la niña era sagrado para muchos. "No vamos a destruir los sueños juveniles por una curiosidad malsana", señaló alguien en medio de la discusión. "Si ya han transcurrido tantos años y quién sabe si haya muerto", alegó otro.

Alerta a la controversia, "Bototo" Fajardo, después de pensar más de lo que era su costumbre, reveló que estaba viva, algo cambiada, ya que el tiempo todo lo altera. Las preguntas más urgentes y variadas le cayeron como un chaparrón. ¿Continuaba siendo bonita y juguetona como la recordaban? ¿Se había casado? ¿Por quién de ellos había preguntado? ¿Dónde la había visto Fajardo? Eso y más debió responder el dentista sin precisar, pero se cuidó de revelar la ligazón que mantenía con ella. En el colmo del entusiasmo, Bernardo Tudela lo desafió a que la llamara por teléfono y que la invitara a departir con ellos.

"Sería una insensatez y una locura", vociferó Victorino Rodríguez en medio de la atmósfera caldeada. Luego, anunció que él no iba a aceptar que Hurtubia revelase nada de Celia, ni menos que Fajardo la invitara esa noche. Dijo que él no iba a

renunciar a la Celia del pasado, y que hizo soñar a muchos de ellos, porque la habían amado en secreto, pese a que ella dudaba entre el amor místico de Cristóforo y el amor desenfrenado de Javier. "Quizás, ahora esté avejentada, vencida por sus fracasos, olvidada de los años gloriosos que le correspondió vivir cuando era liceana. "Nada peor -argumentó- que empecinarse en cambiar las imágenes del pasado, sus olores, el color de las cosas, la atmósfera donde se desarrollaron los acontecimientos de entonces. El pasado, porque es parte del recuerdo, no puede someterse a los cambios arbitrarios que desde el presente deseamos atribuirles. Celia debe mantenerse virginal a nuestros ojos, lejana en el tiempo, etérea si se quiere. Incorporada a nuestros sueños, al punto de hacernos dudar si en realidad existió. No la puedo imaginar de otra manera."

"Ese sí que es un buen discurso para enredar las cosas", intervino Nazario Garrido, y antes de que le respondieran, propuso someter a votación las dos iniciativas que se planteaban. "A lo menos hay tres, corrigió Alberto Legarreta con su voz aflautada, y levantó los dedos índice, medio y anular de su mano derecha. "Las que fueren", gruñó Nazario, mientras se ponía de pie para organizar la votación.

A partir de ese momento, los comensales empezaron a perder la compostura, algunos a pronunciar discursos conciliadores donde llamaban a la cordura, otros a negarse a votar, y los menos a azuzar los ánimos, porque la cena había alcanzado el clima ideal.

Ebrio de ira, lo cual no era habitual en él, Victorino insistió, mientras golpeaba la mesa con la mano empuñada, manifestando que todas las proposiciones escuchadas ahí parecían propias de niños. "Nos vamos a arrepentir por tanta frivolidad, compañeros", sentenció. Después volvió a referirse al sentido profundo de los sueños, que el pasado no podía ser objeto de revisiones ni análisis odiosos, destinados a compararlo con el presente.

"Basta de palabrería", lo increpó Lorenzo Fajardo, en cuyos ojos parecía haber un odio viejo hacia quien contribuyó de manera eficaz en hacerlo creer en las bondades del nivel de chonta. "Celia vendrá esta noche, porque así lo quiero yo".



Todos miraron a Fajardo, quien intentó sonreír para alejar de sus labios una mueca agria, más propia de un sargento que de un dentista. "Y si Lamberto Hurtubia -prosiguió más calmado- desea revelar algún secreto de Celia, que lo haga, pues cuenta con mi beneplácito".

Un murmullo sordo de lejanos disturbios se escuchó en el comedor, como si el viento hubiese aventado una hojarasca. "Las normas de la convivencia se han ido a la mierda", expuso alguien con voz queda; entonces Victorino Rodríguez levantó sus brazos, y cuando se produjo el silencio adecuado, aquél que llama a meditar, desafió a Fajardo que explicara de un modo racional, sin recurrir a argucias, cual era la razón de ese arrebató propio de un tirano. "Porque me da la gana", respondió el dentista, y por más que Rodríguez insistiese en que esa aclaración constituía una prepotencia inaceptable, el otro no quiso entregar una respuesta aclaratoria.

¿De dónde arrancaban las ganas de Lorenzo Fajardo de violentar la noche? Si su mujer había decidido marcharse por culpa de una relación adúltera, los dañaba sólo a los dos. Si insistía en mostrar a Celia delante de quienes habían sido sus compañeros de curso, tal si fuese una frívola, procedía como un canalla, aunque disfrutara con dañarla.

La inalcanzable Celia, la imagen sagrada de la juventud estaba en entredicho. ¿Quería humillarla y de paso a quienes la habían amado? Por casualidad, como caída del cielo, se le presentó la coyuntura, la posibilidad de lanzar una bofetada artera a los rostros de Javier Hinojosa, Cristóforo Bascuñán, Alberto Legarreta, Victorino Rodríguez y de todos los que consideraban a Celia como la mujer de sus sueños. Él, abusando de su arte de embaucador, podía destruir el mito de un manotazo, reírse de todos los asistentes a la cena, y para consumir su rencor de vieja data, la emplazaría a reconocer que por dinero, se había acostado con él.

"Amigos, pido un mínimo de cordura", suplicó Francisco Arenas, quien era oficinista de una importadora, mientras componía el lazo de su corbata italiana adquirida para esa ocasión. "No sería malo -prosiguió- verla después de quince

años. Negarse, me parece una cobardía, y por último, para saber cómo hemos envejecido. Lo demás, con perdón de Rodríguez, lo estimo una imbecilidad".

La aparición de un mozo que traía una bandeja para retirar los platos, postergó por unos instantes la discusión y quizás enfrió el ánimo de Lorenzo Fajardo, dispuesto a violentar la cena, y quién sabe si a indigestar a los comensales de esa noche.

No bien desapareció el mozo, retornó la vehemencia, los discursos violentos empapados de rencor, descalificaciones y el inevitable tonillo burlón de quienes ven hasta en los funerales, la posibilidad de reírse del difunto. Entre aquellos, estaba Nazario Garrido, desde hacía rato dedicado a punzar a Lamberto Hurtubia, para que le informara sólo a él, cuál era el secreto que pensaba divulgar. Y como el otro se negaba, porque había olvidado qué pensaba decir, se mantenía una lucha sorda, lo cual no inhibió a Garrido en su ánimo de pinchar a su vez a quienes, cerca de él, se esforzaban por frenar o estimular el deseo de Fajardo.

Quizás porque Nazario Garrido poseía una figura noble, aunque era cabezón, se permitía zaherir sin desmayo al que se le antojaba. Para él todos los chilenos -cual más, cual menos- tenían sangre india en sus venas, de allí que no fuesen altos, más bien rechonchos, de cabellos disparados y tiesos como clavo, pómulos salientes y ojos hundidos. El, desde luego, se cuidaba de revelar dónde había nacido, aunque aseguraba que por línea materna estaba en troncado a la raza aria, de donde le provenía el color del cabello y la tez.

En una oportunidad apareció en el Internado con un libro empastado en cuero, escrito por un tal Indalecio Álvarez, quien hablaba de la supremacía de la raza aria, conclusión a la que había llegado luego de pacientes estudios. Enfurecido, Javier Hinojosa lo trató de racista, de cretino, y que la teoría elaborada por Álvarez no pasaba de ser un invento burdo de fascistas con olor a naftalina.

Otro que no hubiese sido Nazario, habría respondido de malas maneras. Se cuidó de no aparecer delante de quien lo criticaba como un fanático a ultranza. Conocía de sobre su erudición, y de sólo pensar que podría enfrascarse con él en

una discusión especializada, le produjo temor. Para justificarse, le confidenció que el libro de marras se lo había robado de la casa de un amigo, deslumbrado por el empaste. En cuanto a la defensa que hacía de la raza aria, explicó, se debía a su deseo de solidarizar con una joven descendiente de alemanes, quien era a menudo hostilizada por despiadados aborígenes, enemigos de la tez blanca, los cabellos dorados y los ojos azules. "Su existencia en ese medio se ha convertido en un eterno martirio", aclaró.

Porque a Javier Hinojosa la historia no le pareció adecuada, para justificar una idea racista, se encogió de hombros. Se permitió aconsejar a Garrido, aunque éste podía mandarlo a la mierda. Le habló de estudiar a los autores serios; empaparse más de la buena literatura; observar mejor el mundo; escuchar música selecta; visitar las exposiciones de pintura. Si aspiraba a más, a algo de verdadera trascendencia, debía integrarse a algún movimiento político cuya finalidad estuviese orientada a las luchas del proletariado por su emancipación y a la dignificación del hombre.

Nazario Garrido quedó pensativo, atragantado con tantas ideas y sin ganas de responder. Nadie en su vida le había hablado con un lenguaje así, ni su padre, quien por escribir hacia 1928 un artículo de crítica al gobierno del dictador Ibáñez, había sido desterrado a las islas de Juan Fernández. Regresó enfermo a casa al cumplir un largo cautiverio, y sin deseos de volver a coger la péndola. Había compartido el destierro con políticos, obreros, estudiantes y un cura que, acostumbraba desde el púlpito, a tratar a Ibáñez de "Imagen viva de Satanás".

Diez años después iba a nacer Nazario, y cuando tuvo la edad para entender el sentido de las luchas sociales, su padre se negó a explicarle lo que era aquello. Temía que el dictador, por segunda vez encaramado en el poder, ahora apoyado por fuerzas populares, lo volviera a encarcelar.

De nuevo retomó la palabra Victorino Rodríguez para decir que objetaba la concurrencia de Celia al restaurante, y que Lamberto Hurtubia no debía revelar nada acerca de ella. "Al menos, que se nos permita disfrutar del pasado, aunque éste se

haya convertido en sueños", subrayó, y para darle mayor énfasis a sus palabras, las dijo como si se las dictara a un niño.

Bernardo Tudela, que dentro de poco iba a acompañar a su padre a seguir la búsqueda del tesoro del corsario Drake, propuso arribar a una solución salomónica. O se revelaba el secreto de Celia, o esa noche se permitía su presencia.

A estas alturas, Lorenzo Fajardo ya no quería seguir con su primitiva idea y, se mostraba arrepentido de semejante audacia. Celia, quizás en un raptó de desesperación, acusaba al dentista de haberla embaucado con dádivas, porque al principio no quería ir al hotel. 'Me llevó engañada', sospechó que podía alegar, y asustado por la temeridad de sus pensamientos, empinó la copa número siete o nueve, en una sucesión de sorbos y brindis hechos por cualquier asunto.

¿Seguiría atado a Celia? Si, por una parte, la idea lo seducía, le ocasionaba un raro goce, una situación nueva en su vida plácida, por otra le hacía sentir un legítimo sobresalto. Como una ofrenda griego, la amante se instalaba en su existencia de un modo impensado, mañoso, aunque él creía que por haber permanecido durante quince años a la espera de la oportunidad, tenía derechos sobre ella. La recordó metida en sus vestidos juveniles, llenos de lacitos, cinturones y adornos propios de una época, donde el barroco influía la moda sin ningún contrapeso.

Las veces que la saludaba de mano, sentía su suavidad como si fuese la de una maquilladora, y le daban ganas de besarla en la boca. Lamentaba que esa noche del encuentro de camaradería no estuviese Javier Hinojosa, porque de haber sido así, no habría dudado en ir por Celia y obligarla a reconocer sus deslices amorosos tenidos con él. En 1974, en momentos que abandonaba el regimiento donde vio por última vez a Javier Hinojosa, quiso regresar con el único propósito de decirle que había disfrutado a Celia. Aunque el dentista esa noche de jolgorio y camaradería ignoraba si la volvería a ver, lo cierto es que regresó a su vivienda cerca de las cuatro de la madrugada luego que en compañía de sus amigos, al finalizar la cena, se dirigió a un prostíbulo regentado por una amiga de Alberto.

Ahí continuaron los brindis, amenizados por la furiosa disputa entre Francisco Arenas y Nazario Garrido, quienes no bien asomaron sus narices de perro, olfatearon a la distancia a una ramera adolescente y empezaron a disputársela. “Bototo” Fajardo, cuyas piernas habían perdido consistencia y elasticidad, aun cuando todavía le servían para realizar caminatas, quiso intervenir, pero se derrumbó en un sillón y sólo despertó cuando los amigos decidieron ahuecar el ala.

Ignoraba cómo, en su propio automóvil, arribó a su casa, situada en un barrio exclusivo. A tientas se introdujo en la cama, y para su consuelo, encontró a Herminia tapada y vuelta hacia la pared, porque no deseaba enfrentar al tenorio. Quiso dormir, pero la cabeza trataba de volar lejos, desprenderse del tronco. Todo giraba a su alrededor, igual cuando su padre lo llevaba a andar en carrusel, y lo hacía montar en un caballo melenudo que subía y bajaba.

Como el sueño seguía ausente, aun cuando lo llamaba a voz en cuello, le hacía guiños y juraba respetar sus normas futuras, no se allegó a su almohada sudorosa. Entonces, decidió ir al baño a mojarse la cara, o quizás a orinar un chorro magnífico para aliviar la presión de la vejiga. Cuando tuvo el pene bien asido en su mano, como si se le fuese a escapar, sintió la presencia de Celia, convertida en una hembra insaciable, que clamaba su cuota de amor. Agobiado por el recuerdo, la presencia espiritual de la muchacha, tras una comezón nada de profunda, más bien frívola, empezó a masturbarse mientras allegaba a su imaginación todo cuanto de placentero había realizado con ella.

Vencido, sin ganas de dormir, regresó a la cama después de haber orinado. Igual a una bestia antes del diluvio universal, se tumbó de lado, como quien rehuye un posible contacto carnal. ¿Por qué en vez de su mujer, no estaba la otra? Aspiró fuerte los mocos, y al sorberlos sintió una repugnancia atroz, y sin poderlo remediar, arrojó sobre las sábanas, en tres arcadas sucesivas, todo cuanto había manducado y libado esa noche frenética.

Herminia, despertó asustada al sentir las salpicaduras del vómito, la invasión inesperada de una pestilencia acuosa en su lecho matrimonial. Antes de preguntar

nada, dio un brinco para escapar del sitio donde se había enseñoreado la calamidad y se puso a llorar, como si estuviese en el funeral de su madre. Su llanto atronador, desmesurado para corresponder a la magnitud de su desgracia, le impedía articular palabra o, por último, asumir alguna actitud menos trágica.

Desde luego, vio su matrimonio destruido, hecho añicos por la mano de una prostituta -pues la rival debía serlo- y por la inesperada borrachera de quien dijo amarla hasta el delirio, cuando decidieron casarse. Ahora, se trataba de un delirio vicioso, donde había una desatada y febril corrupción, llevada a cabo por hombres y mujeres dispuestos al sexo desenfrenado, para cometer toda clase de depravaciones.

Como una diosa griega, o quizás como una señora encopetada, de las que se asustan si ven esputar a un mendigo en plena calle, encaró al infeliz de su marido, quien trataba de limpiar las sábanas, para acusarlo de degenerado, y otros epítetos, que el dentista en medio de su desconcierto, ignoraba si los había escuchado alguna vez. "Has mancillado nuestro lecho, este lecho sagrado donde el amor floreció muchas noches de luna", clamaba Herminia, la misma Herminia Carrasco que por esos días trataba de organizar un grupo de esposas de dentistas, para socorrer a las poblaciones obreras con ropa usada.

Cuando vio que su desguañangado esposo levantaba los brazos y pedía clemencia, se envalentonó para agregar que si ella había decidido regresar esa noche, era porque en su ánimo no había rencor, pero al sentir cómo las pestilencias del vómito le alteraban el olfato, ya no cabía reconciliación posible: "Me voy a dormir a la pieza de los niños", amenazó, y su desafío se hizo realidad, pues cogió un chal de lana cruda, y arrebujaada como una doncella que huye de la tentación que por años la ha agujoneado, se ausentó del dormitorio.

Lorenzo Fajardo, desvelado como pájaro metido en jaula ajena, se sentó en un sofá a esperar que amaneciera. Ignoraba si hacía frío, calor, si afuera llovía, tronaba o un viento huracanado daba manotazos en todas direcciones. Acaso la ciudad se incendiaba por los cuatro costados, y él impertérrito, sin ganas de mover un

músculo, o hacer un gesto de hastío, porque aún no amanecía, continuaba entregado al deseo de ver un rayo de sol a través de la ventana.

Muchas veces, más por ocio que otra cosa, permaneció sentado frente a la ventana de su escritorio, cuando la tarde se manifestaba con su ropaje habitual, dispuesto a repasar sus compromisos del día siguiente. Después, se entregaba a la plácida tarea de sumar lo ganado en la jornada, y aun cuando la tranquilidad lo envolvía, trataba de hallar nuevos mecanismos para obtener más ingresos, estuviesen o no reñidos con la ética de su profesión.

Si llovía, le solicitaba a Herminia le preparase sopaipillas bañadas en chancaca y un mate en leche, aunque este gusto -a su juicio populachero- se cuidaba de no comentarlo delante de sus colegas. Por el contrario, trataba de mostrar gustos refinados, y hasta se expresaba mal de quienes decían comer y beber alimentos autóctonos.

Bototo no tuvo tropiezos para ascender por la cucaña de la vida, hasta un sitial del que muchos resbalan con manifiesto escándalo. Sabía acomodarse y reptar si era preciso. Transigir, y amoldarse al medio cuando fuese necesario. Si en un comienzo decidió socorrer a Celia, se debió a que la noche anterior había soñado que era mendigo, de la peor especie y nadie le tendía la mano. Realizo una labor de caridad, pensó, y me reconcilio con Dios y mi conciencia, pero ignoraba de cuál de las muchas fechorías cometidas en su vida, debía arrepentirse. Porque se aburría en las tardes luego de llegar desde la consulta, decidió aprender alguna actividad artística. Leía poco, apenas si los diarios y alguna revista especializada de su profesión.

A Herminia no le sorprendió que su marido decidiera una de esas tardes inscribirse en un curso de cerámica, porque de alguna forma esa actividad estaba emparentada con su profesión. "Otros colegas -comentó a su mujer- desde hace tiempo cultivan algunas artes. Zapiola pinta; Álvarez (me refiero al "Colorín") toca la flauta dulce, y el gringo North, escribe cuentos más bien malitos, según he escuchado".

Incentivado por tales ejemplos, y como una manera de superar su mediocridad antigua, empezó a asistir los jueves al taller del maestro Felidor Bermejo, situado en una calle empinada, junto al cerro San Cristóbal. Hasta ahí llegaba en su automóvil lustroso. Se ponía el delantal blanco, igual como si fuese a hacer una extracción molar, y de lo más entusiasmado sobaba la greda, para darle la forma sugerida por el profesor.

Felidor Bermejo, artista célebre, por muchos años dedicado al oficio, miraba a su alumno, y aunque no le veía porvenir, una mínima sensibilidad artística, lo estimulaba, porque era un profesor convencido de que igual se disfruta de la creación, si los resultados son chabacanos.

Al tercer mes, Fajardo renunció a las clases. Había descubierto que por esa senda no estaba su vocación artística. En una ocasión, Javier Hinojosa le había advertido que nunca intentara nada vinculado al arte, pues lo veía como un sujeto ramplón. Pese a este juicio lapidario, injusto para sus pretensiones, se propuso algún día demostrar lo contrario. A las clases de cerámica siguieron en breve plazo las de guitarra, después las de historia del arte, y vuelta a intentar la cerámica con otro profesor.

A un hombre así, motivado por inclinaciones artísticas trasnochadas, que de pronto apareciera en su vida una mujer como Celia, constituía un verdadero desastre, más que un desafío. Si la tomaba, vendrían los momentos de jolgorio y placer, jamás vividos con una esposa que se asustaba si veía fotos de personas desnudas. Por otra parte, su vida se vería invadida por los sobresaltos, las mentiras, las simulaciones, los cuentos. Como él no sabía armar nada original, ni tampoco se empeñaba, en pocos días sería descubierto, y su matrimonio naufragaría como un barco encallado en el estrecho de Magallanes. Renunciar a la amante parecía lo más sensato. Tal vez representaba una actitud cobarde, propia de hombres que temen a las vaginas ajenas, porque creen ver anidados ahí los fuegos del infierno, y no el fuego del verdadero amor.



No fue difícil para Lorenzo y Herminia recomponer su matrimonio. A una semana del bochornoso incidente en que la esposa abandonara el dormitorio entre gestos exagerados y amenazas de guerra, la pareja viajaba rumbo a Buenos Aires, él a un Congreso Odontológico y ella a comprarse ropa.

## Siete

Los comensales de aquella noche en el restaurante "Q" se sorprendieron cuando Lamberto Hurtubia, en medio de insultos, gritos y críticas ácidas, se puso de pie para admitir que el secreto sobre Celia debía entenderse como un simple juego, pues quería observar la reacción del grupo. Lorenzo Fajardo también de pie, manifestó que él no había vuelto a verla desde la época del Internado. "Se ha tratado -se justificó- de una mentira piadosa."

Enseguida, volvió a intervenir Lamberto Hurtubia, para anunciar que don Hermógenes Figueroa, quien había sido el profesor de Castellano del curso, había muerto en esos días. Que la archiconocida historia que le gustaba referir cuando comenzaba el estudio de "El Quijote de la Mancha", era un especie de gancho, para seducir a sus alumnos a que lo leyeran.

Como un homenaje al profesor desaparecido, explicó que iba a referir aquella anécdota, al escuchar que varios de quienes fueron sus alumnos, lamentaban su muerte.

“Corría el año 1935 -contaba don Hermógenes Figueroa- cuando fue matriculado en nuestro liceo, un joven llamado Miguel de Cervantes. A no pocos sorprendió esta extraña coincidencia. Si llegaba tan insigne personaje al Internado, debería ser vista como una señal halagüeña”.

“Miguel de Cervantes en nada se parecía a su homónimo. Era retraído, de rostro mofletudo y tenía nariz perfilada -no aguileña- y sus brazos estaban completos. Jamás conoció el cautiverio, aunque vivía prendado de una vecina que no lo llevaba de apunte. Se podía argumentar que si de verdad era descendiente de don Miguel de Cervantes y Saavedra, se habían diluido demasiado a través de los siglos, las semejanzas físicas entre ambos”.

“Nuestro insigne personaje, a poco andar, dijo hallarse cansado de tener un nombre tan ilustre, que más bien le resultaba un baldón. De tal suerte, se negaba a estudiar literatura española, en cuyo ramo obtenía calificaciones, que habrían matado de pena a su ilustre antepasado”.

“Para completar este cuadro de desdichas, cuando inicié el estudio de El Quijote de la Mancha, pedí a Miguel de Cervantes que indicara en el mapa de Europa, dónde se hallaba España”.

“El aludido, como queriendo decir: ¿Acaso soy un imbécil, señor profesor, para no saber dónde está? Cogió el puntero y después de realizar con éste círculos en el aire, como si fuese a dar una estocada mortal, señaló al corazón de Turquía. A la hora del recreo se justificó, manifestando que para fastidiarme, había actuado de esa manera”.

“Yo no tengo porqué ligarme a la vida de mi antepasado -decía en otras ocasiones- y se alejaba molesto, mientras iba dándole puntapié a las piedrecillas del patio”.

“No existen referencias si alguna vez nuestro Cervantes criollo leyó El Quijote de la Mancha, pero hay certeza de que él no escribió la novela”.

Nadie dejó de aplaudir, seducido por aquella historia tan propia del liceo, donde sucedían hechos extraordinarios. Por lo demás, cada uno de los presentes podía

certificarlo, si bien había quienes inventaban cuentos para reírse de los novatos, cuando aparecían en marzo de cada año.

Por momentos sólo se escuchaba la música de un guitarrista que desde una habitación vecina, cantaba un bolero sentimental, cuyo argumento gira alrededor de la madre, y el ruido de los platos que el mozo retiraba de la mesa.

“Como deseamos hablar de situaciones divertidas e incluso estrafalarias -dijo Francisco Arenas- ustedes recordarán a mi tía Ofelia Almanzor. Sí, sí, la hermana de mi madre, a quien visitaba a menudo, no como ustedes siempre creyeron que a pedirle dinero. Eran mis primos los encargados de estrujarla, y la pobre cedía porque era generosa. Yo creo que murió virgen en estado de gracia. Sin embargo, tuvo una experiencia amorosa, si se quiere única, que supe por boca de uno de mis primos Almanzor. Pongan atención... Cuando ella vio en el cine Carrera de su barrio, el anuncio del estreno de la película francesa “Y Dios creó a la mujer”, sintió la curiosidad de quien vive pendiente hasta del zumbido de una abeja. Desde la exhibición de “Lo que el viento se llevó” -tía Ofelia lo recordaba muy bien- no se veía ese despliegue de propaganda en afiches, carteles descomunales y entrega de volantes que realizaban señoritas vestidas como Brigitte Bardot. Aunque aceptó un volante, lo escondió en la cartera, como si le hubiesen puesto en la mano una fotografía cochina. Ahí se enteró que la censura cinematográfica había calificado el film de “Sólo para mayores de 21 años, no recomendable para señoritas”.

A sus 77 años, aunque era señorita ¿podía verlo? Algo había leído en los diarios sobre la actriz francesa, símbolo sexual de la época, que al mínimo gesto hacía delirar a los hombres hasta ponerlos de rodillas. De ser así, se trataba de la cinta más audaz, nunca antes exhibida en Chile, lo cual era un desafío a las instituciones permanentes de la república, donde se encuentran quienes defienden la moral desde el púlpito, unidos a sectores puritanos.

Ese domingo en la mañana y por costumbre, fue a la iglesia de la Gratitude Nacional. Luego de asistir a misa y comulgar, conversó con el cura de asuntos de la parroquia, pero no se atrevió a preguntarle si estaba enterado del estreno de “Y Dios

creó a la mujer". Habló enseguida banalidades con un grupo de feligresas; dio limosnas por aquí y por allá con mano generosa, sin embargo, el tema de la película le giraba por la cabeza como un tiovivo.

Desde siempre vivía en el número 16 de la calle Concha y Toro del centro de la ciudad de Santiago, en una casona de estilo mudéjar de amplias habitaciones, que a la muerte de sus padres heredó, porque era la única soltera y estaba dentro del inventario, tal si fuese el piano Steinway. Hacía sesenta y tres años, la acompañaba una sirvienta de su misma edad, cuya lealtad sin fisuras, la llevaba en el corazón de campesina.

Al regresar de la iglesia volvió a enfrentarse a los carteles del cine, pero en esta ocasión se detuvo por un buen rato. De nuevo la belleza desmesurada de Brigitte y la actitud de galán de Curd la abrumaron, pues los actores mostraban todos sus atributos para embrujar al público. De vez en cuando veía una película, sobre todo de la dulce Chirley Temple, o del seductor Clark Gable, abrazando a muchachas dispuestas a llegar a un desenlace estremecedor, aunque apenas estaba sugerido.

Ahora, una película para mayores de 21 años, no recomendable para señoritas y por añadidura francesa, tenía otro cariz, otro sabor, otra intención, sin embargo, no se sentía impedida de verla, aunque el temor de presenciar escenas pecaminosas, la hacían temblar.

Vivía apegada al espíritu de las tradiciones, porque el apellido Almanzor se hallaba vinculado a próceres criollos, que habían luchado hasta la muerte por la independencia del país, contra la Corona Española. A causa de su edad y no por desidia, se bañaba siempre que no hiciera frío, o no tuviese romadizo o Mercedes al olfatearla, de vez en cuando, le advertiera que olía a sobaquina. Apenas si se tocaba el cuerpo a causa de su soltería. Sí, porque la obra de Dios debía quedar exenta de los pensamientos pecaminosos y de las manos que se aventuran más allá de lo permitido a una dama de su condición social.

A partir del día que tuvo información rudimentaria del sexo, empezó a cumplir aquella norma ética, aunque estuviese dominada por impulsos libertinos. O aguijoneada por ideas extravagantes que la acometían en las noches, cuando imaginaba que su virginidad estaba en riesgo. No conocía hombre hasta esa fecha, y dudaba tenerlo a los 77 años, luego de infinidad de asaltos frustrados, que en una época fueron abundantes cuando tenía quince, pero con el tiempo empezaron a amainar, mientras las lluvias de su otoño se marchaban.

Por su condición de señorita, nadie le iba a dar un certificado para acreditarlo, ni siquiera el cura de su parroquia, ni en el registro civil. Esa calidad, sin embargo, estaba en situación de proteger, hasta ofrendar su vida si fuese necesario. Su pureza se hallaba en el alma, en sus pensamientos, en sus lecturas diarias, en sus actos, en sus obligaciones como cristiana observante.

Cuando fue a ver “Lo que el viento se llevó”, acompañada de Mercedes, aunque a la sirvienta no le gustaba ir al cine, las argucias seductoras de Clark Gable para conquistar a Vivien Leigh, le produjeron un dulce estremecimiento, la sensación de vivir un tardío romance. En más de una oportunidad soñó con el actor, pero éste sólo se limitaba a expresar, como mucho, palabras algo atrevidas para ser escuchadas por adolescentes. Vaya seductor más comedido.

Ese domingo, mientras aguardaba la hora de almorzar, se puso a leer a hurtadillas el volante de propaganda de la película y por lo que decía, estaba llamada a revolucionar las costumbres de la época. Mercedes le comentó que un grupo de damas del sector, se había organizado para impedir que se exhibiera en Santiago “Y Dios creó a la mujer”. Es cierto que en el grupo había sólo señoritas, con demasiados años para seguir siéndolo. Y la sirvienta, informada como cualquier vecina, agregó, no sin cierto rubor:

“Dicen que es una película cochina, ni siquiera aconsejable para ser vista por personas adultas”.

Ofelia Almanzor, quien en oportunidades acogía en la cochera de su casona a niños vagos que en invierno se ponían azules a causa del frío, se retiró a sus

apostentos como era su costumbre, para echarse una siesta. Quiso dormir, pero no encontraba el lado amable del sueño. La cama en aquella oportunidad, no tenía los dulces y hospitalarios huecos que la invitaban a reposar. Desde hacía años se le negaba aquel arrebatado de clara orientación sensual, aunque ella prefería darle otro nombre. Se puso a leer lo primero que encontró en el velador, pero no lograba asimilar de la novela, ni siquiera las escenas donde el amor florecía en el jardín de su imaginación.

¿Qué podía entenderse por una película no recomendable para señoritas? No le iba a preguntar a su confesor, ni al almacenero de la esquina, ni a sus benditos sobrinos que sólo la visitaban para pedirle dinero. Entonces, ¿qué les está prohibido ver a las señoritas? Desde luego, para resolver el enigma, aquello que pueden ver sólo las señoras acompañadas de sus maridos.

Apenas despertó de la siesta, la que al final se redujo a menos de cinco minutos caracterizados en un abrir y cerrar de ojos, mientras acomodaba la almohada en distintas posiciones, agitó una campanilla. Mercedes apareció con una taza con agua de hierbas y al mirar a su patrona, advirtió que no había dormido lo necesario. ¿Acaso el invierno era el culpable? Mientras Ofelia bebía la infusión, pensaba en “Y Dios creó a la mujer” y hacía conjeturas de cual podía ser el argumento del filme.

Justo a la hora de cenar, arribó a su casona uno de sus sobrinos, acostumbrado a visitarla con cierta regularidad, para pedirle dinero prestado. Pero esto de prestado era sólo una ficción. A él le preguntó, no sin azoramiento, qué entendía por una película calificada por la censura de “Sólo para mayores de 21 años y no recomendable para señoritas”.

El sobrino, mientras guardaba en la billetera el generoso cheque rapiñado con artes de embaucador profesional, le advirtió que era un anzuelo, un truco publicitario, utilizado por los cines para atraer a las señoritas, a las no tan señoritas y a los viejos verdes. Luego le besó las mejillas y llevado por la urgencia de sus compromisos impostergables, desapareció de escena.

Ofelia quedó encantada, libre de culpa. El sobrino no sólo la había aligerado de su cuenta bancaria, si no también sacado de sus espaldas el peso de la incertidumbre. De ser así, la película no tenía nada de inmoral. Entonces, decidió alterar por esa única vez su costumbre de sólo ver cintas con calificación, a lo sumo, de aptas para mayores y menores.

El día del estreno, Ofelia se dio un baño de tina aunque era invierno; se peinó de una manera distinta; se pintó los labios; se puso colorete en las mejillas y se perfumó hasta detrás de las orejas. Para realzar el maquillaje, se encasquetó un sombrero de fieltro con velo tupido que casi le cubría el rostro. Se echó encima un abrigo de paño negro con cuello amplio, que usaba en ocasiones solemnes, adornado con piel de zorro plateado, el cual parecía estar vivo.

Después de revisar por rutina si las puertas y ventanas tenían las cerraduras en orden, y de instruir a Mercedes que la esperara levantada, se dirigió al cine Carrera, a una cuadra de distancia, calculando que la función nocturna había empezado. Tres días antes, Mercedes se había encargado de comprarle la entrada de una butaca junto al pasillo en la última fila de platea, para poder salir y entrar sin quedar expuesta a la indiscreción.

En medio de la oscuridad, guiada por el acomodador se sentó en su butaca y no tuvo necesidad de sacarse el sombrero ni el abrigo. Aun cuando demoró en ambientarse y sentirse cómoda, porque el caballero que estaba junto a ella la empezó a mirar con insistencia, terminó por desentenderse de él. Al cabo de unos minutos, cuando el director del film Roger Vadim lo creyó útil, se produjo el primer encuentro amoroso entre Brigitte Bardot y el amante, escena que los espectadores aguardaban con ansias.

Nunca en la vida de Ofelia, donde presenció al interior de la familia, muertes, nacimientos, guerras y rupturas matrimoniales, descalabros económicos, había sentido tanta zozobra al ver a los artistas besarse. Enseguida, las caricias dentro de la alcoba parecían ser la última razón del estímulo, donde se veía la proximidad del lecho y las conclusiones eran demasiado obvias.

Se puso a temblar al sentir que alguien le acariciaba los muslos por debajo del abrigo. Lo que al comienzo parecía ser producto de su fértil imaginación, era obra del vecino de su butaca, quien después de las necesarias exploraciones, terminaba poniéndole la mano en la luna, que aún no había sido conquistada. Aunque quiso rechazar la excursión por grosera y afrentosa para una mujer, se vio impedida. ¿Acaso se iba a poner a gritar y hacer escándalo de violada? Total, en la cinta, Brigitte Bardot era sometida a situaciones parecidas, con la agravante de que a la actriz le importaba un rábano ser observada por el público.

Mientras titubeaba si era lo razonable abandonar la sala o seguir ahí, empezó a sentir que era demasiado gratificante el placer, aquella sensación de palpamientos desbordados, audaces, justo cuando la atrevida Brigitte Bardot algo le proponía a su amante, susurrándole un deseo al oído.

Aquello sí que era una audacia del porte del arca de Noé. Luego, vendrían otras escenas de amor en la alcoba, donde Brigitte derrocha todas sus artes de pícara para alcanzar el clímax, mientras Ofelia, puesta en el límite de su resistencia, sentía nuevos goces, pues su vecino no paraba de acariciarla.

Antes de concluir el filme, abandonó el cine impulsada por vientos de urgencia. Ni siquiera se dio tiempo de observar su aspecto en el espejito de su cartera. Mercedes la aguardaba en el salón, muerta de sueño. Al verla aparecer con el sombrero aplastado, sin velo, y la piel de zorro desprendida del abrigo con huellas de haber participado en un combate nocturno, dedujo que su patrona había sido víctima de una catástrofe. ¿Cómo explicar su apariencia deslucida en una señorita que jamás vio desarreglada?

Ofelia se desmoronó sobre su sillón preferido. Se puso a resoplar, mientras abría y cerraba las piernas, igual si hubiese caminado kilómetros sin darse tregua. ¿Alguien la perseguía o acaso la habían asaltado? Tenía los ojos brillantes como lucero, el rostro encarnado y la boca temblorosa de quien ha bebido en exceso. La criada, para excluir las dudas, luego de mirar por la ventana hacia la calle por si



encontraba las razones de la turbación de la señorita, le preguntó si quería que llamara al médico de la familia.

"Merceditas, Merceditas -le dijo cuando pudo articular palabra- si sumamos tu edad con la mía, han sido 154 años de lamentable desperdicio".

Si Javier Hinojosa hubiese aparecido a ese instante en medio de las carcajadas, vestido en forma arbitraria, cojo, además de tuerto y acompañado de Celia, nadie habría reparado en el hecho. Después de las historias escuchadas de unos y otros, todo cuanto pudiese suceder, parecía natural. Al comienzo, hubo sorpresa y surgió la frustración, porque habían sentido las ganas infinitas de acercarse al pretérito, asomarse esa noche a lo que había sido de ellos con el tiempo. El propio Victorino Rodríguez, enemigo contumaz de hurgar en el pasado, mostró en su expresión todo el desagrado de la tierra.

"¿Recuerdan a Maritza, la puta amiga de Javier?" señaló Nazario Garrido mientras se limpiaba la boca con la servilleta y ponía ojos de pícaro. "¿Y a qué esa pregunta? ¿Acaso hay algo meritorio de contar sobre ella? Me quedo con la historia de Francisco Arenas", dijo alguien en medio de la sandunga generalizada. A modo de seguir haciéndose el ingenioso, Arenas había mostrado un condón, que según explicó, llevaba siempre consigo. "Hoy en día -clamaba- no se puede prescindir de esto", y como si fuese un trofeo o la entrada para ingresar al cielo, lo agitaba por sobre su cabeza para que todos lo viesan.

"La tal Maritza -retomó la palabra el "Cabezón"- debe ser hoy una ramera vieja, enferma de sífilis y quizás dueña de algún prostíbulo, o si la suerte le ha sido esquiva, una pobre infeliz dedicada a pedir limosnas a la salida de alguna iglesia." "También las putas envejecen", aclaró Bernardo Tudela, y empezó a encoger y estirar su índice, como si quisiera expresar algo relacionado con sus palabras.

En medio de una discusión alborotada, donde todos querían hablar, Francisco Arenas volvió a exhibir su condón, el que pensaba usar esa noche en la calle Raulí, donde a lo menos una vez a la semana iba Alberto Legarreta a vaciar su ímpetu, las

ganas acumuladas después de presenciar en la calle, el vaivén de tanto culo glorioso.

Una relativa quietud se produjo cuando volvió a aparecer el mozo con una enorme fuente de greda rebosante de arroz a la valenciana, donde asomaban las patas de jaiba en forma de tenazas, las valvas negras y relucientes de los choritos, y las caparazones púrpuras de los langostinos. No bien el mozo puso la vianda en el centro de la mesa, un enjambre de brazos se abatió sobre ella. Unos, provistos de tenedores, otros, armados de cucharas, los menos valiéndose de los cucharones que estaban hundidos en el arroz como astas, empezaron a saquear la fuente, como si ahí hubiese una mezquina merienda de guerra.

En medio de manducaciones, risas y procacidades, los asistentes hablaron del amor carnal, donde habían comprobado cuál era el límite de su capacidad sexual. A partir de ese instante se apoderaron de la mesa, aquellas historias donde se referían excesos, acciones temerarias que involucraban a mujeres de distintas condiciones sociales. Quien hizo más alardes de conquistas amorosas, fue Nazario Garrido. Aseguró haberse enredado, de entre sus múltiples aventuras, con una actriz de cine de algún renombre, cierta vez que viajó a Europa. La había conocido en una fiesta donde él asistió por casualidad, invitado por el hijo del embajador chileno acreditado en Italia. "A tanto llegó su locura por mí, que estuvo a punto de abandonar la filmación de una película dirigida por Bertolucci, donde hacía el papel de una joven aristocrática."

Otro de los asistentes dijo que hacía una semana se había acostado con una viuda, de ésas que a pesar de su condición, han adquirido a través del tiempo ocioso, la sabiduría más elaborada. Estuvieron metidos en la cama tres días, y sólo se levantaban a hacer las necesidades y a probar algunos bocadillos al galope para no desfallecer, porque no deseaban perder el tiempo en banalidades. No quiso referir al número de veces que cubrió a la viuda, y ponía los ojos en blanco, pues las matemáticas, por mucho que fuesen exactas, no iban a proporcionar una visión aproximada de cómo habría sido esa fiesta erótica.

Cuando Victorino Rodríguez anunció que iba a intervenir, los comensales dejaron de alborotar y desaprobaban las historias a través de risas, exclamaciones obscenas y gritos atronadores. De alguna manera su palabra continuaba siendo escuchada, por algo había sido el único de la cena que se atrevía a contar historias de los ausentes, y nadie dudaba de su autenticidad.

Aquella noche ácida y de recuerdos hostiles, se permitió referir una anécdota de Javier Hinojosa, la cual le pudo significar la expulsión del Internado, porque en ella estaba involucrada la cónyuge de un profesor del colegio. Al profesor de música, don Honorato Salinas, a quien los chuscos de siempre habían motejado de "Media pauta" porque era muy pequeño, se le ocurrió en una ocasión llevar a su mujer al Internado a ver la obra de teatro que, con motivo del aniversario del colegio, Hinojosa, Hurtubia, el mismo Rodríguez y otros habían montado. La mujer -que en estos casos siempre dobla en estatura a los maridos enanos- poseía cierta belleza rústica, aires de belicosidad, esqueleto y musculatura nada de despreciables para batirse hasta con un hombre.

Antes de empezar la función, la mujerona le ordenó a su "Media pauta" que la llevase a conocer a los actores y al director, pues quería desearles buena suerte. Don Honorato Salinas, quien silbaba las sinfonías de Beethoven y Mozart completas, y en clases de música las dirigía arriba de la tarima con un palillo de tejer, llevó sin preguntar nada a su entusiasta y mandona cónyuge hasta los camarines, porque preguntar significaba en cierto modo discrepar.

No bien la mujerona vio a Javier Hinojosa, se recordó de un novio que había tenido cuando era estudiante, y ahí mismo le bajaron las ganas de acosarlo. Y si se trataba de un artista, mejor, pues aquel pretendiente lejano estudiaba teatro en la universidad, usaba melena como Hinojosa, e incluso el timbre de su voz era similar. Y si esto fuese una minucia, se llamaba Javier. Tantas coincidencias la llevaron a pensar en alguna encarnación, en algo premonitorio, y como acostumbraba verse la suerte a menudo, dedujo que cuanto le había dicho la adivina esa semana, de que

iba a reencontrarse con un amor lejano, joven y bello como sueño de niña enamorada, resultaba un evidente acierto.

Cuando le estrechó la mano a Hinojosa, o más bien a su amado distante para desearle éxito, la sostuvo por más rato de lo usual. Deseaba volver a sentir en plenitud esa misma mano que la recorrió una tarde, cuando su madre, urgida por ir al hospital a ver a un hermano, la dejó sola en compañía del otro Javier.

Al finalizar el espectáculo, fue la primera en aparecer en los camarines improvisados en el pabellón de física. Besó uno a uno a los artistas en la mejilla, y también al director, aunque más próximo a la boca, como una demostración de que la buscaba, en un claro afán provocador. Javier Hinojosa acusó el desafío, y como descubría al vuelo las insinuaciones de amor, le guiñó un ojo a la atrevida. Acostumbrada la mujer a gobernar a su "Media pauta" como si fuese un muñeco articulado, a llevar la batuta en la casa, aun cuando su marido la movía en las clases de música, vio en el guiño algo demasiado grosero, y no una demostración de amor diáfano. Y como su espíritu era de batallas apasionadas dentro y fuera de los escenarios tradicionales, le lanzó al director una bofetada magistral, sonora, que si el público aún no estuviese aplaudiendo y pidiendo la presencia del director en el escenario, se habría escuchado en todo el teatro y, por qué no, en los patios del colegio y hasta a varias cuadras a la redonda..

Quienes permanecían junto al golpeado galán supusieron que la mujer había querido actuar por su cuenta en medio del frenesí, y como esa noche todo parecía ligado al teatro y a sus circunstancias, la bofetada no tuvo más significación que una simple muestra de afecto.

Aunque "Media pauta" era pequeño, tímido si su mujer estaba presente, montó en cólera -no sobre su esposa, lo cual habría sido igual- pues había visto el guiño, no el beso apasionado de aquella. "¡Ah, las indecencias de esta juventud corrompida, a la que si no le ponemos coto, nos conducirá al abismo!", gruñó y se llevó lejos a la agraviada, quien no parecía estar de acuerdo con la medida. Ese mismo día informó al rector de la inusual temeridad, pero éste, para evitar una

situación de verdadero escándalo, sosegó al profesor y le prometió sancionar al culpable de una manera ejemplar.

"Ella fue quien me provocó", le dijo esa misma noche Hinojosa a Rodríguez, cuando éste le preguntó si la mujerona de "Media pauta", aquella mezzosoprano wagneriana oriunda del Rin, lo había abofeteado para darse un gusto, o si había algo más profundo. Hinojosa no era ningún bobo. Se había percatado antes de iniciarse la función, que la "Pauta entera" traía vientos de tormenta, pero ignoraba si estaban dirigidos en su contra.

Desde ese día, el profesor de música se dedicó a hostilizarlo. A menudo lo interrogaba en clases, y como el alumno era un prodigio en conocimientos musicales, "Media pauta" no sabía cómo fastidiar a quien le había guiñado el ojo a su mujer. A toda costa quería ponerle malas calificaciones, humillarlo, en fin, acosarlo para que explotara y decidiera renunciar a las clases de música.

Quizás lo que más lo irritaba era que el rector sólo había amonestado a Javier, porque el guiño le pareció un asunto pueril, tal vez algo divertido, propio de gente tan allegada a las actividades artísticas. "Hay que ser comprensivo con los artistas, señor Salinas", fue la excusa del rector, pero "Media pauta", aun cuando tocaba la flauta y componía valeses y tonadas, no quiso aceptar la irrisoria explicación, porque conocía de sobra la conducta de los artistas.

En el examen de música a fines de año, la contienda entre don Honorato Salinas y Javier Hinojosa fue memorable, digna de ser narrada por varios de los presentes. El profesor había decidido, contra viento y marea, reprobar al sinvergüenza que lo humilló. Pero como éste demostraba un conocimiento acabado de las materias, y hasta se permitía discrepar con el profesor sobre algunas obras musicales, "Media pauta" se dedicó a tenderle trampas. A agredirlo mediante la palabra y, si fuese preciso, lanzarle una acusación gratuita.

Hinojosa, previendo lo complicado que iba a ser el examen, y porque una buena calificación le permitiría mejorar su promedio general de notas, se preparó, como si se tratara de comparecer ante los jueces que lo podían sentenciar a muerte.

Cuando años después se presentó ante el tribunal militar en tiempos de guerra, quiso ver entre sus jueces al profesor de música, quien al parecer estaba ahí porque no podía olvidar la guiñada de ojo.

Por precaución, decidió aprender a cantar para el examen. Se le ocurrió que "Media pauta", no teniendo sobre qué interrogarlo, lo desafiaría a cantar. "Me voy a lucir" dijo, e ingresó a la sala donde la comisión de exámenes, compuesta por tres profesores del liceo, aguardaba en silencio.

Cuando escuchó su nombre, se puso de pie y avanzó entre los bancos, mientras muchos de sus compañeros le sonreían y trataban de palmotearle las piernas. Con dignidad de torero, se detuvo frente a la comisión y aguardó la primera embestida. "Media pauta" parecía distraído, pero en su cerebro se urdían las peores argucias. Se había propuesto formular preguntas plagadas de engaños y sutilezas, destinadas a enredar al alumno. Sentado en una silla más bien alta, para no desmerecer ante sus colegas, le colgaban las piernas. Entonces, para mejorar su posición, se deslizó hasta la parte delantera del asiento, moviendo las nalgas, lo que consiguió a medias. Producto de su oportuna diligencia, pudo pisar el suelo, aunque con la punta de sus pequeños zapatos de tacón alto.

"Media pauta" sonrió con malignidad, cuando Hinojosa después de escuchar la primera pregunta, permaneció unos segundos en silencio, como si no supiese la respuesta. Pero la dijo de corrido después de mirar en dirección a la pizarra, como si ahí estuviese escrita. Luego fue él quien sonrió, mientras se secaba el sudor de la frente con el pañuelo. Quizá ese gesto habitual incomodó a Honorato Salinas. Desafió a Hinojosa, levantándose de la silla para alcanzar un lápiz, que le hablase de la música dodecafónica, desde su fundación hasta el momento presente.

No hacía una semana que Hinojosa leía una biografía de Arnold Schoenberg, muerto hacía unos años, así que se explayó como un verdadero experto sobre el creador del dodecafonismo. "Media pauta", que a esas alturas del examen quería ser una pauta entera como su adorada mujercita, se descompuso y, para arremeter de nuevo con otras estocadas al corazón, preguntó al joven si sabía algo de la música

de la India. Aquí volvió a lucirse el zarandeado alumno. Como era melómano, escuchaba y leía acerca de la música universal, fuese ésta de los tiempos más remotos.

Porque el examen de Javier había sobrepasado el tiempo prudente, "Media pauta" lo desafió a cantar, y que si lo hacía bien, le pondría la máxima calificación. Hinojosa carraspeó, y ante la sorpresa general, cantó a capella una de las tonadas de Honorato Salinas, que el profesor le había dedicado a su "Pauta entera" cuando estaban de novios.

Quienes permanecían en el examen, dijeron que el profesor se puso de un matiz inexistente, y empezó a simular que tocaba el piano sobre la cubierta de la mesa, entusiasmado por su propia música. No bien finalizó el cantor, "Media pauta" bajó de la tarima para abrazarlo y darle las gracias, porque su tonada había sido interpretada de un modo magistral. "Igual como la concebí", aseguró.

Ahí no terminaban las sorpresas. Por esos días, Javier Hinojosa recibió una carta de la mujer de Honorato Salinas, donde le agradecía la forma tan bella de cómo había sido interpretada la tonada que su marido le había dedicado. De paso, se disculpaba por el exabrupto lejano, y le rogaba que si disponía de tiempo, fuese hasta su casa, porque ella ansiaba escuchar la tonada. "Mi marido y yo -escribía al final de la carta- deseamos tener en nuestro hogar a un hombre como usted, tan fino y sensible a la música".

A través de otra carta, Javier Hinojosa se disculpó de aceptar la invitación por el momento, pues los exámenes se sucedían uno tras otro, lo que le impedía distraer un segundo. Aunque se comprometía ir donde tan distinguida familia, no bien concluyeran los exámenes, para cantar todas las tonadas del maestro y profesor Honorato Salinas.

"No sé si Javier cumplió su promesa" -expuso Victorino Rodríguez- pero sí les puedo decir que a dos años de estos hechos, me escribió desde Manaos, adonde había ido a vivir, seducido por cuanto había leído acerca de esa ciudad. En la carta me explicaba que él pudo haber mantenido una relación de amor con la esposa del

profesor de música, pero su olfato le señaló que se iba a enfrentar a puras tragedias como en la ópera, y él no las quería a su edad. Luego, me aseguraba que sería el primero en llegar a la cita el 20 de mayo de 1971, a la hora acordada. "Si es preciso, cruzaré a nado los ríos y océanos, o surcaré los aires en pájaros mitológicos, para cumplir mi palabra", escribía al final.

Si Javier Hinojosa había prometido asistir y no estaba allí aquella noche, era porque un asunto relevante lo retenía lejos. "Acaso esté enfermo", aventuró Lamberto Hurtubia, mientras pedía de beber al mozo. "Habría avisado como es su costumbre", aseguró Victorino Rodríguez, e inclinó la cabeza para demostrar congoja, por si la ausencia de su amigo era para siempre. "Pensar en su muerte -aclaró Alberto Legarreta- es ofenderlo. Hombres como él no se mueren nunca".

A Garrido y al "Bototo" Fajardo la observación de Legarreta les pareció una herejía. Según expresaron, mientras se atropellaban al hablar, sólo creían en la inmortalidad de Dios. "Es un decir", aclaró el cuestionado, e hizo un ademán grosero con la mano abierta, dirigiendo la palma hacia arriba. Si alguien no hubiese advertido que se hacía tarde para ir a un burdel, habrían continuado ahí. Pero no bien escucharon la palabra mágica y seductora donde se vende el placer, los ojos se le pusieron vidriosos, alertas al gozo próximo, a la posibilidad de continuar enfiestados hasta de amanecida. Y como alguien avisó que faltaba un minuto para la medianoche -la hora en que las brujas salen de sus guaridas nauseabundas- los comensales empezaron a prepararse.

Volvió a reinar el jolgorio matizado de palabras fuertes, junto a las bromas destempladas. Nadie parecía escuchar a nadie en medio de voces confusas. Las risas burlonas y la conversación íntima nacida al calor de una habitación saturada de humo, del tufo de las bebidas o de aquellas flatulencias disimuladas, tomaron otra vez vuelo. Quince años de ausencia, exigían ser analizados sin miedo, libre de prejuicios. Cada acontecimiento tenía un sabor desigual, arbitrario si se quiere, una impronta nacida de vientres distintos, donde los matices escriben historias que en nada se parecen entre sí.



Justo a la medianoche, cuando las manecillas del reloj se abrazan para anunciar un nuevo día, se extinguió la bulla. El silencio oculto en los rincones como arañas tímidas, cubrió con espeso ropaje de fantasma el comedor privado del restaurante "Q", donde había un solitario comensal sentado a la cabecera de mesa. En el escenario del teatro de la vida hasta la luz se hizo tenue. ¿Quién era ese personaje venido desde el pretérito? El hombre permanecía allí desde las nueve de la noche, dedicado a jugar con el tiempo, mientras hacía recuerdos de su vida en el Internado Barros Arana. Como un convidado de piedra, aguardaba la aparición de quienes habían comprometido su asistencia a la cena de camaradería, pero sólo él acudió a la convocatoria.